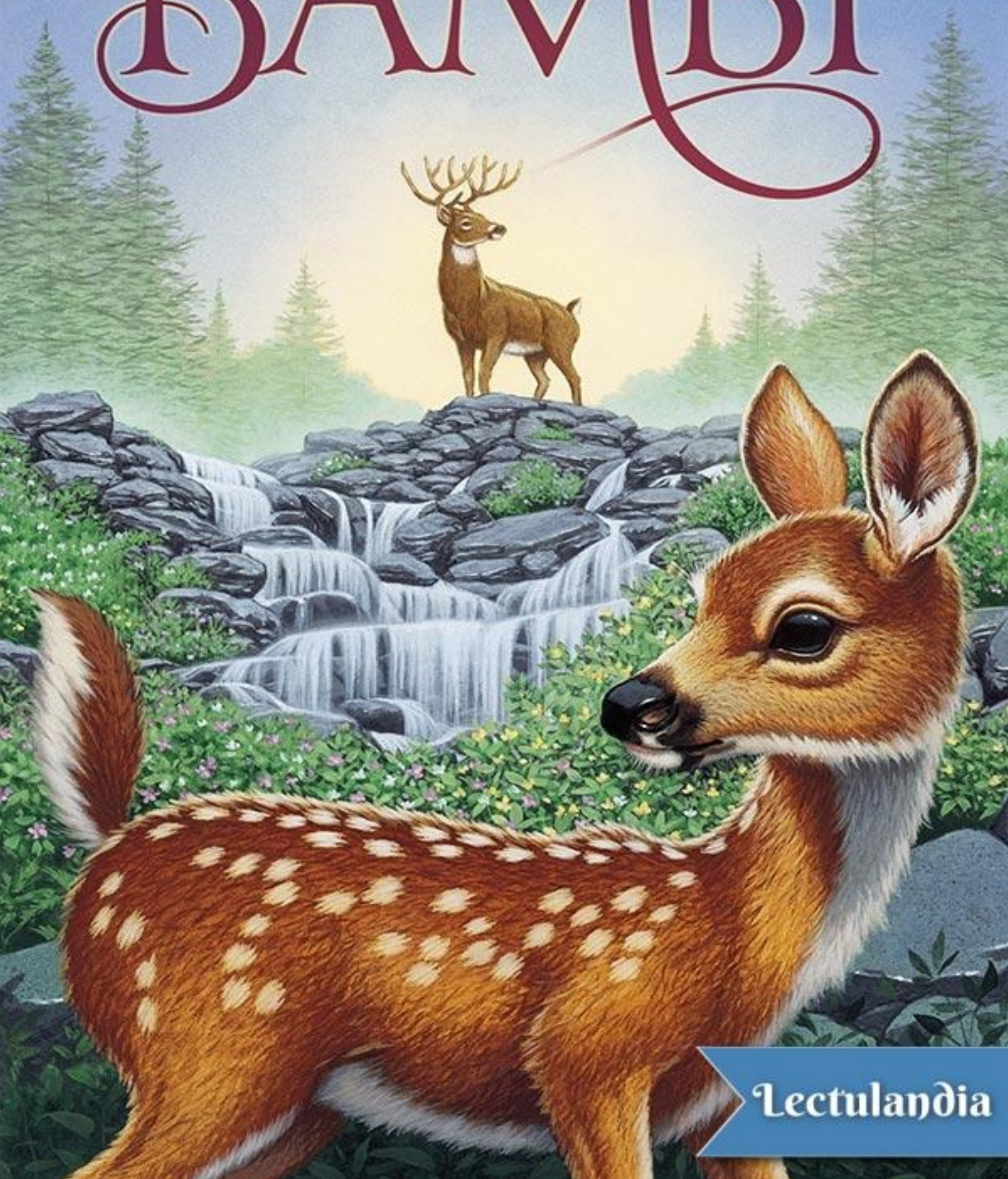


FELIX SALTEN

BAMBI



Lectulandia

Un cervatillo de pocos días vive bajo la protección de su madre en un claro del bosque. Se llama Bambi. Apenas puede percibir lo que le rodea. De la mano de su madre que no le abandona ni un instante irá descubriendo a sus congéneres lugares nuevos y los primeros juegos. También toma una conciencia vaga de los peligros que amenazan a los habitantes del bosque, de la muerte y por encima de todo del terror que todos sienten ante la presencia de El, un extraño ser a quien nadie puede nombrar sin estremecerse, cruel y despiadado que con su tercer brazo de hierro decide quién ha de vivir y quién ha de morir.

Con el paso de las estaciones Bambi se convierte en un ciervo joven y decidido, dispuesto a luchar contra cualquiera para defender a Falina su primera y única compañera. Progresivamente se va distanciando de todos cuantos le rodeaban incluso de la propia Falina en busca de la soledad y la autosuficiencia, los puntos de referencia sobre los que quiere apoyar su vida. En ese viaje interior recibe la ayuda inestimable del viejo príncipe que le desvelará los secretos que todavía no conoce. Entre ellos, el que ha condicionado su vida desde el día de su nacimiento: quién es verdaderamente El.

Lectulandia

Felix Salten

Bambi

ePub r1.0

Titivillus 21.03.15

Título original: *Bambi. Eine Lebensgeschichte aus dem Walde*

Felix Salten, 1924

Traducción: María Dolores Ábalos

Prólogo: John Galsworthy

Apéndice: Emilio Pascual

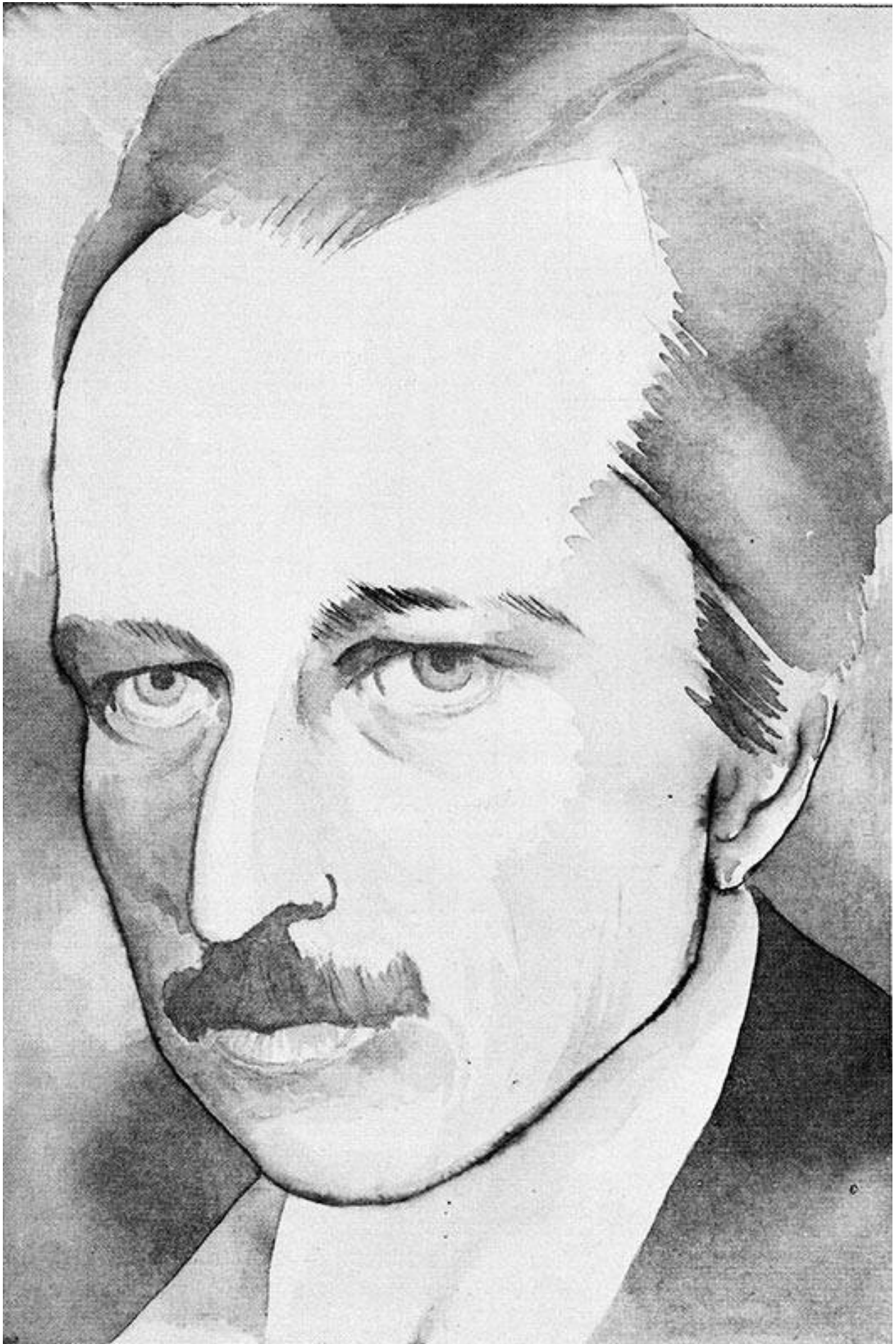
Ilustraciones: Esperanza Sánchez

Grabado del autor: Shula Goldman

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



FELIX SALTEN [pseudónimo de SIEGMUND SALZMANN] (1869-1945)

Vocabulario

Alheña: Arbusto oleáceo de flores blancas y bayas negras.

Aligustre: Arbusto de dos a cuatro metros de altura, de hojas casi perennes, aovadas y lustrosas, con flores pequeñas en racimo, blancas y olorosas, y frutos redondos y negros.

Aliso: Arbol de hojas alternas con borde dentado, flores en espiga y frutos en forma de aquenio, propio de los terrenos muy húmedos.

Amento: Espiga articulada por su base y compuesta de flores.

Arce: Arbol de madera muy apreciada, salpicada de manchas, a manera de ojos, y de gran dureza.

Arveja: Algarroba, planta leguminosa cuya semilla se utiliza como pienso.

Autillo: Ave rapaz nocturna, parecida a la lechuza.

Azor: Ave rapaz diurna.

Candiles: Puntas que salen del asta del cérvido. En los corzos no suele nunca ser superior a diez. En los ciervos se dobla el número, llegando a diez por cada hasta.

Carricero: Pájaro de cuerpo esbelto, cabeza alargada y pico recto, que vive en zonas pantanosas. Según la especie, puede alcanzar de 14 a 20 cm (seis o más de los cuales corresponden a la cola) y ser de color aceitunado o rojizo y vientre blanco.

Ciervo: Rumiante esbelto, de patas largas y finas y cola corta. El macho tiene cuernos ramosos que renueva cada año. El ciervo es mucho mayor que el corzo. Puede medir 1, 30 m de altura y pesar hasta 200 kilos, mientras que el corzo es sólo un poco mayor que la cabra. También su cornamenta es mucho más grande y dobla el número de puntas o candiles de la del corzo. (Véase *corzo*.)

Coníferas: Dícese de las plantas dicotiledóneas de hojas persistentes y fruto en forma cónica, como el pino y el ciprés.

Corzo: Mamífero rumiante cérvido, pardo o gris rojizo, de cuernos pequeños, que vive en Europa y Asia. Otras traducciones de *Bambi* han confundido «corzo», «ciervo» y «alce», todos distintos, aunque parientes. Se diferencian fundamentalmente en la cornamenta. El corzo es el más pequeño de todos los cérvidos y abunda en España. (Véase *ciervo*.)

Cuco: Cuculillo, ave trepadora insectívora.

Curruca: Pájaro cantor que se alimenta de insectos y vive en las marismas.

Endrino: Especie de ciruelo silvestre de uno a dos metros de altura.

Enebro: Arbusto conífero de madera muy apreciada y fruto en bayas pequeñas, de color negro azulado.

Helecho: Planta criptógama con hojas o frondas largas semejantes a las de las fanerógamas, y rizomas carnosos.

Herrerillo: Pájaro insectívoro, llamado así por el chirrido metálico que emite.

Oropéndola: Pájaro de plumaje amarillo, con alas, cola, patas y pico negro.

Petirrojo: Pájaro de color verde oliva, con el pecho, cuello y frente rojos.

Pinzón: Pájaro insectívoro cantor, del tamaño de un gorrión, de pico largo y grueso y plumaje rojo oscuro.

Ratonero: Ave rapaz, diurna o crepuscular, de mediano tamaño y buena voladora, aunque suele permanecer quieta en árboles o prominencias del terreno, al acecho de roedores, reptiles, pájaros, invertebrados, etc.

Rubilla: Planta estrellada que abunda en las regiones cálidas y húmedas y que vive generalmente sobre la tierra, las rocas, o adherida a los troncos de los árboles.

Salvia: Planta labiada, propia de terrenos áridos, de hojas oblongas o lanceoladas y flores moradas.

Sáuco: Arbusto con ramas de médula blanca, flores blancas en umbela y fruto en bayas negras. Tiene olor desagradable.

Tejo: Arbol de las coníferas, grueso y de poca altura.

Torvisco: Arbusto que puede alcanzar un metro, de ramas erguidas, hojas lanceoladas lineares, lampiñas y coriáceas, flores en racimos terminales de color amarillento, y fruto en drupa globosa, de color rojo.

Turón: Mamífero carnívoro pequeño, con cuerpo flexible y prolongado. Despide olor fétido y se alimenta de caza.

Ventear: Olfatear el viento un animal.



Prólogo

Bambi es un libro encantador. No sólo entusiasmará a los niños, sino también a las personas que ya no tengan la suerte de serlo. Apenas conozco un cuento de animales que se pueda comparar con esta historia de la vida de un corzo por su observación emotiva y su verdad interior. Félix Salten es un poeta que siente profundamente la esencia de la naturaleza y que ama a los animales. Por lo general no me suele gustar oír palabras humanas en boca de criaturas irracionales; pero eso es precisamente lo extraordinario de este libro: que detrás de lo hablado se aprecian los verdaderos sentimientos de estas criaturas parlantes. Se trata, pues, de una pequeña obra maestra llena de colorido y, a veces, conmovedora.

Empecé a leer las pruebas de imprenta del libro yendo de París a Calais, antes de atravesar el canal. En cuanto terminaba una galerada, se la pasaba a mi mujer, que a su vez la leía y se la pasaba a la mujer de mi sobrino, que también la leía y se la daba a mi sobrino. Así estuvimos los cuatro leyendo durante tres horas sumidos en un profundo silencio. Y quien sepa lo que significa leer las galeradas de un libro y sepa también lo que supone una travesía por el canal, habrá de reconocer que pocos libros resisten esa prueba. Se lo recomiendo especialmente a los cazadores.

John GALSWORTHY







[1]

Vino al mundo en medio de la espesura, en uno de esos pequeños y escondidos rincones del bosque aparentemente abiertos hacia todos los lados, pero en realidad bien resguardados.

A decir verdad, había muy poco sitio, el justo para él y para su madre.

Allí estaba al fin, tambaleándose inseguro sobre sus delgadas patitas, mirando vagamente a su alrededor con ojos turbios que nada veían. Tenía la cabeza caída, temblaba mucho y aún estaba muy aturdido.

—¡Qué hermosa criatura! —exclamó la urraca.

Se había acercado volando atraída por los roncros gemidos que los dolores de parto arrancaran a la madre. Ahora se hallaba en una rama cercana.

—¡Qué hermosa criatura! —exclamó de nuevo.

Aunque no obtuvo respuesta alguna, siguió hablando con entusiasmo:

—¡Es asombroso que pueda sostenerse de pie y andar tan pronto! ¡Qué interesante! ¡No he visto cosa igual en mi vida! Claro que en realidad todavía soy joven; ahora hace un año que salí del nido, como usted probablemente sepa. Pero me parece maravilloso que una criatura semejante pueda sostenerse sobre las patas nada más venir al mundo. Lo encuentro distinguido. A decir verdad, encuentro que todo lo de los corzos es muy distinguido. ¿Sabe también correr tan pronto?

—Claro que sí —respondió la madre en voz baja—. Perdóneme, pero no estoy en condiciones de mantener una conversación. Ahora tengo mucho que hacer. Además, aún me siento un poco desfallecida.

—Por mí no se moleste —dijo la urraca—. Tampoco yo tengo mucho tiempo. Pero es que una cosa así no se ve todos los días. No sabe lo penosas y complicadas que son estas cosas entre nosotros. Cuando salen los pequeños del huevo, no pueden ni moverse; permanecen desvalidos en el nido y necesitan cuidados, muchos cuidados, se lo aseguro, pero usted no puede hacerse una idea. No sabe el trabajo que cuesta alimentarlos, ni el miedo que se pasa vigilándolos. Le ruego que piense por un momento en lo fatigoso que resulta tener que ir a buscar comida para los pequeños y al mismo tiempo cuidar de que no les pase nada; no saben valerse por sí mismos si no se está con ellos. ¿A que



me da usted la razón? ¡Y la cantidad de tiempo que pasa hasta que les salen las plumas y adquieren un aspecto decente!

—Disculpe —dijo la madre—, no la estaba escuchando.

La urraca se fue volando.

«¡Qué tonta! —pensó para sus adentros—. Distinguida, pero tonta.»

La madre apenas reparó en ello, sino que continuó lavando afanosamente al recién nacido con la lengua, proporcionándole al mismo tiempo aseo, masaje para entrar en calor y caricias.

El pequeño se tambaleaba un poco. De tantas suaves caricias y empujoncitos como recibía por todo el cuerpo, se le doblaban un poco las rodillas y luego recuperaba el equilibrio. Su rojizo pelaje, aún un poco desaliñado, tenía finas motas blancas, y su aletargado rostro infantil todavía conservaba la expresión del sueño profundo.

En torno a ellos crecían por doquier avellanos, alheñas*, endrinos* y saúcos* jóvenes. Altos arces*, hayas y robles formaban una techumbre verde por encima del espeso y joven bosque de coníferas*, y de la tierra firme y de color castaño oscuro brotaban helechos*, arvejas* y salvia*. Las hojas de las violetas que ya habían florecido y las de las fresas que comenzaban a florecer se extendían a ras de tierra. La luz del sol de la mañana se filtraba a través del tupido follaje como un hilado de oro. El bosque entero retumbaba en medio de sonidos de toda clase, que lo impregnaban de animación y alborozo. La oropéndola* lanzaba continuos gritos de júbilo, las palomas arrullaban sin cesar, los mirlos silbaban, los pinzones* gorjeaban y los herrerillos* chirriaban. En medio de tales voces se alzaba el grito desgarrado y pendenciero de los grajos, reían coquetas las urracas e irrumpía el estallido metálico del cloqueo de los faisanes. De vez en cuando el breve y estridente grito de regocijo de un pájaro carpintero se elevaba sobre todas las voces. La llamada del halcón resonaba aguda e imperiosa por encima de las copas de los árboles, y continuamente se oía el coro ronco de las cornejas.

El pequeño no entendía ni uno solo de los múltiples cantos y reclamos, ni una palabra de las conversaciones. Todavía no les prestaba atención. Tampoco percibía aún ninguno de los olores que exhalaba el bosque. Solamente oía el ruido de los suaves lametones que le recorrían la piel lavándolo, calentándolo y besándolo, y lo único que olía era el cuerpo próximo de la madre.

Se arrimó a ese buen olor, buscó hambriento por todo el cuerpo y halló la fuente de vida.

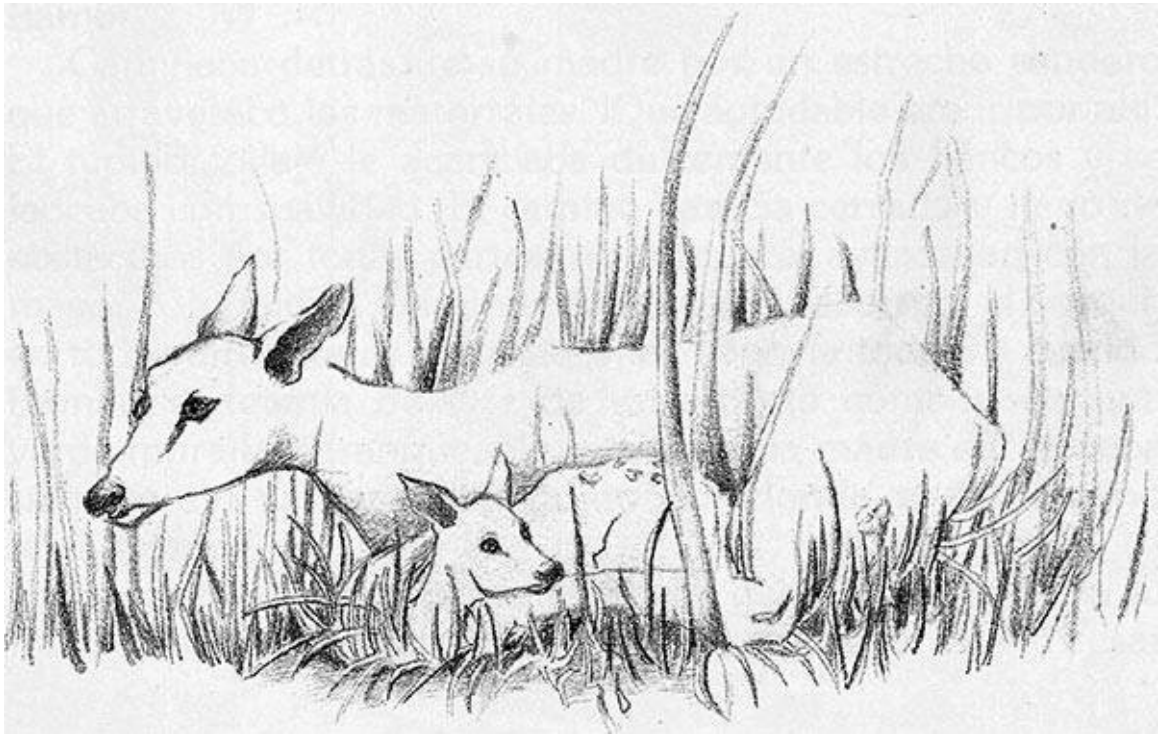
Mientras bebía, su madre continuaba acariciándolo.

—Bambi —susurraba.

Y a cada momento erguía la cabeza, movía las orejas para escuchar, y aspiraba el viento.

Luego besaba de nuevo a su hijo, tranquila y feliz.

—Bambi —repetía—, mi pequeño Bambi.





[2]

A comienzos del verano los árboles permanecían inmóviles bajo el cielo azul, y con las ramas tendidas recibían la energía que el sol derramaba sobre ellos. En las matas y arbustos de la espesura se abrían las flores, cual estrellas blancas, rojas o amarillas. En las finas puntas de las ramas comenzaban a aparecer innumerables brotes delicados, firmes y decididos, que parecían pequeños puños cerrados. En el suelo crecían flores de muchas clases, como estrellitas de colores, y así la oscura tierra del bosque contrastaba con su destello y con su colorido. Por doquier olía a hojas tiernas, a flores, a tierra húmeda y a madera verde. Al amanecer y al ponerse el sol miles de voces resonaban por todo el bosque, y desde la mañana hasta la noche cantaban las abejas y zumbaban las avispas y los abejorros a través de la perfumada quietud.

En aquellos días transcurrió la primera infancia de Bambi.

Caminaba detrás de su madre por un estrecho sendero que atravesaba los matorrales. ¡Qué agradable era ir por allí! El tupido follaje le acariciaba dulcemente los flancos y se ladeaba con suavidad. El camino parecía cerrado y lleno de obstáculos por todas partes; no obstante, avanzaban con la mayor comodidad. Caminos como aquél recorrían el bosque en todas direcciones. La madre los conocía todos, y cuando Bambi se detenía delante de un arbusto como si de una verde muralla infranqueable se tratara, la madre encontraba siempre sin vacilación el punto por donde el camino no tenía broza.

Bambi iba haciendo preguntas. Le gustaba preguntar a su madre. Era lo más hermoso que conocía: preguntar sin cesar y luego escuchar la respuesta de la madre. Bambi no se extrañaba en absoluto de que todo el rato se le ocurrieran tantas preguntas sin esfuerzo alguno. Lo encontraba perfectamente natural; sencillamente le encantaba. También le entusiasmaba esperar con curiosidad hasta que obtenía una respuesta. Fuera ésta como fuera, siempre quedaba satisfecho. Claro que a veces no la entendía, pero también eso era bonito, porque así podía seguir interrogando cuanto quisiera. A veces no seguía preguntando, y eso también le gustaba, porque de ese modo se entretenía imaginándose a su manera lo que no había entendido. Otras veces notaba claramente que su madre no le daba respuestas completas, que no le decía a



propósito todo lo que sabía. Y hasta era muy bonito, pues así quedaba presa de una gran curiosidad, de una noción vaga y misteriosa que le conmovía felizmente, de una expectativa que le producía inquietud y serenidad a un tiempo y que le hacía permanecer callado.

Una vez preguntó:

—¿De quién es este sendero, mamá?

La madre respondió:

—Nuestro.

Bambi siguió preguntando:

—¿Tuyo y mío?

—Sí.

—¿De nosotros dos?

—Sí.

—¿De nosotros dos solos?

—No —dijo la madre—, de nosotros, los corzos...

—¿Qué son los corzos? —preguntó Bambi riéndose.

La madre le miró y rió también.

—Tú eres un corzo* y yo también lo soy. Los dos somos corzos. ¿Lo entiendes?

Bambi dio un salto de alegría.

—Sí, ya lo entiendo. Yo soy un corzo pequeño y tú uno grande, ¿no?

La madre asintió.

—Eso es.

Bambi se puso otra vez serio:

—¿Existen otros corzos, además de tú y yo?

—Claro que sí —dijo la madre—. Muchos.

—¿Y dónde están? —exclamó Bambi.

—Aquí, por todas partes.

—Pero... no los veo.

—Ya los verás.

—¿Cuándo?

Bambi se detuvo por la curiosidad que le entró.

—Pronto.

La madre continuó andando tranquilamente.

Bambi la siguió. Iba callado, considerando detenidamente lo que podría significar «pronto». Llegó a la conclusión de que «pronto» no era lo mismo que «en seguida». Pero no acababa de saber en qué momento «pronto» dejaba de ser «pronto» y empezaba a ser «dentro de mucho tiempo». De repente preguntó:

—¿Quién ha hecho este sendero?

—Nosotros —le contestó la madre.

Bambi se mostró sorprendido:

—¿Nosotros? ¿Tú y yo?

La madre dijo:

—Quiero decir nosotros, los corzos.

Bambi preguntó:

—¿Cuáles?

—Todos nosotros —dijo la madre sin más explicaciones.

Siguieron andando. Bambi estaba contento y tenía ganas de salirse del camino de un salto, pero se mantenía obediente junto a la madre. Delante de ellos, algo se deslizó rápidamente a ras del suelo. Con un movimiento brusco salió aquello que ocultaban las frondas de los helechos y las hojas de las lechugas silvestres. Un hilillo de voz silbó lastimosamente; luego se hizo el silencio. Unicamente las hojas y los tallos de hierba siguieron dando sacudidas. Un turón* había cazado un ratón. Avanzó deprisa, se acurrucó a un lado y se dispuso a comérselo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Bambi agitado.

—Nada —le tranquilizó la madre.

—Pero... —Bambi temblaba—, pero... yo lo he visto.

—Está bien —dijo la madre—, pero no te asustes. El turón ha matado al ratón.

Bambi, sin embargo, se asustó horriblemente. Un terror grande y desconocido para él le oprimió el corazón. Tardó mucho tiempo en poder hablar de nuevo. Luego preguntó:

—¿Por qué ha matado al ratón?

—Porque... —la madre vaciló—. Vayamos más aprisa —dijo después, como si se le hubiera ocurrido alguna cosa y hubiese olvidado la pregunta.

Apresuró el paso. Bambi la siguió saltando.

Transcurrió un rato largo; de nuevo caminaban tranquilamente. Bambi preguntó por fin angustiado:

—¿También nosotros mataremos alguna vez a un ratón?

—No —contestó la madre.

—¿Nunca? —preguntó Bambi.

—Jamás —fue la respuesta.

—¿Por qué no? —preguntó Bambi aliviado.

—Porque nosotros no matamos a nadie —dijo sencillamente la madre.

Bambi recobró la alegría.

De un joven fresno cercano al sendero salió un fuerte grito. La madre continuó andando sin prestar atención. Bambi, en cambio, se detuvo con curiosidad. Dos grajos se disputaban allá arriba, en las ramas, un nido que habían usurpado.

—¡Largo de aquí, bribón! —gritó uno.

—No se sulfure, chiflado —respondió el otro—. No le tengo ningún miedo.

El primero vociferó:

—¡Búsquese los nidos por sí mismo, ladrón, o le saltaré la tapa de los sesos! —estaba fuera de sí—. ¡Qué infamia! —refunfuñó—. ¡Qué infamia!

El otro, que había advertido la presencia de Bambi, descendió varias ramas

volando y le graznó:

—¿Qué miras tú con la boca abierta, mamarracho? ¡Fuera!

Bambi saltó asustado y se fue. Luego alcanzó a su madre y la siguió de nuevo, tímido y turbado, creyendo que ella no se había dado cuenta de que se había quedado rezagado.

Al cabo de un rato preguntó:

—Mamá, ¿qué es una infamia?



La madre dijo:

—No lo sé.

—Mamá, ¿por qué estaban tan enfadados esos dos?

La madre contestó:

—Estaban peleándose por la comida.

Bambi preguntó:

—¿También nosotros nos pelearemos alguna vez por la comida?

—No —dijo la madre.

Bambi preguntó:

—¿Por qué no?

La madre respondió:

—Porque hay suficiente para todos nosotros.

Bambi aún quería saber algo más:

—Oye, mamá.

—¿Qué quieres?

—¿También nosotros nos enfadaremos alguna vez?

—No, hijo mío —dijo la madre—. Entre nosotros no existe eso.

Siguieron andando. De pronto se hizo la claridad ante ellos, una claridad luminosa. Terminaba la verde maraña de matas y arbustos, y también el sendero. Unos pasos más y saldrían al luminoso espacio que se abría ante ellos. Bambi iba a saltar hacia adelante, pero la madre se detuvo.

—¿Qué es eso? —exclamó Bambi, impaciente y ya embelesado.

—El prado —respondió la madre.

—¿Qué es un prado? —insistió Bambi.

La madre le cortó la palabra.

—Ya lo verás por ti mismo.

Se había puesto seria y vigilante. Quieta y con la cabeza erguida, escuchaba con atención y aspiraba el viento a grandes bocanadas; tenía un aspecto muy solemne.

—Está bien —dijo por fin—. Podemos salir.

Bambi dio un salto, pero ella le cerró el paso.

—Espera hasta que te llame.

Inmediatamente, Bambi se detuvo obediente.

—Así está bien —le elogió la madre—. Y ahora fíjate bien en lo que te voy a decir.

Bambi se dio cuenta de lo excitada que hablaba su madre y escuchó con mucha atención.

—No es tan sencillo ir al prado —continuó la madre—. Es algo difícil y peligroso. No preguntes por qué. Ya lo aprenderás más adelante. Por ahora obedece exactamente lo que yo te diga. ¿Lo harás?

—Sí —le prometió Bambi.

—Bueno. Entonces yo saldré delante sola. Quédate aquí y espera. Mírame a mí

todo el rato. No me pierdas de vista ni un momento. Si ves que vuelvo otra vez aquí corriendo, te das la vuelta y echas a correr tan aprisa como puedas, que yo ya te alcanzaré.

Calló; parecía estar reflexionando, y luego continuó con tono enérgico:

—En cualquier caso, corre, corre todo lo que puedas. Corre aunque pasara algo, aunque veas que... que me caigo al suelo. No te preocupes por mí, ¿entiendes? Veas lo que veas y oigas lo que oigas, tú sigue corriendo todo el rato tan aprisa como puedas. ¿Me lo prometes?

—Sí —dijo Bambi en voz baja.

—Pero si te llamo —siguió diciendo la madre—, puedes venir. Fuera, en el prado, podrás jugar. Es bonito; te gustará. Sólo que... también me tienes que prometer que a la primera llamada mía, te pondrás a mi lado. ¡Sin falta! ¿Me oyes?

—Sí —dijo Bambi en voz más baja todavía, impresionado por la seriedad de su madre.

Esta siguió diciendo:

—Una vez que estemos ahí fuera, si grito, no te quedes boquiabierto ni empieces a hacer preguntas. Sígueme con la velocidad del viento. Acuérdate: en cuanto yo empiece a andar, echa a correr sin dudas ni vacilaciones, y no te pares hasta que estemos otra vez aquí dentro. ¿No te olvidarás?

—No —dijo Bambi acongojado.

—Bueno, ahora me voy —dijo la madre, que ya parecía algo más tranquila.

Salió. Bambi, sin apartar la vista de ella, la vio avanzar con paso lento. Lleno de esperanza, de miedo y de curiosidad, vio cómo la madre escuchaba en todas direcciones; la vio estremecerse y también él se estremeció, dispuesto a volverse de un salto hacia la espesura. Pero la madre se tranquilizó de nuevo y al cabo de un rato recobró la alegría. Bajó el cuello, lo estiró, miró hacia donde estaba Bambi y gritó:

—¡Ven!

Bambi salió de un salto. Una alegría inmensa se apoderó de él con tal fuerza que al instante olvidó toda su angustia. Dentro de la espesura del bosque sólo había visto las copas verdes de los árboles, y a través de ellas, de vez en cuando, alguna que otra mota azul. Ahora veía el azul del cielo en toda su grandeza, y eso le hacía feliz sin saber por qué. Del sol únicamente había conocido en el bosque cada uno de sus anchos rayos o el tenue haz de luz dorada que jugueteaba entre las ramas. Y ahora, de pronto, se hallaba en mitad de una fuerza ardiente y cegadora, imbuido de su poder absoluto, en medio de una bendición abrasadora que le cerraba los ojos y le abría el corazón.

Bambi estaba embriagado, completamente fuera de sí; sencillamente estaba loco. Saltó con torpeza tres, cuatro, cinco veces, sin moverse del mismo sitio. No lo podía evitar; tenía que hacerlo. Algo le impulsaba a dar saltos. Sus jóvenes miembros se estiraban con energía, respiraba profundamente, sin dificultad, y al aspirar toda la fragancia del prado, le entraba una alegría tan desbordante, que no podía por menos

de saltar. Bambi era muy pequeño. Si hubiese sido una criatura humana, habría gritado de júbilo. Pero era un corcino, y los corzos no saben gritar de alegría, al menos como lo hacen los niños. Así que manifestaba su felicidad a su modo: lanzando al aire las patas y todo el cuerpo.

Su madre estaba a su lado y se alegraba. Veía que Bambi estaba enloquecido, se lanzaba al aire y volvía a caer torpemente en el mismo sitio; miraba a su alrededor aturdido y embriagado y, al momento siguiente, volvía a saltar, y así una y otra vez. La madre comprendió que Bambi sólo conocía los estrechos senderos de los corzos del bosque, que en su corta existencia estaba acostumbrado tan sólo a la estrechez de la espesura y que por eso no se movía del sitio: porque aún no sabía corretear libremente por el prado abierto. La madre estiró las patas delanteras y se agachó sobre ellas, miró un segundo a Bambi, salió disparada y se puso a galopar en círculo, haciendo zumbir a su paso los altos tallos de hierba. Bambi se asustó y se quedó inmóvil. ¿Sería aquello una señal para que volviera al bosque? «Veas lo que veas y oigas lo que oigas, no te preocupes por mí», le había dicho su madre. «Echa a correr tan aprisa como puedas.» Ya iba a dar la vuelta para huir, como se lo habían mandado, cuando de repente llegó la madre galopando y haciendo un ruido asombroso; se quedó a dos pasos de él, se agachó como antes, rió y le dijo:

—¡A ver si me pillas! —y en un abrir y cerrar de ojos se alejó.

Bambi estaba perplejo. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué le pasaba de repente a su madre? Pero ya llegaba otra vez, y tan deprisa que sólo de verla se podía uno marear. Le empujó con la nariz en el flanco y dijo:

—Venga, a ver si me pillas —y se marchó a todo correr.

Bambi se precipitó tras ella. Primero dio unos cuantos pasos, pero pronto los pasos se convirtieron en saltos ligeros. Se sentía transportado, creía volar. Bajo sus pasos y sus saltos había cada vez más espacio libre. Bambi se hallaba fuera de sí. El zumbido de la hierba le resultaba delicioso, y su roce era blando y suave como la seda. Corría en círculo, se revolcaba y de nuevo se ponía a correr en círculo; se revolcaba otra vez y volvía a salir disparado como un rayo. La madre ya llevaba un rato quieta, recobrando aliento. Lo único que hacía era echarse a un lado y esquivar a Bambi, que pasaba volando y se ponía furioso.

De repente ya no pudo más. Se paró y se acercó a la madre levantando delicadamente las patas; la miró radiante de alegría. Luego se pusieron a pasear juntos, de buen humor. Desde que estaba allí fuera, Bambi sólo había sentido el cielo, el sol y la verde llanura a través de su cuerpo: el cielo, con ojos ebrios y cegados; el sol, por la agradable sensación de calor de su lomo y a través de las profundas bocanadas de aire. Ahora, por primera vez, disfrutaba del esplendor del prado con ojos que a cada paso se sorprendían de las nuevas maravillas. Aquí no se veía ni un trocito de suelo, como dentro del bosque, porque los tallos de hierba se apiñaban en racimos, arrimados los unos a los otros, creciendo en lujo y abundancia, ladeándose suavemente a cada paso y, condescendientes, siguiéndose otra vez en seguida. La

extensa y verde llanura estaba cuajada de blancas margaritas, de gordas cabezuelas hinchadas rojas y violetas del trébol florecido y de luminosos botones de oro de dientes de león.

—¡Mira, mamá! —exclamó Bambi—. Una flor ha echado a volar.

—No es una flor —dijo la madre—; es una mariposa.

Bambi siguió entusiasmado el vuelo de la mariposa, que con una delicadeza infinita se había desprendido de un tallo y ahora volaba atolondrada de acá para allá. Bambi vio entonces que muchas de esas mariposas volaban por la pradera; parecían tener prisa y, sin embargo, se movían despacio, revoloteando para arriba y para abajo. Aquel juego le encantaba. Realmente parecían flores voladoras, alegres flores que no querían quedarse quietas sobre sus pedúnculos y que se marchaban a bailar un poco. O flores que habían bajado con los rayos del sol y, no teniendo aún sitio, lo buscaban afanosamente; descendían y desaparecían como si ya hubieran encontrado acomodo en alguna parte, pero en seguida volvían a subir, primero un poco, luego otro poco, para seguir buscando cada vez más lejos, porque los mejores sitios ya estaban ocupados.

Bambi seguía a todas con la mirada. Le habría gustado mucho ver alguna de cerca, contemplarla al detalle, pero no podía. Se mezclaban sin cesar la una con la otra, y esto le producía una gran confusión.

Cuando volvió a mirar al suelo, se deleitó viendo la multitud de veloces seres vivientes que pululaban bajo sus pasos. Saltaban y se dispersaban hacia todos lados; aparecían en forma de hervidero y, al momento siguiente, volvían a hundirse bajo la verde hierba de la que habían salido.

—¿Qué es esto, mamá? —preguntó Bambi.

—Son bichitos —respondió la madre.

—¡Mira! —exclamó Bambi—. ¡Mira lo alto que salta este trocito de hierba!

—No es hierba —le explicó la madre—; es un saltamontes.

—¿Por qué salta así? —preguntó Bambi.

—Porque estamos pasando nosotros —respondió la madre— y se asusta.

—¡Oh! —exclamó Bambi dirigiéndose al saltamontes, que se había posado en mitad de una margarita—. ¡Oh! —dijo Bambi cortésmente—. No tenga miedo, que no le vamos a hacer nada.

—No tengo miedo —respondió el saltamontes con voz áspera—. Al principio me he asustado, porque en ese momento estaba hablando con mi mujer.

—Disculpe, por favor —dijo Bambi humildemente—. Les hemos molestado.

—No importa —dijo el saltamontes—. Tratándose de ustedes, no importa. Pero nunca se sabe quién puede venir, y hay que estar atento.

—Es que hoy es la primera vez de mi vida que estoy en el prado —le contó Bambi—. Mi madre me ha...

El saltamontes bajo la cabeza con gesto terco, puso una cara seria y refunfuñó:

—Eso no me interesa. No tengo tiempo para estar de cháchara con usted. Ahora

tengo que ir a buscar a mi mujer. ¡Hop!

Y se fue.

—¡Hop! —dijo Bambi desconcertado y boquiabierto ante el gran salto con el que había desaparecido.

Bambi corrió hacia su madre:

—Oye, he hablado con él.

—¿Con quién? —le preguntó la madre.

—Pues con el saltamontes —dijo Bambi—; he hablado con él. Ha sido muy amable conmigo. Y me ha gustado mucho. Era de un color verde precioso, y por un extremo era tan transparente como no puede serlo ni la hoja más delicada.

—Eso son las alas.

—¿Ah, sí? —dijo Bambi—. ¡Y hay que ver la cara tan seria que tenía! Como si estuviera meditando algo. Pero a pesar de eso, ha sido amable conmigo. ¡Y cómo saltaba! Ha dicho «¡hop!», y ha pegado un salto tan alto que no he vuelto a verlo.

Continuaron andando. La conversación con el saltamontes había excitado a Bambi; también le había cansado un poco, pues era la primera vez que hablaba con un extraño. Sintió hambre y se apretó contra su madre para recuperarse.

Luego permaneció un rato tranquilo, medio soñando, con esa leve sensación de embriaguez que le envolvía cada vez que terminaba de mamar. Al poco tiempo vio en mitad de la maraña de tallos de hierba una flor de color claro que se movía. No, aquello no era una flor, sino una mariposa. Bambi se acercó.

La mariposa estaba perezosamente colgada de un tallo y movía las alas sin hacer ruido.

—¡Quédese quieta, por favor! —le gritó Bambi.

—¿Por qué voy a quedarme quieta? ¡Si soy una mariposa! —respondió la mariposa extrañada.

—Por favor, quédese quieta un ratito nada más —le rogó Bambi—. Hace tiempo que deseo verla de cerca. Hágame ese favor.

—Está bien —dijo la blanca mariposa—, pero no mucho tiempo.

Bambi se puso a mirarla.

—¡Qué bonita es usted! —exclamó entusiasmado—. ¡Qué preciosa! ¡Parece una flor!

—¿Qué? —dijo la mariposa abriendo y cerrando las alas—. ¿Una flor? En fin, en el medio en que me muevo, la opinión generalizada es que somos más bonitas que las flores.

Bambi estaba confuso.

—Claro —tartamudeó—, mucho más bonitas... Perdóneme, yo sólo quería decir...

—Me es bastante indiferente lo que usted quisiera decir —le interrumpió la mariposa.

Torció afectadamente su estrecho cuerpo y jugó vanidosamente con sus delicadas

antenas.

Bambi la contempló arrebatado.

—¡Qué delicada es usted! —dijo—. ¡Qué elegante y delicada! ¡Y qué preciosidad de alas blancas!

La mariposa desplegó las alas del todo, luego las levantó y las juntó, de manera que parecían la vela de un barco.

—¡Oh! —exclamó Bambi—, ahora entiendo por qué es usted más bonita que las flores. Usted además sabe volar, y eso no pueden hacerlo las flores, porque están unidas al tallo. ¡Claro, en eso consiste!

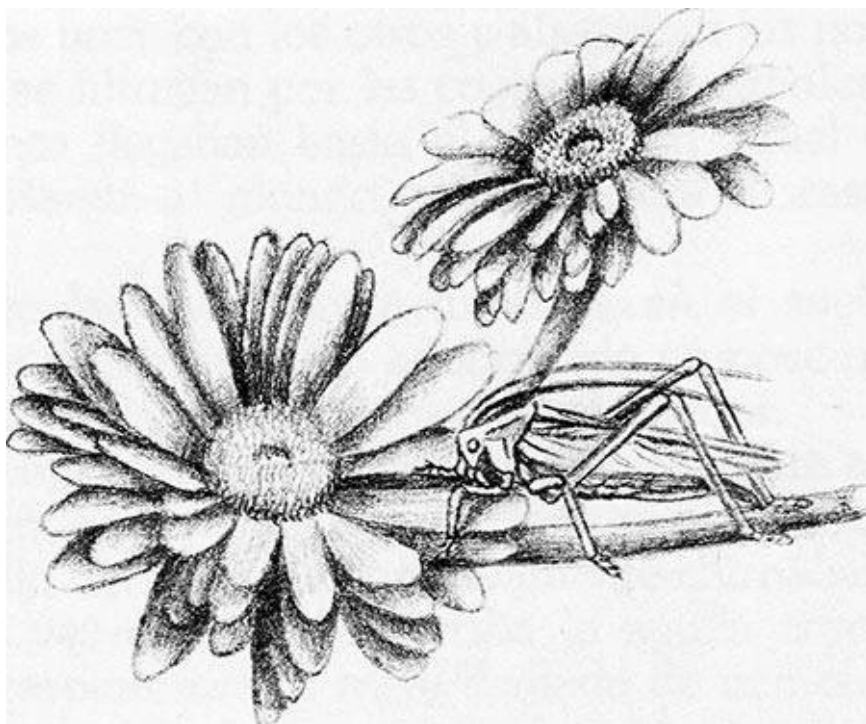
La mariposa se alzó.

—¡Exactamente! ¡Yo sé volar! —dijo.

Se alzaba tan poco a poco que no se notaba ni lo más mínimo. Sus blancas alas se movían con suavidad, llenas de gracia; de pronto se lanzó al aire bañado por el sol.

—Me he quedado tanto tiempo quieta sólo por usted —dijo revoloteando delante de Bambi para arriba y para abajo—, pero ahora me voy.

Así era el prado.





[3]

Muy dentro de la espesura había un huequecito que pertenecía a la madre de Bambi. Tan sólo estaba apartado unos pasos del estrecho sendero de los corzos que recorría el bosque, pero si no se conocía aquel pequeño refugio rodeado de arbustos, resultaba difícil encontrarlo.

Era un espacio muy estrecho; tanto, que sólo cabían Bambi y su madre, y tan bajo, que cuando la madre de Bambi se ponía de pie, la cabeza le quedaba medio oculta entre las ramas. Avellanos, tejos* y alheñas crecían enmarañados los unos con los otros y atrapaban los pocos rayos de sol que se filtraban por las copas de los árboles, de manera que nunca llegaban hasta el suelo. En aquel rincón había venido Bambi al mundo, y aquélla era su casa y la de su madre.

Ahora la madre yacía tumbada en el suelo y dormía. También Bambi se había adormecido un poco. De pronto se despertó, se levantó y miró a su alrededor.

Las sombras proporcionaban tal penumbra al refugio que la oscuridad era casi total. Desde allí se oía el suave murmullo del bosque. Continuamente chirriaban los herrerillos, de vez en cuando sonaba la aguda carcajada de un pájaro carpintero o la triste llamada de una corneja. Por lo demás, reinaba el silencio. Pero si se escuchaba con atención, se oía hervir el aire del mediodía. Allí dentro las neblinas de vapor producían somnolencia.

Bambi miró a su madre:

—¿Estás dormida?

No, la madre no dormía. Nada más levantarse Bambi, se había despertado.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Bambi.

—Nada —respondió la madre—; nos quedaremos donde estamos. Anda, échate un ratito y duerme.

Pero Bambi no tenía ninguna gana de dormir.

—Venga —le rogó—, vamos al prado.

La madre alzó la cabeza:

—¿Al prado? ¿Al prado... ahora?

Hablaba con tal extrañeza y horror, que a Bambi le entró mucho miedo.

—¿Es que ahora no se puede ir al prado? —preguntó tímidamente.



—No —dijo la madre como respuesta con voz decidida—. No, ahora no es posible.

—¿Por qué? —preguntó Bambi, dándose cuenta de que había algo sospechoso por medio.

Le entró aún más miedo, pero al mismo tiempo le encantaba enterarse de todo.

—¿Por qué no se puede ir ahora al prado?

—Más adelante lo sabrás todo, cuando seas un poco más mayor —le tranquilizó la madre.

Bambi insistió:

—Prefiero que me lo digas ahora.

—Ya te lo diré más adelante —repitió la madre—. Ahora todavía eres pequeño —continuó en tono cariñoso—, y con los pequeños no se habla de esas cosas —se puso muy seria—. Ahora... en el prado... No quiero ni pensar en ello. ¡En pleno día!

—Pero —objetó Bambi— cuando fuimos al prado, también era de día.

—Es distinto —le explicó la madre—; era por la mañana temprano.

—¿Se puede ir allí por la mañana temprano? —Bambi sentía demasiada curiosidad.

La madre tenía paciencia.

—Sólo a primera hora de la mañana o a última hora de la tarde... o por la noche.

—¿Y durante el día? ¿Nunca, nunca?

La madre vaciló.

—Sí —dijo, por fin—, a veces algunos de los nuestros van también de día. Pero en circunstancias especiales. No te lo puedo explicar. Aún eres muy pequeño. Algunos van, pero corren muchísimo peligro.



—¿Por qué corren peligro?

Ahora Bambi sentía una curiosidad enorme. Su madre no acababa de hablar con claridad.

—Pues porque corren peligro. Ya te he dicho, hijo mío, que todavía no puedes entender estas cosas.

Bambi pensó que lo único que no entendía era por qué su madre no quería darle una explicación exacta. Pero se calló.

—Así es como tenemos que vivir todos nosotros —siguió diciendo la madre—. Aunque amemos el día, y ciertamente lo amamos, sobre todo en nuestra infancia, sin embargo tenemos que vivir así, quedándonos quietos durante el día. Sólo podemos movernos de un lado a otro desde el anochecer hasta la mañana. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—En fin, hijo mío, por eso ahora tenemos que quedarnos donde estamos. Aquí estamos seguros. Bueno, ahora échate otra vez y duerme.

Pero Bambi no se quería echar.

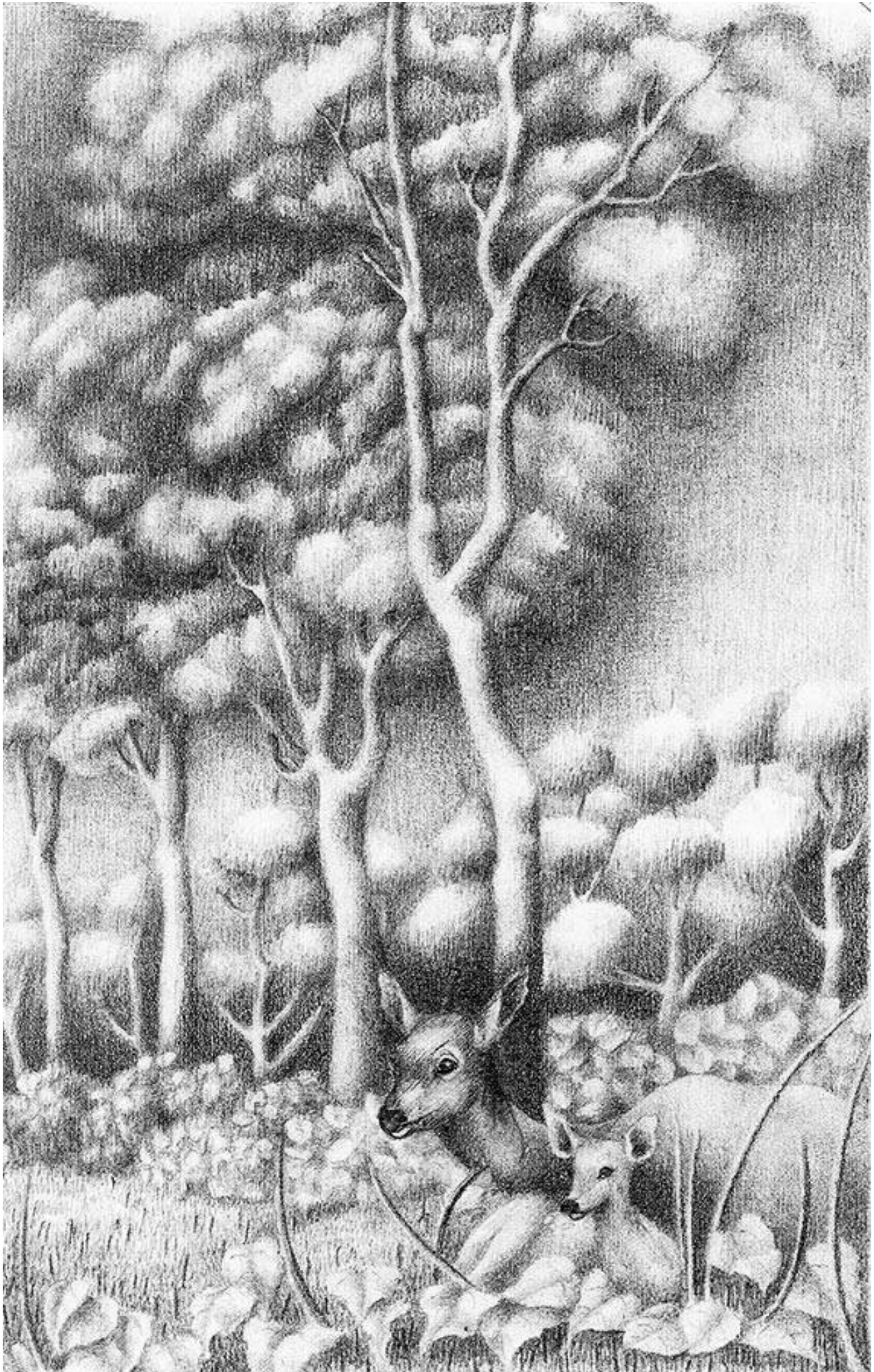
—¿Por qué estamos seguros aquí? —preguntó.

—Porque nos protegen las matas, porque las ramas de los arbustos y la broza seca del suelo crujen y nos avisan, porque las hojas muertas del año pasado están en la tierra y susurran para prevenirnos, porque el grajo y la urraca están ahí montando guardia y de este modo sabemos cuándo viene alguien, aunque aún esté lejos.

—¿Qué son las hojas del año pasado? —preguntó Bambi.

—Ven, siéntate a mi lado —dijo la madre—; te lo contaré.

Bambi se sentó obediente, se arrimó a su madre, y ésta le contó cómo los árboles no siempre están verdes y cómo el sol y el agradable calor desaparecen. Cómo después hace frío y las hojas se ponen amarillas, marrones y rojas con las heladas y se van cayendo poco a poco, de manera que los árboles tienden sus desnudas ramas al cielo y su aspecto es completamente mísero. Cómo, sin embargo, las hojas secas se quedan en el suelo, y cuando las roza un pie, susurran: «Alguien se acerca.» Y lo bien que vienen esas hojas secas del año anterior. Y el buen servicio que prestan, tan diligentes y atentas. Cómo aún en pleno verano muchas de ellas permanecen ocultas bajo la tierna vegetación y advierten de cualquier peligro que se avecine.



Bambi se apretó contra su madre. Se olvidó del prado. ¡Qué agradable era estar allí sentado oyendo hablar a su madre!

Luego, cuando la madre se calló, él se puso a reflexionar. Le pareció muy amable por parte de las buenas y viejas hojas que vigilaran tan atentamente, a pesar de estar secas y heladas y de haber soportado ya tantas calamidades. Pensó en qué consistiría el peligro del que hablaba siempre la madre. Pero de tanto reflexionar, se cansó. Alrededor todo estaba en silencio; sólo se oía cómo hervía el aire de calor. Y se durmió.





[4]

Una noche, yendo de nuevo al prado con su madre, creía saber todo lo que allí podía ver u oír. Pero lo cierto es que no estaba tan al corriente de la vida como él pensaba.

Al principio todo fue como la primera vez. Bambi tenía permiso para jugar a pillar a su madre. Corría describiendo círculos. El amplio espacio abierto, el cielo y el aire libre le embriagaron de nuevo de tal manera que se volvió loco de alegría. Al cabo de un rato se dio cuenta de que la madre estaba quieta. Al verla, se detuvo en plena curva tan de repente que las cuatro patas se le quedaron esparrancadas. Para recuperar una postura más decorosa, dio un gran salto en el aire y ya se quedó bien. Al otro lado, la madre parecía estar hablando con alguien, pero la hierba estaba tan alta que le impedía ver quién era. Bambi se acercó lleno de curiosidad. Entre la maraña de tallos, junto a la madre, se movían dos largas orejas. Eran de color gris castaño y tenían un bonito dibujo de rayas negras. Bambi se sorprendió, pero la madre le dijo:

—Ven para acá, que es nuestra amiga la liebre. Ven sin miedo y deja que te veamos.

Bambi se acercó inmediatamente. Allí estaba la liebre sentada y su aspecto era el de una persona muy honesta. Sus largas orejas se estiraban, tiesas e imponentes, y al momento volvían a caer y se quedaban lacias, como si hubieran sufrido un ataque repentino de debilidad. Bambi se quedó un poco perplejo al ver los bigotes tiesos y vigorosos que rodeaban la boca de la liebre. Pero notó que tenía una cara muy dulce, de rasgos bondadosos, y que con sus grandes ojos redondos miraba el mundo con modestia. La liebre tenía todo el aspecto de ser una amiga. Los reparos que fugazmente atravesaran la mente de Bambi desaparecieron al momento. Y, cosa extraña, en seguida le perdió el respeto que le había inspirado al principio; se lo perdió del todo.

—Buenas noches, jovencito —le saludó la liebre con estudiada cortesía.

Bambi sólo inclinó la cabeza y dijo: «Buenas noches.» No sabía por qué, pero sólo inclinó la cabeza. Muy amable, muy gentil, pero un poco condescendiente. No podía evitarlo. Tal vez fuera de nacimiento.

—¡Qué principito más hermoso! —dijo la liebre a la madre.



Miraba atentamente a Bambi, levantando tan pronto una oreja como la otra, o las dos a la vez, para dejarlas caer en seguida, cosa que a Bambi no le gustaba nada. Aquel gesto parecía querer decir: «Bah, no vale la pena.»

Mientras tanto, la liebre seguía mirando dulcemente a Bambi con sus grandes ojos redondos. La nariz y la boca, con sus soberbios bigotes, se le movían sin cesar, como cuando una persona contrae la nariz y los labios para reprimir un estornudo. Bambi se echó a reír. Al momento rió también de buena gana la liebre, pero sus ojos adquirieron una expresión más pensativa:

—La felicito —dijo a la madre—; sinceramente la felicito por este hijo. Sí, sí, sí... Algún día se convertirá en un magnífico príncipe... Sí, sí, sí, eso se ve a simple vista.

Para gran sorpresa de Bambi, se incorporó y se sentó erguida sobre las patas traseras. Atisbo los alrededores con las orejas tiesas y luego, moviendo la nariz, volvió a sentarse con muy buenos modales sobre las cuatro patas.

—Bueno, ya me despido de los señores —dijo—. Aún me queda mucho que hacer esta noche. Humildemente me despido.

Se dio la vuelta y se fue brincando, con las orejas caídas y apretadas contra los hombros.

—¡Buenas noches! —le gritó Bambi.

La madre sonrió:

—La buena de la liebre... Tan sencilla y tan modesta. Tampoco ella tiene las cosas fáciles en este mundo.

Había simpatía en sus palabras.

Bambi se puso a pasear un poco para dejar que su madre comiera. Tenía esperanzas de encontrarse de nuevo con su primer amigo y también estaba dispuesto a hacer nuevas amistades. Sin saber a ciencia cierta lo que le pasaba, había siempre una expectativa en su interior.

De repente oyó a lo lejos un suave susurro en la hierba y unos golpes ligeros en el suelo. Alzó la vista. Algo corría por la hierba en la otra linde del bosque. ¡Una criatura! ¡No, dos! Bambi lanzó una rápida mirada a su madre, pero ésta, con la cabeza metida dentro de la hierba, no se preocupaba de nada. Sin embargo, aquellas dos criaturas se perseguían y daban vueltas, describiendo los mismos círculos que él momentos antes. Bambi estaba tan perplejo que dio un salto atrás, como si quisiera huir. La madre lo notó y levantó la cabeza.

—¿Qué te pasa? —le dijo.

Pero Bambi estaba sin habla, no encontraba palabras; sólo balbució:

—Allí... allí...

La madre miró en esa dirección:

—¡Ah, sí! —dijo—. Es mi prima. Veo que ella también tiene un hijo. ¡Ah, no! ¡Son dos!

La madre había hablado con alegría, pero ahora se puso seria:

—¡Pensar que Ena tiene dos hijos! ¡Dos hijos!

Bambi se quedó mirando con la boca abierta. De pronto vio una silueta exacta a la de su madre. Hasta ese momento no la había visto. Vio cómo los otros dos seguían persiguiéndose en círculo, pero únicamente se distinguían sus lomos rojizos que, al dar vueltas, parecían dos finas rayas rojas.

—Ven —le dijo la madre—, vamos hacia allá, que por fin tendrás compañía.

Bambi quería correr, pero como la madre iba muy despacio y a cada paso miraba hacia todos lados, se contuvo. Sin embargo, se hallaba excitadísimo y muy impaciente.

La madre siguió hablando:

—Ya me imaginaba que tarde o temprano nos encontraríamos con Ena. ¿Dónde se habrá metido?, me preguntaba. Ya me imaginaba que tendría un hijo; era fácil suponerlo. ¡Pero dos...!

Hacía un rato que los otros los habían visto, y ya salían a su encuentro. Bambi tuvo que saludar a la tía, pero sólo tenía ojos para sus hijos.

La tía era muy simpática.

—Ya ves —le dijo—; éstos son Gobo y Falina. Podéis ir a jugar juntos.

Los pequeños permanecieron rígidos y en silencio, mirándose fijamente. Gobo pegado a Falina, y Bambi frente a los dos. Ninguno de ellos se movía. Los tres se miraban con la boca abierta.

—Déjalos —dijo la madre—. Ya se harán amigos.

—¡Qué criatura más hermosa! —dijo la tía Ena—. De verdad, es precioso. Tan fuerte y tan bien plantado...

—Vaya, no está mal —dijo la madre con modestia—. No me puedo quejar. Pero eso de que tengas dos hijos, Ena...

—Sí, las cosas son unas veces de una manera y otras de otra —le explicó Ena—. Ya sabes, querida, que he tenido hijos muy a menudo.

La madre dijo:

—Bambi es mi primer...

—¿Lo ves? —la consoló Ena—. A lo mejor la próxima vez las cosas son de otro modo.

Los pequeños aún seguían de pie mirándose el uno al otro. Ninguno decía ni una palabra. De pronto Falina dio un salto y se marchó. Se había aburrido.

Al momento, Bambi se precipitó tras ella. Gobo los siguió inmediatamente. Echaron a correr en semicírculo; de pronto se dieron la vuelta y cayeron rodando unos sobre otros; luego salieron corriendo en todas direcciones. Aquello era fantástico. Cuando más tarde se detuvieron súbitamente casi sin aliento, ya estaban muy familiarizados y empezaron a charlar.

Bambi les contó que había hablado con el bueno del saltamontes y con una mariposa blanca.

—¿Has hablado también con el escarabajo? —le preguntó Falina.

No, Bambi no había hablado con el escarabajo. Ni lo conocía ni sabía quién era.

—Yo hablo a menudo con él —le explicó Falina un poco arrogante.

—Pues a mí me ha reñido el grajo —dijo Bambi.

—¿De verdad? —preguntó Gobo asombrado—. ¿Tan malo fue el grajo contigo?

Gobo se sorprendía con facilidad; era muy modesto.

—Pues a mí —dijo Gobo— el erizo me ha pinchado en la nariz.

Pero lo mencionó sin darle ninguna importancia.

—¿Quién es el erizo? —preguntó Bambi con alborozo.

Le parecía maravilloso estar allí con amigos oyendo tantas cosas apasionantes.

—El erizo es una criatura terrible —dijo Falina—. Tiene todo el cuerpo lleno de pinchos grandes, y además es muy malo.

—¿Crees de veras que es malo? —le preguntó Gobo—. ¡Si no hace daño a nadie!

—¿Que no? —replicó prontamente Falina—. ¿Acaso no te ha pinchado?

—Oh, pero eso fue porque quería hablar con él —le objetó Gobo—. Además, sólo me pinchó un poquito. No me dolió mucho.

Bambi se dirigió a Gobo:

—¿Y por qué no quería que hablaras con él?

—No quiere hablar con nadie —se interpuso Falina—. En cuanto te acercas a él, se enrolla y ya no se le ven más que pinchos. Nuestra madre dice que es de esos que no quieren saber nada del mundo.

Gobo opinó:

—A lo mejor sólo tiene miedo.

Pero Falina lo veía de otra manera:

—Mamá dice que no hay que mezclarse con gente así.

De pronto Bambi empezó a decir a Gobo en voz baja:

—¿Tú sabes lo que es... el peligro?

También los otros se pusieron ahora serios, y los tres juntaron las cabezas.

Gobo reflexionó. Se esforzó sinceramente por saberlo, pues bien veía la curiosidad con la que Bambi esperaba la respuesta.

—El peligro... —susurró—, es algo muy malo.

—Sí —le insistió Bambi nervioso—, algo muy malo, pero ¿qué?

Los tres temblaban de miedo.

De repente Falina exclamó en voz alta y gozosamente:

—El peligro es... cuando hay que huir.

Y se fue de un salto; no quería quedarse allí y tener miedo. Bambi y Gobo saltaron inmediatamente tras ella. De nuevo empezaron a jugar y a corretear haciendo eses por la verde pradera, suave como la seda, y en un instante se olvidaron de la seria cuestión. Al cabo de un rato se detuvieron y se reunieron otra vez para hablar. Miraron a sus madres, que a su vez estaban muy entretenidas corriendo de vez en cuando y charlando tranquilamente.

La tía Ena levantó la cabeza y llamó a sus hijos:

—¡Gobo! ¡Falina! ¡Nos tenemos que ir en seguida!

También la madre de Bambi advirtió a éste:

—Ven, que ya es hora.

—Déjanos un rato más —rogó Falina encarecidamente—, sólo un ratito.

Bambi suplicó:

—Vamos a quedarnos un poco más, por favor. ¡Se está tan bien...!

Y Gobo repitió con humildad:

—¡Se está tan bien...! ¡Otro ratito!

Los tres hablaban a la vez.

Ena miró a la madre de Bambi:

—¿No te lo decía yo? Ahora no se quieren separar.

De pronto ocurrió algo mucho más importante que todo lo que le había sucedido a Bambi ese día, que no era poco.

Procedentes del bosque se oyeron unas fuertes pisadas y crujidos y susurros de ramas, y antes de poder aguzar las orejas, surgieron dos animales de entre la espesura. El uno corriendo estrepitosamente, el otro persiguiéndolo a galope. Corrían como el huracán. Trazaron una amplia curva en el prado, se internaron de nuevo en el bosque, donde se les oía galopar, salieron otra vez impetuosamente de la espesura y de pronto se detuvieron; se hallaban a unos veinte pasos el uno del otro.

Bambi los miraba sin moverse. Se parecían bastante a su madre y a la tía Ena. Pero sus cabezas estaban coronadas por unas astas perladas de un brillante color castaño y candiles* blancos resplandecientes. Bambi se sentía aturdido; miraba a uno y a otro alternativamente. Uno de ellos era más pequeño, y también sus cuernas lo eran. Pero el otro era altivo y hermoso. Iba con la cabeza erguida y en lo alto resaltaba la cornamenta, que lanzaba destellos claros y oscuros en su perlado castaño resplandeciente y en sus puntas blancas y brillantes.

—¡Oh! —exclamó Falina llena de admiración.

—¡Oh! —repitió Gobo en voz baja.

En cambio, Bambi no dijo nada. Estaba absorto y sin habla.

Después los dos animales se movieron, fueron cada uno hacia un lado y regresaron lentamente al bosque. El más altivo se acercó a los pequeños, a la madre y a la tía Ena. Pasó de largo en un silencio majestuoso; llevaba la noble cabeza erguida a la manera de un rey y no se dignó mirar a nadie. Los pequeños no se atrevieron a respirar hasta que desapareció en la espesura. Se volvieron a buscar al otro, pero en ese momento se cerraban tras él las puertas de la espesura.

Falina fue la primera que rompió el silencio.

—¿Quién era ése? —exclamó.

Pero le templaba su audaz vocecita. Gobo repitió:

—¿Quién era ése? —pero apenas se le oyó.

Bambi permanecía callado.

La tía Ena dijo en tono solemne:

—Esos eran los padres.

Ya no hablaron más, y se separaron. La tía Ena se dirigió hacia el arbusto más próximo. Era su camino. Bambi tuvo que atravesar toda la pradera con su madre hasta el roble, para llegar al sendero habitual. Estuvo mucho tiempo callado. Por fin, preguntó:

—¿No nos han visto?

La madre comprendió a qué se refería y le contestó:

—Claro que sí. Lo ven todo.

Bambi se sentía angustiado; temía hacer preguntas, pero al mismo tiempo le urgía demasiado; así que empezó a decir:

—¿Por qué...? —y se calló.

La madre le ayudó:

—¿Qué quieres decir, hijo mío?

—¿Por qué no se han quedado con nosotros?

—No se quedan con nosotros —respondió la madre—. Sólo de vez en cuando.

Bambi continuó:

—¿Por qué no han hablado con nosotros?

La madre le contestó:

—Ahora no hablan con nosotros. Sólo de vez en cuando. Hay que esperar a que vengan y a que nos hablen cuando les apetezca.

Bambi preguntó con el ánimo exaltado:

—¿Hablará mi padre conmigo?

—Claro que sí, hijo mío —le prometió la madre—. Cuando seas mayor, hablará contigo y a veces podrás quedarte con él.

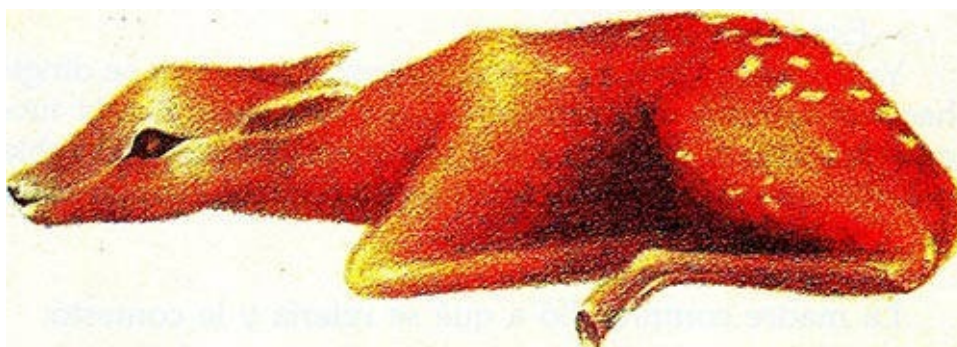
Bambi iba callado al lado de su madre; todo su pensamiento lo ocupaba la aparición del padre.

«Qué hermoso es —iba pensando—. Qué hermoso.»

La madre, como si pudiera oír sus pensamientos, le dijo:

—Si sigues con vida, hijo mío, si eres prudente y sabes evitar el peligro, también tú serás algún día tan fuerte y hermoso como tu padre y tendrás una cornamenta como la suya.

Bambi respiró profundamente. Tenía el corazón henchido de emoción y felicidad.





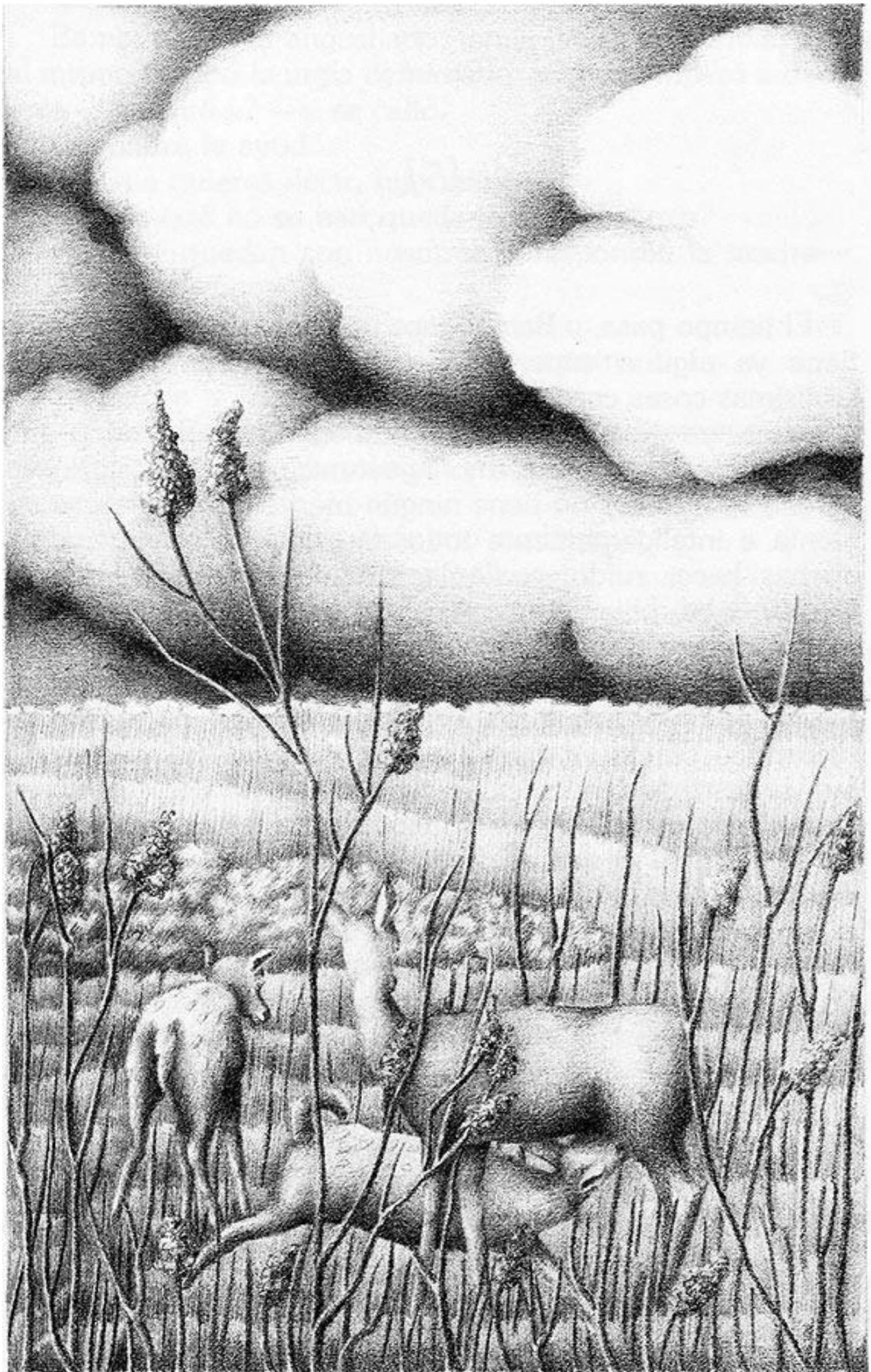
[5]

El tiempo pasa, y Bambi hace muchos descubrimientos y tiene ya alguna experiencia. A veces siente vértigo de tantísimas cosas como tiene que aprender.

Ahora ya sabe escuchar atentamente; no sólo oír lo que sucede tan cerca que a uno le retumban los oídos. No, la verdad es que eso no tiene ningún mérito. El sabe escuchar atenta e inteligentemente todo aquello que se mueve sin apenas hacer ruido, cualquier crujido ocasionado por el viento. Sabe, por ejemplo, cuándo corre un faisán por los matorrales; reconoce con precisión sus pasitos cortos, alternados con paradas. También distingue por el oído a los ratones de bosque, cuando corren de acá para allá en recorridos cortos. Y también sabe cuándo están de buen humor los topos, pues entonces empiezan a perseguirse en círculo bajo un saúco produciendo apenas un ligero murmullo. Conoce el grito atrevido y sonoro de los halcones, y por su tono colérico nota que se les acerca un azor* o un águila y que se enojan, porque temen que les quiten el terreno. Conoce el aleteo de las palomas silvestres, el hermoso y rápido batir de alas de los patos y muchas cosas más.

Poco a poco también va aprendiendo a ventear*. Pronto lo hará tan bien como su madre. Sabe aspirar el aire y analizarlo con sensatez. «Oh, huele a trébol y a matas de flores —piensa cuando el viento sopla desde el prado—, y seguro que ahí fuera está mi amiga la liebre; lo noto.» Luego, a pesar del olor de las hojas, de la tierra, del puerro silvestre y de la rubilla*, reconoce que por alguna parte está pasando el turón, y cuando pega la nariz al suelo y lo examina a fondo, se da cuenta de que por allí ha pasado el zorro o que cerca están sus parientes, la tía Ena con los pequeños.





Ya está completamente familiarizado con la noche y no tiene tantas ansias por correr durante el día, sino que se queda tan a gusto tumbado junto a su madre en el oscuro y pequeño escondrijo rodeado de follaje. Oye hervir el aire de calor y se duerme. De cuando en cuando se despierta, y escucha y ventea como es debido. Todo sigue en orden. Unicamente los herrerillos charlan un poco, las currucas*, que casi nunca están silenciosas, conversan entre sí, y las palomas silvestres no cesan de declamar sus entusiásticas ternuras. ¿Qué le importa eso a él? De manera que se vuelve a dormir.

Ahora la noche le gusta mucho. Todo está despierto, en movimiento. Naturalmente, también durante la noche hay que estar alerta, aunque con menos cautela, y uno puede ir a donde quiera. Y por todas partes se encuentra uno con conocidos, que a su vez también están más despreocupados que normalmente. De noche el bosque es solemne y silencioso. Hay tan sólo unas cuantas voces, pero se oyen mucho en mitad de ese silencio; suenan de manera diferente a las voces del día y causan más impresión. A Bambi le gusta mucho la lechuza, que tiene un vuelo muy distinguido, suave y silencioso. Hace tan poco ruido como una mariposa, y eso que es enorme. Además tiene una cara importante, de rasgos muy marcados, y sus magníficos ojos le hacen parecer tan pensativa...

Bambi admira su mirada fija, serena y valiente. Le gusta oírla hablar con su madre o con cualquier otro. Para escucharla se aparta un poco, pues le da algo de miedo esa mirada arrogante que tanto admira; no es que entienda mucho las cosas tan inteligentes que dice, pero sabe que son cosas inteligentes, y eso le entusiasma y le llena de respeto por la lechuza. Luego ésta inicia su canto: «Haa... ah... hahaha... haa... ah». Suena distinto del canto del tordo o de la oropéndola, distinto de las alegres notas del cuco*, pero Bambi ama el canto de la lechuza, pues siente que encierra una gravedad misteriosa, una inteligencia indescriptible y una enigmática melancolía.

Luego está también el autillo*, un tipo pequeño y encantador. Listo, divertido y en extremo curioso. Muy aficionado a llamar la atención. «Uj... iik... Uj... iik...», canta con voz aguda y terriblemente estridente. Parece como si estuviera al borde de la muerte. Pero está de un humor radiante y se alegra muchísimo cuando alguien se asusta. «Uj... iik», grita con tal potencia que en el bosque se le oye a media hora de distancia. A continuación se ríe para sus adentros con un suave arrullo, y eso sólo se oye desde muy cerca. Bambi ha descubierto que el autillo se alegra cuando se asusta uno o cuando cree que le ha pasado algo malo. Desde entonces Bambi, cuando está cerca del autillo, no pierde la oportunidad de acercársele y preguntarle:

—¿Le ha sucedido algo?

O bien dice suspirando:

—¡Ay, cómo me he asustado!

Entonces el autillo se pone muy contento.

—Sí, sí —dice riéndose—; es un grito desgarrador.

Luego ahueca las alas y parece una bola suave y gris; es de una belleza cautivadora.

También ha habido tormenta unas cuantas veces; tanto de día como de noche. La primera vez fue de día, y Bambi sintió miedo cuando su escondrijo rodeado de follaje se fue oscureciendo más y más. Le parecía como si en pleno día hubiera caído la noche del cielo. Luego, cuando la tempestad se desencadenó por el bosque con su bramido y los silenciosos árboles empezaron a gemir con fuerza, Bambi tembló de miedo. Y cuando brillaron los relámpagos y retumbó el trueno, Bambi estaba casi inconsciente de terror y creía que el mundo se partiría en dos. Corrió tras su madre, que había dado un salto algo confusa y se paseaba de un lado a otro por la espesura. Bambi no podía pensar, no podía calmarse. Luego llovió a cántaros. Todo el mundo se había escondido. El bosque estaba vacío y no había salvación. Los torrentes de agua azotaban incluso dentro de los arbustos más espesos. Pero cesaron los relámpagos; sus ardientes rayos ya no iluminaban las copas de los árboles. El trueno se alejó; tan sólo se le oía murmurar a lo lejos, y pronto se calló por completo. La lluvia amainó, aunque durante una hora más continuó su ruido fuerte y regular. El bosque aspiraba profundamente la calma y se dejaba rociar. Ya nadie pasaba miedo; la lluvia había arrastrado consigo esa sensación.

La madre no había ido nunca tan temprano con Bambi al prado como esa noche. A decir verdad, aún no había anochecido. Todavía estaba el sol bastante alto. El aire era fresco y fortalecedor; olía más que de costumbre. Y el bosque cantaba con mil versos, pues todos habían salido de sus escondrijos y se apresuraban ansiosos a contarse lo que había ocurrido.

Antes de salir al prado, pasaron por el gran roble que estaba en la linde del bosque, junto a su sendero. Siempre que iban al prado tenían que pasar por ese hermoso árbol. Aquel día estaba la ardilla en una rama y los saludó. Bambi mantenía una gran amistad con la ardilla. En su primer encuentro la había confundido con un corzo muy pequeño por su pelaje rojizo, y la había mirado perplejo. Pero es que por aquel entonces Bambi aún era muy pequeño y simplemente no sabía nada de nada. Desde un principio la ardilla le pareció de una belleza extraordinaria. Tenía unos modales tan buenos y una conversación tan amena... Y Bambi se deleitaba viéndola dar volteretas, trepar, saltar y balancearse. Según charlaba, subía y bajaba por el tronco liso del árbol como si tal cosa. Luego se sentaba erguida sobre una rama inestable, se apoyaba cómodamente en su tupida cola, graciosamente elevada en el aire, mostraba su blanco pecho, meneaba grácilmente las patitas delanteras, giraba la cabecita de un lado a otro, reía con sus alegres ojos, y en un instante decía un montón de cosas divertidas e interesantes.

Ahora la ardilla bajó tan aprisa y dando unos saltos tan grandes, que creyeron que se les iba a caer encima de la cabeza. Meneó con fuerza su larga cola rojiza y los saludó desde lo alto:

—¡Buenas tardes! ¡Buenas tardes! Me alegro de verlos pasar por aquí.

La madre y Bambi se detuvieron.

La ardilla bajó por el tronco liso del árbol.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué tal han soportado la tormenta? Ya veo que todo está en orden. Eso es lo principal.

Volvió a subir por el tronco con la velocidad del rayo, y dijo:

—No, ahí abajo hay demasiada humedad para mí. Esperen, que me voy a buscar un sitio mejor. Supongo que no los molestará. Muchas gracias; ya sabía yo que no los molestaría. Y desde aquí también podemos hablar.

Corría por una rama recta de un lado a otro.

—¡Vaya un barullo que se ha armado! —continuó diciendo—. ¡Qué ruido, qué escándalo! En fin, ya se pueden imaginar cómo me he asustado. Me he quedado quieta en un rincón y apenas me atrevía a moverme. Eso es lo peor de todo: estar ahí quieta sin moverme. Suponía que no me pasaría nada, porque la verdad es que mi árbol es buenísimo para estos casos; sí, es un árbol magnífico, tengo que reconocerlo; estoy satisfecha de él. Por más árboles que vea, no hay ninguno que me guste tanto como éste. Pero cuando se desatan tormentas como la de hoy, una pasa un miedo terrible a pesar de todo.

Ahí estaba la ardilla, apoyada en su bonita cola levantada, mostrando su pecho blanco y apretándose patéticamente el corazón con las dos patitas delanteras. No costaba ningún trabajo creer que se había asustado.

—Nosotros vamos al prado —dijo la madre—, para secarnos al sol.

—¡Oh, qué buena idea! —exclamó la ardilla—. Es usted muy inteligente, de verdad. Yo siempre digo que usted es muy inteligente —dijo, y se instaló de un salto en una rama más alta—. Ahora no puede hacer nada mejor que ir al prado —gritó desde lo alto recorriendo la copa del árbol con ágiles saltos—. Yo también voy a subir en busca de sol —dijo contenta—. Estoy completamente empapada. Me subiré a lo más alto —dijo sin preocuparse de si la oían.

En el prado había ya bastante animación. La amiga liebre estaba allí sentada con su familia. También la tía Ena se hallaba allí con sus hijos y con otros conocidos. Ese día Bambi volvió a ver a los padres. Salieron lentamente del bosque, el uno por un lado y el otro por otro lado, incluso apareció un tercero. Recorrieron la pradera pegados al borde del bosque, cada uno por su sitio. No prestaban atención a nadie; ni siquiera hablaban entre sí. Bambi los miraba todo el rato lleno de respeto y de curiosidad.

Luego se puso a hablar con Falina, con Gobo y con algunos otros pequeños. Bambi sugirió que podían jugar un poco. Todos se mostraron de acuerdo y comenzaron a dar vueltas. Falina era la más alegre de todos. Agil y veloz, era incansable con sus ocurrencias repentinas. En cambio, Gobo se fatigaba en seguida. El temporal le había asustado mucho; el corazón le había latido con fuerza y aún le duraba un poco el miedo. Gobo era algo débil, pero Bambi le quería porque era bueno y complaciente. Siempre estaba un poco triste, pero procuraba que no se le notara.

El tiempo pasa, y Bambi aprende a distinguir lo bien que saben los manojos de hierba, lo tiernos que son los brotes de las hojas y lo dulce que sabe el trébol. Cuando se arrima a su madre para apagar su sed, ocurre con frecuencia que aquélla le rechaza.

—Ya no eres tan pequeño —le dice.

Otras veces incluso le dice con franqueza:

—Vete, déjame en paz.

Puede suceder que la madre se levante en su escondrijo del bosque en pleno día y se vaya sin tener en cuenta si Bambi la sigue o no. A veces, cuando caminan por las sendas habituales, da la impresión de que la madre no nota que Bambi va corriendo tras ella muy obediente.

Un día la madre desaparece. Bambi no sabe cómo ha podido ser, no puede explicárselo. Pero el caso es que la madre se ha ido y Bambi está solo por primera vez.

Extrañado, se pone nervioso, le entra miedo y empieza a sentir una angustia desesperada. Grita lleno de tristeza, pero nadie le contesta; nadie acude.

Escucha, olfatea. Nada. Grita de nuevo. En voz baja, suplicante y con dulzura llama:

—Mamá..., mamá —pero todo es en vano.

Desesperado, ya no lo puede soportar y comienza a andar.



Recorre el sendero que conoce, se detiene y llama. Luego, temeroso y desconcertado, continúa caminando con paso vacilante. Está muy triste.

Sigue y sigue andando y llega a senderos por los que no ha ido nunca; encuentra sitios desconocidos para él. Ya no sabe orientarse.

En esto oye las voces de dos pequeños que llaman como él:

—¡Mamá..., mamá...!

Se queda quieto y escucha.

Son Gobo y Falina. Tienen que ser ellos. Rápidamente corre en la dirección de las voces y pronto ve el brillo de su rojizo pelaje a través de las hojas. Allí están Gobo y Falina gritando melancólicamente bajo una alheña:

—¡Mamá, mamá!

Al oír un ruido entre los arbustos, se alegran. Pero cuando reconocen a Bambi, se llevan una decepción. No obstante, se animan un poco al verle. Y Bambi se pone contento de no estar ya tan solo.

—Mi madre se ha ido —dice Bambi.

—La nuestra también —responde Gobo en tono quejumbroso.

Se miran entre sí muy perplejos.

—¿Dónde pueden estar? —pregunta Bambi a punto de sollozar.

—No lo sé —suspira Gobo.

El corazón le late con fuerza y se siente desgraciado.

De pronto dice Falina:

—Yo creo que están con los padres.

Gobo y Bambi se miran estupefactos. Al instante se apodera de ellos un profundo respeto.

—¿Quieres decir... con los padres? —pregunta Bambi temblando.

Falina tiembla también, pero pone una cara muy elocuente. Hace como que sabe más de lo que dice. Naturalmente no sabe nada; ni siquiera sabe cómo se le ha ocurrido eso. Pero como Gobo le repite:

—¿Crees de verdad eso?

Ella pone cara de lista y repite con aire de misterio:

—Sí, eso creo.

Al menos es una suposición, sobre la que se puede reflexionar. Sin embargo, Bambi no se siente más tranquilo. Además, ahora tampoco puede reflexionar; está demasiado triste y excitado a la vez.

De manera que se va. No le gusta quedarse tanto rato en el mismo sitio. Falina y Gobo le acompañan un trecho. Los tres llaman:

—¡Mamá, mamá!

Pero de pronto Gobo y Falina se detienen; no se atreven a seguir. Falina dice:

—¿Para qué seguir? Mamá sabe dónde estamos. Quedémonos, pues, aquí para que nos encuentre cuando vuelva.

Bambi se va solo. Camina por un bosque de coníferas cerrado y joven, y llega a

un pequeño claro. Bambi se detiene en mitad del claro. De pronto se queda como si hubiera echado raíces en el suelo; no puede moverse.

A un lado del claro, junto a un avellano grande, hay una silueta. Bambi no había visto nunca una criatura semejante. Al mismo tiempo el viento le lleva un olor como nunca había sentido antes. Es un olor desconocido, fuerte, penetrante y perturbador; para volverse loco.

Bambi mira a la silueta con atención. Curiosamente está erguida y tiene una cara pálida sin pelos alrededor de la nariz y de los ojos, terriblemente desnudos. Ese rostro le inspira un miedo horrible, un frío espanto. Esa cara tiene una fuerza inmensa que paraliza a Bambi. Mirar esa cara es una tortura insoportable; no obstante, Bambi la mira fijamente.

La extraña criatura permanece mucho tiempo sin moverse. Luego estira una pata que le sale de cerca de la cara. Bambi ni se había fijado en la existencia de esa pata. Pero al ver cómo esa horrible pata se estira, Bambi se asusta del simple movimiento y huye como un plumón arrastrado por el viento. En un santiamén se interna de nuevo en la espesura y echa a correr.

De pronto aparece la madre. Atraviesa de un salto las matas y los arbustos y se sitúa junto a Bambi. Ambos corren todo lo que pueden. La madre le guía, pues conoce el camino, y Bambi la sigue. Así corren hasta llegar a su escondrijo.

—¿Has... visto? —le pregunta la madre en voz baja.

Bambi no puede hablar; se ha quedado sin respiración. Sólo asiente con la cabeza.

—Era... «él» —dice la madre.

Y los dos se estremecen de miedo.





[6]

Bambi se quedaba muchas veces solo. Pero ya no pasaba tanto miedo como al principio. La madre desaparecía y por más que la llamara, no volvía. Y cuando menos se lo esperaba, aparecía de nuevo.

Una noche estaba Bambi paseando muy solito. Ni siquiera se había encontrado con Gobo y Falina. El cielo iba adquiriendo un color gris pálido y comenzaba a oscurecer, de manera que las copas de los árboles parecían formar una bóveda por encima de los arbustos. En esto se oyó un ruido entre las matas y luego una serie de crujidos de hojas. Pasó la madre rápidamente. Detrás, a muy poca distancia de ella, corría alguien más. Bambi no sabía quién era. Podía ser la tía Ena, o el padre, o cualquier otro. Pero a su madre la reconoció inmediatamente, a pesar de la rapidez con que pasó a su lado. Había oído su voz. Iba gritando, y a Bambi le pareció que era en broma, aunque también pensó que sonaba un poco a miedo.

Un día Bambi llevaba horas vagando por la espesura. Por fin, empezó a llamar. Pero no porque tuviera miedo, sino porque no quería quedarse tan solo y porque se daba cuenta de que pronto se sentiría muy mal. Así es que empezó a llamar a su madre.

De repente apareció uno de los padres y le miró severamente. Bambi no le había oído llegar y se asustó. Era un corzo más fuerte, más alto y más gallardo que los demás. Su rojizo pelaje tenía un tono oscuro e intenso, pero en su cara había ya reflejos de color gris plateado, y por encima de sus orejas juguetonas resaltaba una poderosa y alta cornamenta salpicada de perlas oscuras.

—¿Por qué llamas? —preguntó el corzo severamente.

Bambi estaba temblando de respeto y no se atrevía a responder.

—Tu madre ahora no tiene tiempo para ti —continuó el corzo.

Bambi se sentía completamente anonadado por aquella voz tan imperiosa, pero al mismo tiempo le producía admiración.

—¿No sabes estar solo? ¡Vergüenza debiera darte!

Bambi quería decir que sabía muy bien estar solo, que ya había estado solo muchas veces, pero no le salía nada. De manera que obedeció y se avergonzó. El corzo dio media vuelta y se fue. Bambi no sabía ni por qué ni a dónde, ni si se



había ido deprisa o despacio. Simplemente había desaparecido tan de repente como había llegado. Bambi escuchó atentamente, pero no oyó ningún paso que se alejara, ninguna hoja que se moviese. Por eso pensó que el corzo tendría que estar todavía cerca, y venteó en todas direcciones. Pero el aire no le trajo ningún olor. Bambi respiró entonces aliviado de hallarse otra vez solo, pero al mismo tiempo sentía un fuerte deseo de volver a ver al corzo y de ganarse su aprobación.

Más tarde, cuando llegó la madre, Bambi no le contó nada de su encuentro. Y tampoco la llamó cuando desapareció de nuevo. Mientras vagaba de un lado a otro, pensaba en el corzo; sentía grandes deseos de encontrárselo. Entonces le diría: «Ya ve, no la llamo.» Y el corzo elogiaría su conducta.

Pero con los que sí habló fue con Gobo y con Falina, al verlos de nuevo en el prado. Le escucharon con gran curiosidad y no pudieron contarle ninguna experiencia comparable a la suya.

—¿No te has asustado? —le preguntó Gobo excitado.

Bambi confesó que sí, que había pasado miedo, pero sólo un poco.

—Yo me hubiera asustado muchísimo —dijo Gobo.

Bambi replicó que no, que mucho miedo no había tenido, porque el corzo era precioso. Gobo dijo:

—Eso no me hubiese servido de nada. Con miedo no habría sido capaz ni siquiera de mirarlo. Cuando tengo miedo, los ojos me hacen chiribitas y ya no veo nada, y corazón me late tan aprisa que no puedo ni respirar.

Falina, tras el relato de Bambi, se quedó muy pensativa y no dijo nada.

La siguiente vez que se encontraron, Gobo y Falina salieron presurosos a su encuentro. De nuevo estaban solos, como también lo estaba Bambi.

—Te hemos estado buscando todo este tiempo —dijo Gobo.

—Sí —dijo Falina enfáticamente—, pues ahora ya sabemos con exactitud quién era ese al que viste.

Bambi, de pura curiosidad, dio un salto.

—¿Quién? —preguntó.

Falina dijo en tono solemne:

—Era el viejo príncipe.

—¿Quién os lo ha dicho? —insistió Bambi.

—Nuestra madre —respondió Falina.

Bambi se mostró extrañado.

—¿Es que le habéis contado la historia?

Los dos asintieron.

—¡Pero si era un secreto! —exclamó Bambi indignado.

Gobo se disculpó al momento.

—Yo no he sido. Ha sido Falina.

Pero Falina dijo con desenvoltura:

—¡Bah, qué tontería, un secreto! Yo quería saber quién era. Ahora ya lo sabemos

y la cosa resulta mucho más interesante.

Bambi ardía en deseos de escucharlo todo; así es que se tranquilizó. Falina se lo contó todo:

—Es el más distinguido del bosque. No hay otro que pueda comparársele. Nadie sabe la edad que tiene. Nadie puede decir dónde vive. Nadie sabe decir quiénes son sus parientes. Sólo unos pocos le han visto alguna vez. A veces le han dado por muerto por no vérselo aparecer durante mucho tiempo. Pero luego alguien lo veía de nuevo, aunque sólo por un instante, y así se sabía que aún continuaba con vida. Nadie se ha atrevido jamás a preguntarle dónde había estado. No habla con nadie, y nadie se atreve a dirigirle la palabra. Recorre caminos por los que no va nadie. Conoce hasta el último rincón del bosque. Y para él no existe el peligro. Los otros príncipes luchan de cuando en cuando entre sí; unas veces sólo para probar sus fuerzas y en broma, otras veces en serio. Pero con él hace muchos años que no pelea nadie. Y de los que lucharon alguna vez con él hace mucho tiempo, ya no vive ninguno. El es el gran príncipe.

Bambi perdonó a Gobo y a Falina que hubieran ido contando su secreto a su madre. Incluso estaba contento, pues así se había podido enterar de todas esas cosas tan importantes. Pero también se alegraba de que Gobo y Falina no lo supieran todo. No sabían que el gran príncipe le había dicho: «¿No sabes estar solo?» y también: «¡Vergüenza debiera darte!» Ahora Bambi se alegraba de haberles ocultado la reprimenda. Falina lo habría ido contando por ahí como todo lo demás, y entonces todo el bosque habría hablado de ello.

Esa noche, cuando salió la luna, regresó de nuevo la madre de Bambi. Apareció de repente al pie del gran roble, junto al prado, y buscó a Bambi con la mirada. Este se dio cuenta en seguida y corrió hacia ella. Esa noche Bambi presenció otra vez algo nuevo. La madre estaba cansada y hambrienta. No anduvieron tanto como otras veces. La madre sació su apetito en el prado, donde también Bambi solía hacer la mayor parte de sus comidas. Juntos mordisquearon un poco los arbustos y se adentraron apaciblemente en el bosque. De pronto se oyó un ruido fuerte por los matorrales. Antes de que Bambi pudiera darse cuenta de qué se trataba, empezó la madre a chillar tan fuerte como cuando se asustaba mucho o cuando era presa de una gran confusión.

—¡Ach! —gritó.

Luego dio un brinco, se detuvo y volvió a gritar:

—¡Ach! ¡Bach!

Bambi vio entonces unos animales enormes que pasaban haciendo mucho ruido. Estaban muy cerca. Se parecían a Bambi y a su madre; se parecían a la tía Ena y a todos los de su familia, pero eran gigantescos. Tenían una altura tan enorme que no quedaba más remedio que rendirse ante ellos y alzar la vista para mirarlos. También Bambi empezó a gritar pidiendo auxilio:

—¡Ach! ¡Bach! ¡Bach!

Gritaba sin darse cuenta, pero no podía evitarlo. La comitiva pasó despacio a su lado. Tres, cuatro animales gigantescos, uno detrás de otro. Al final iba uno que era todavía más grande que los otros. Tenía una hirsuta melena en el cuello y su cornamenta era similar a un árbol. Viendo aquello, uno se quedaba sin respiración. Bambi berreaba con todas sus fuerzas; hasta ese momento nunca se había sentido tan inquieto. Tenía miedo, pero era un miedo especial. Se veía a sí mismo pequeño y miserable, e incluso le pareció que su madre había encogido lamentablemente. Se avergonzó sin saber por qué; al mismo tiempo, sin embargo, se estremecía de terror y gritaba:

—¡Bach! ¡Bach!

Y al gritar así, se sentía aliviado.

Había pasado la comitiva. Ya no se veía ni se oía nada de ella. La madre estaba callada. Bambi berreaba de vez en cuando un poco. Aún se sentía impresionado.

—Estáte tranquilo —dijo la madre—; ya se han ido.

—¡Oh, mamá! —susurró Bambi—. ¿Quiénes eran esos?

—En fin, en el fondo no son peligrosos —dijo la madre—. Eran nuestros parientes mayores. La verdad es que son grandes y distinguidos, más distinguidos aún que nosotros.

—¿Y no son peligrosos? —preguntó Bambi.

—Normalmente no —le explicó la madre—. Pero dicen que a veces sí lo son. Se dicen muchas cosas de ellos, pero yo no sé si habrá algo de cierto en esas historias. A mí todavía nunca me han hecho nada; ni a nadie, que yo conozca.

—¿Por qué habrían de hacernos algo siendo parientes nuestros? —preguntó Bambi.

Quería estar tranquilo, pero aún seguía temblando.

—Lo más seguro es que no nos hagan nada —respondió la madre—, pero no sé; yo me asusto cada vez que los veo. Es algo que me pasa todas las veces.

Bambi se iba calmando con la conversación, pero permanecía pensativo. Justo encima de él, entre las ramas de un aliso*, chilló el autillo de forma llamativa. Pero Bambi estaba distraído y esta vez se olvidó de hacer como que se asustaba. No obstante, el autillo se acercó en seguida y preguntó:

—¿Acaso le he asustado?

—Claro —contestó Bambi—; usted me asusta siempre.

El autillo rió en voz baja; estaba satisfecho.

—Espero que no me lo tome a mal —dijo—. Es mi forma de ser.

Luego se infló como una bola, hundió el pico en el suave plumaje y puso una cara muy seria. Estaba satisfecho.

Bambi le abrió su corazón:

—¿Sabe una cosa? —comenzó a decir en tono de presunción—. Hace un momento me he llevado un susto mucho mayor aún.

—¿Ah, sí? —preguntó el autillo con disgusto.

Bambi le contó el encuentro que había tenido con sus gigantescos parientes.

—No me hable de parientes —dijo el autillo—. Yo también tengo parientes, pero en cuanto me dejo ver durante el día, en seguida se ponen a criticarme despiadadamente. No, los parientes no sirven para nada. Si son más grandes que nosotros, no valen nada, y si son más pequeños, valen menos todavía. Si son más grandes que nosotros, no los soportamos porque son unos engreídos, y si son más pequeños, entonces son ellos los que no nos soportan a nosotros por engreídos. No, no quiero saber nada de esa historia.

—Pero... yo no conozco para nada a mis parientes —dijo Bambi tímido e impaciente—. Nunca he oído hablar de ellos; hoy los he visto por primera vez.

—No se preocupe por esa gente —le aconsejó el autillo—. Créame —dijo poniendo los ojos en blanco para darse importancia—, créame, es lo mejor. Los parientes nunca son tan buenos como los amigos. Ya ve, nosotros dos no estamos emparentados y, sin embargo, somos buenos amigos, y eso es muy agradable.

Bambi quería decir algo, pero el autillo continuó:

—Tengo experiencia en estas cosas. Usted aún es muy joven. Créame, yo sé más de esto. Por otra parte, no es mi intención inmiscuirme en sus asuntos de familia.

Torció los ojos con aire pensativo. Con esa cara tan seria parecía tan importante, que Bambi permaneció discretamente callado.





[7]

Transcurrió otra noche, y la mañana trajo un nuevo acontecimiento.

Era una mañana sin nubes, fresca, llena de rocío. Las hojas de los árboles y arbustos comenzaron de pronto a despedir un olor más fuerte. El aroma del prado ascendía en grandes oleadas hacia las copas de los árboles.

Los herrerillos piaron al despertar. Hicieron «piiip» muy bajito. Pero al ver que el cielo aún estaba gris y oscuro, no dijeron nada más. Hubo un momento de completo silencio. Luego, muy arriba, sonó el grito ronco y desgarrado de la corneja. Se habían despertado las cornejas y se visitaban las unas a las otras en las copas de los árboles. Inmediatamente contestó la urraca:

—¡Shakerashak! ¿Creían que estaba dormida?

Aquí y allá comenzaron entonces a oírse toda clase de voces suaves:

—Piiip, piiip, tuuu...

Aún había sueño e indecisión en aquellos sonidos. Todavía eran voces aisladas.

De repente, un mirlo voló hacia la cima de un abeto. Voló hasta la punta más alta, finamente recortada en el aire, se posó allí arriba y se quedó mirando por encima de los árboles cómo allá lejos, por el Este, el cielo adormecido y pardusco comenzaba a resplandecer lleno de vida. Entonces se puso a cantar. Visto desde abajo, el mirlo era tan sólo una manchita diminuta de color oscuro. De lejos su pequeño cuerpo negro parecía una hoja mustia. Pero su canto recorrió el bosque y lo inundó de júbilo. De repente todo despertó.

Trinaron los pinzones, cantaron los petirrojos* y el jilguero. Las palomas iban de un lado a otro batiendo las alas con gran alboroto. Los faisanes comenzaron a gritar; sonaba como si les fuera a estallar la garganta. Al descender a tierra desde los árboles donde habían dormido, batían las alas con suavidad y potencia a la vez. En el suelo aún seguían lanzando sin cesar su grito metálico y quebrado; luego arrullaron suavemente. Arriba del todo, los halcones chillaban con voz alegre y estridente.

—¡Ya..., ya..., ya!

Había salido el sol.

—Diú-diyú —gritó la oropéndola jubilosa.



Volaba de rama en rama, y su rollizo cuerpo dorado brillaba a la luz de la mañana como una hermosa bola de oro.

Bambi salió al prado por el roble grande. El prado lanzaba destellos de rocío; olía a hierba, a flores, a tierra mojada; miles de voces lo animaban con su susurro. Allí estaba sentada la amiga liebre, que parecía reflexionar sobre algo importante. Allí se paseaba lentamente un presumido faisán; probaba de vez en cuando la hierba y miraba con precaución hacia todos los lados. Los adornos de color azul oscuro de su cuello brillaban a la luz del sol.

Cerca de Bambi se hallaba uno de los príncipes, muy cerca. Bambi no le había visto jamás. Nunca había contemplado tan de cerca a ninguno de los padres. Estaba delante de él, junto al avellano, medio oculto por sus ramas. Bambi no se movía. Tenía la esperanza de que el príncipe saliera del todo, y reflexionaba sobre si podría o no dirigirle la palabra. Quería preguntárselo a su madre y la buscó con la mirada. Pero la madre había seguido andando y ya se hallaba bastante lejos, con la tía Ena. En ese momento Gobo y Falina salieron de la espesura a la pradera. Bambi no se movió, sino que siguió pensando. Si iba ahora donde su madre y los demás, tendría que pasar por delante del príncipe. Le pareció poco correcto.

«Qué tontería —pensó—. No hace falta que pregunte antes a mamá. Al fin y al cabo, el viejo príncipe ya habló conmigo y no se lo he contado a mamá. Hablaré con el príncipe; lo intentaré. Que ésos de ahí vean cómo hablo con él. Le diré: “Buenos días, príncipe mío.” Por eso no se puede enfadar. Y si se enfada, echo a correr.»

Bambi luchó con su resolución, que flaqueaba una y otra vez. El príncipe salió de detrás del avellano y fue hacia el prado.

«Ahora», pensó Bambi.

En esto se oyó un ruido parecido al de un trueno.

Bambi se sobresaltó; no sabía qué había sucedido.

Ante él, el príncipe dio un gran salto en el aire; luego pasó muy cerca y se metió a toda velocidad en el bosque.

Bambi miró a su alrededor; aún le retumbaba el estruendo en los oídos. Vio cómo su madre, la tía Ena, Gobo y Falina huían hacia el bosque. Vio cómo la liebre salía disparada, fuera de sí. Vio correr al faisán con el cuello estirado hacia adelante. Notó que de repente todo el bosque se quedaba en silencio. Entonces reaccionó y saltó hacia la espesura.

Apenas había dado unos pasos, cuando vio al príncipe en el suelo. Inmóvil. Bambi se detuvo aterrorizado; no comprendía lo que podía ser aquello. Allí estaba el príncipe, con el hombro desgarrado por una gran herida, lleno de sangre, muerto.

—¡No te quedes parado! —le ordenó a su lado una voz.

Era su madre, que pasó junto a él a galope tendido.

—¡Corre! —gritó—. ¡Corre todo lo que puedas!

Y continuó corriendo sin pararse. Bambi la siguió arrastrado por la orden. Corrió con todas sus energías.

—¿Qué era eso, mamá? —preguntó—. ¿Qué ha sido eso, mamá?

La madre le respondió jadeante:

—Era..., era... «él».

Bambi se estremeció y siguieron corriendo.

Por fin se detuvieron sin aliento.

—¿Qué me dice, eh? ¿Qué me dice? —dijo una vocecita por encima de ellos.

Bambi miró hacia arriba y apareció la ardilla corriendo por entre las ramas.

—He venido todo el rato con ustedes —dijo—. ¡Ha sido horrible!

—¿Acaso estaba usted presente? —preguntó la madre.

—Claro que estaba presente —contestó la ardilla—. Todavía me tiembla todo el cuerpo.

Sentada muy erguida y apoyada en su vistosa cola, mostraba su estrecho pecho blanco y se apretaba ceremoniosamente el cuerpo con las patas delanteras.

—Estoy nerviosísima.

—Yo también estoy agotada del susto —dijo la madre—. Es incomprensible. Ninguno de nosotros ha visto nada.

—¿Eso cree? —dijo la ardilla—. Pues se equivoca. Yo le había visto hacía tiempo.

—Yo también —gritó otra voz.

Era la urraca, que se había acercado volando y se había posado en una rama.

—Yo también —dijo alguien desde más arriba con un graznido.

Era el grajo, que estaba en un fresno.

Y desde las copas de los árboles unas cornejas gruñonas intercalaron sus chillidos:

—Nosotras también le habíamos visto.

Sentados todos en torno a Bambi y a su madre, hablaban con gravedad. Estaban particularmente excitados, y, según parecía, llenos de ira y de temor.

«¿A quién? —pensaba Bambi—. ¿A quién han visto?»

—He hecho todo lo posible —gritaba la ardilla apretándose ceremoniosamente el corazón con las patas delanteras—. He hecho todo lo posible por avisar al pobre príncipe.

—Y yo —graznó el grajo—. ¡Cuántas veces he gritado! Pero no ha querido oírme.

—A mí tampoco me ha oído —dijo la urraca con coquetería—. Le he llamado diez veces. Iba a acercarme volando, pues pensaba: «Si así no me oye, volaré hasta el avellano, junto al que se encuentra. Allí me tiene que oír.» Pero en ese momento sucedió la desgracia.

—Mi voz es más potente que la vuestra y le previne todo lo que he podido —dijo la corneja con tono enconado—. Pero los señoritos prestan poca atención a la gente de nuestra clase.

—Es verdad, muy poca atención —convino la ardilla.



—Se hace lo que se puede —opinó la urraca—, pero lo cierto es que nosotros no tenemos la culpa, si luego ocurre una desgracia.

—¡Un príncipe tan hermoso! —se lamentó la ardilla—. ¡Y en la mejor edad!

—¡Aaj! —graznó el grajo—. ¡Si no hubiera sido tan orgulloso y nos hubiera prestado atención...!

—Seguro que no era orgulloso —le contradijo la ardilla.

La urraca añadió:

—O al menos, no más orgulloso que los otros príncipes de su especie.

—Entonces es que era tonto —rió el grajo.

—Usted sí que es tonto —gritó la corneja desde arriba—. No hable de tontería. Todo el bosque sabe lo tonto que es usted.

—¿Yo? —replicó el grajo pasmado de asombro—. De mí nadie puede decir que sea tonto. Si acaso olvidadizo, pero tonto desde luego que no.

—Como quiera —dijo la corneja seriamente—. Olvide lo que le he dicho, pero tenga en cuenta que el príncipe no ha muerto por ser orgulloso o tonto, sino porque nadie puede escapar a «él».

—¡Aaj! —graznó el grajo—. No me gustan estas conversaciones —y echó a volar.

La corneja continuó hablando:

—Incluso a muchos de mi familia les ha vencido «él» en astucia. «El» mata a quien quiere. No podemos hacer nada.

—Sin embargo, hay que andar prevenido —observó la urraca.

—Sí, eso es cierto —dijo la corneja con voz triste—. Adiós.

Echó a volar y sus parientes la acompañaron.

Bambi miró a su alrededor. La madre ya no estaba.

«¿De quién hablarán? —pensó Bambi—. No entiendo todo lo que dicen. ¿Quién será ese “él” del que hablan? El que vi una vez entre los arbustos también era “él”, pero aquél no me mató.»

Bambi pensó en el príncipe, al que había visto en el suelo con el hombro sangrando y desgarrado. Ahora estaba muerto. Bambi continuó andando. El bosque entonaba de nuevo su canto de miles de voces, los rayos del sol se filtraban a través de las copas de los árboles. Había luz por doquier, el follaje comenzaba a exhalar vapores. En lo alto chillaban los halcones y cerca, muy cerca, un pájaro carpintero reía a carcajadas, como si nada hubiese ocurrido. Bambi no se alegró al oírle. Se sentía amenazado por algo siniestro; no comprendía cómo los demás podían estar tan contentos y despreocupados, cuando en realidad la vida era tan difícil y peligrosa. En esos momentos sentía un gran deseo de ir muy lejos, de adentrarse más y más en el bosque. Le apetecía encaminarse hacia lo más espeso y buscar un rincón en que refugiarse donde, rodeado por todos los lados de arbustos impenetrables, no pudiera ser visto por nadie. No quería volver jamás al prado.

A su lado, algo se movió un poco entre los arbustos. Bambi se estremeció. Ante él

apareció el viejo corzo.

Bambi dio un respingo; quería echar a correr, pero se contuvo y se quedó. El corzo le miró con sus grandes ojos profundos.

—¿Estabas antes allí, cuando ocurrió la desgracia?

—Sí —dijo Bambi en voz baja.

El corazón le latía tanto que le parecía que se le iba a salir por la boca.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó el corzo.

Bambi respondió todavía en voz baja:

—No lo sé.

El viejo no dejaba de mirarle.

—¿Y no la llamas?

Bambi miró aquel respetable rostro de color gris, alzó la vista para ver la hermosa cornamenta del corzo y se sintió de pronto lleno de coraje.

—Sé estar también solo —dijo.

El corzo le observó un rato; luego dijo con ternura:

—¿No eres tú el pequeño que hace poco lloraba llamando a su madre?

Bambi se avergonzó un poco, pero permaneció animoso.

—Sí, soy yo —reconoció.

El corzo lo miró en silencio, y a Bambi le pareció que aquellos ojos profundos tenían ahora una mirada más tierna.

—En aquella ocasión me regañaste, viejo príncipe —dijo arrebatado—, porque no sabía estar solo. Desde entonces ya sé.

El corzo miró a Bambi como examinándolo y sonrió. Sonrió muy poco; apenas se le notaba, pero Bambi lo notó.

—Viejo príncipe —dijo entonces en tono de confianza—, ¿qué ha pasado? No lo entiendo. ¿Quién es ese «él» del que todos hablan...?

Se interrumpió asustado por la severa mirada que le mandaba callar.

Transcurrió un rato. El corzo miraba en lontananza, por encima de Bambi. Luego dijo pausadamente:

—Tienes que oír, ventear y ver por ti mismo. Tienes que aprender por ti mismo.

Irguió aún más su cabeza coronada por las astas y dijo:

—Hasta la vista.

Y nada más. Después desapareció.

Bambi se quedó confuso, a punto de desanimarse. Pero el «hasta la vista» todavía vibraba en sus oídos y le consolaba.

«Hasta la vista, ha dicho el corzo; luego no estaba enfadado», pensó.

Bambi se sentía impregnado de orgullo; al mismo tiempo estaba afectado por la solemne gravedad de la situación. En efecto, la vida era difícil y estaba llena de peligros. Pero le trajera lo que le trajera, él aprendería a soportarlo todo.

Lentamente se internó en el bosque.



[8]

Del roble grande situado al borde del prado caían hojas. Caían de todos los árboles. Una rama del roble se elevaba muy por encima de las otras, extendida hacia el prado. De su extremo pendían dos hojas.

—Ya no es como antes —dijo una hoja.

—No —contestó la otra—. Esta noche han caído muchas de nosotras. Ya casi somos las únicas que quedamos en esta rama.

—Nunca se sabe a quién le tocará —dijo la primera—. Cuando todavía hacía calor y calentaba el sol, hubo alguna que otra tormenta o aguacero y muchas de nosotras cayeron, a pesar de que todavía eran jóvenes. Nunca se sabe a quién le va a tocar.

—Ahora sale el sol pocas veces —suspiró la segunda hoja—, y cuando sale, no tiene fuerza. Necesitaríamos nuevos impulsos.

—¿Tú crees que será verdad que, cuando nos vamos, vienen otras a sustituirnos, y luego otras y luego otras? —dijo la primera.

—Seguro que sí —susurró la segunda—, pero es imposible imaginarlo; está fuera del alcance de nuestra comprensión.

—Y además da tristeza pensarlo —añadió la primera.

Permanecieron un rato calladas. Luego dijo la primera en voz baja, para sus adentros:

—¿Por qué tendremos que irnos?

La segunda preguntó:

—¿Qué nos pasará cuando caigamos?

—Nos hundiremos.

—¿Y qué habrá ahí abajo?

La primera respondió:

—No lo sé. Unos dicen una cosa, otros dicen otra, pero nadie lo sabe.

La segunda preguntó:

—¿Se sentirá algo, se tendrá conciencia de uno mismo ahí abajo?

La primera respondió:

—¿Quién sabe? Ninguna de las hojas que han caído ha vuelto jamás a contárnoslo.



Callaron de nuevo. Luego, la primera hoja dijo cariñosamente a la otra:

—No te aflijas tanto, que estás temblando.

—No te preocupes —respondió la segunda—; últimamente tiemblo con mucha facilidad. Una ya no se siente tan firmemente prendida de la rama.

—No hablaremos más de esas cosas —dijo la primera hoja.

La otra respondió:

—Sí, vamos a dejarlo. Pero ¿de qué otra cosa hablaremos?

Se calló y al cabo de un rato continuó:

—¿Cuál de nosotras dos caerá antes?

—Aún queda tiempo para pensar en eso —la tranquilizó la primera—. Más vale que recordemos lo bonito, lo maravilloso que ha sido todo. ¿Te acuerdas de cuando el sol quemaba tanto que parecía que ibas a reventar de salud? ¿Y del rocío de las mañanas? ¿Y de las noches suaves, deliciosas?

—Ahora las noches son horribles —se lamentó la segunda— y no terminan nunca.

—No podemos quejarnos —dijo la primera severamente—; hemos vivido más que muchas, muchas otras.

—¿He cambiado mucho? —preguntó la primera hoja, tímida, pero imperiosamente.

—En absoluto —le aseguró la primera—. Lo dices porque me ves a mí tan amarilla y fea, ¿no? Pero lo mío es distinto.

—Me estás engañando —dijo la segunda.

—No, en serio —repitió la primera con mucho empeño—. Créeme. Estás tan guapa como el primer día. Tienes alguna que otra rayita amarilla, pero apenas se te nota, y no hace sino aumentar tu hermosura. Créeme.

—Te lo agradezco —susurró la segunda hoja emocionada—. No te creo del todo, pero te agradezco que seas tan buena. Siempre has sido muy buena conmigo. Ahora es cuando me doy cuenta realmente de lo buena que has sido.

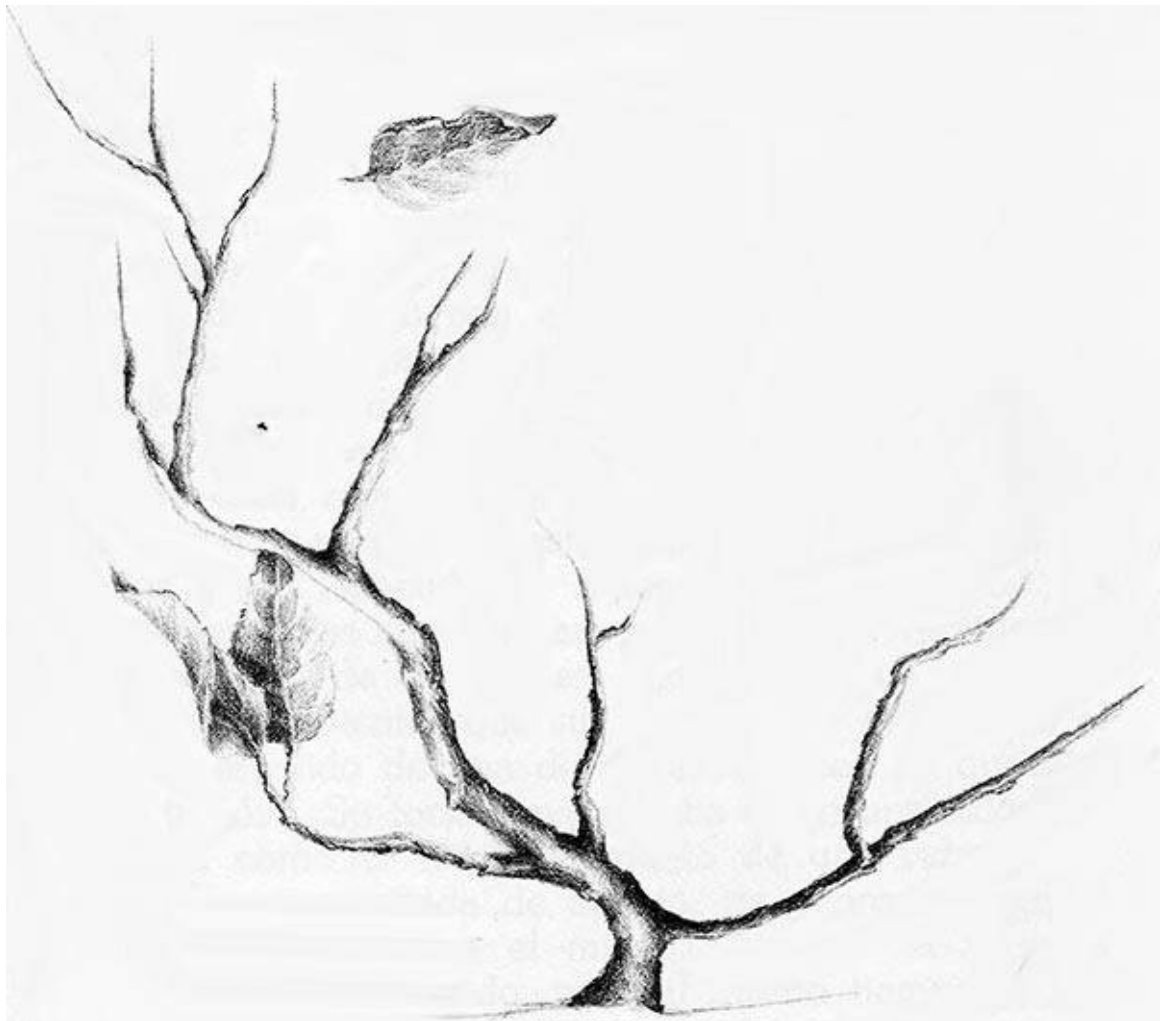
—Cállate —dijo la primera, y enmudeció también, pues no podía seguir hablando de la pena que le daba.

Las dos permanecieron en silencio. Pasaron las horas. Un viento húmedo, frío y hostil sopló por las copas de los árboles.

—¡Ay!... ¡Ahora! —dijo la segunda hoja—. Yo...

Su voz se quebró. Suavemente fue arrancada de la rama y cayó balanceándose en el aire.

Había llegado el invierno.



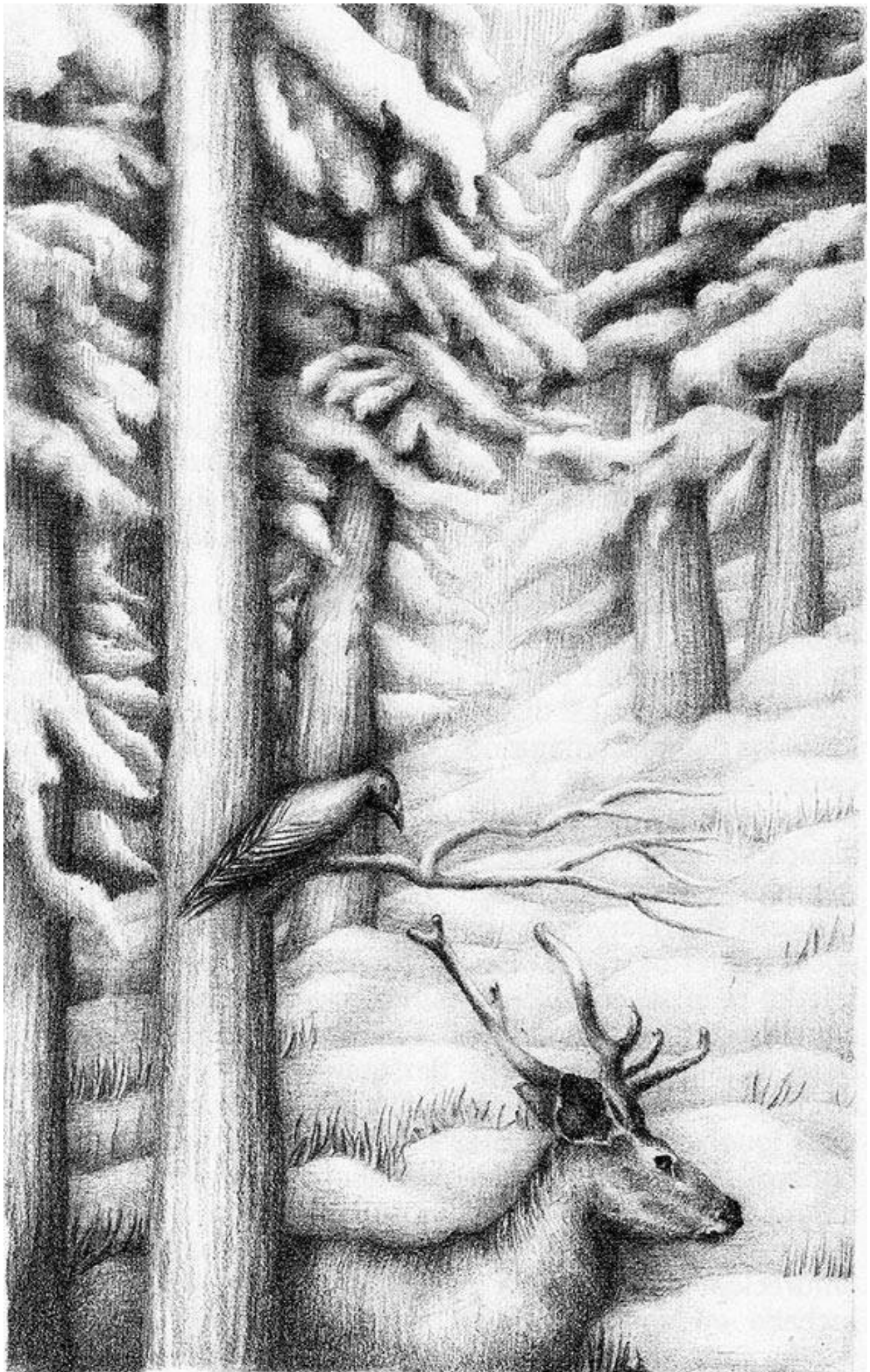


[9]

Bambi notó que el mundo había cambiado. Le costaba adaptarse a ese mundo transformado. Todos habían vivido como la gente rica y ahora empezaba a empobrecerse. Bambi sólo conocía la riqueza. Encontraba de lo más natural estar rodeado por todas partes de la mayor abundancia y del lujo más exquisito, dormir en un hermoso rincón cubierto de verde, oculto a toda mirada, y caminar de un lado a otro con un precioso pelaje rojizo, suave y brillante.

Ahora todo había cambiado sin que en realidad se hubiera dado cuenta. Esa transformación que ya llegaba a su fin había consistido para él en una serie de nuevos fenómenos entretenidos. Le divertía ver cómo la pradera exhalaba los velos de niebla matutinos, blancos como la leche, o cómo éstos descendían de pronto del cielo gris del amanecer y luego se desvanecían con el sol. También le gustaba la blanca escarcha esparcida por el suelo y por el prado. Algunas veces se deleitaba oyendo gritar a sus parientes mayores, los ciervos. El bosque entero retumbaba con las voces de estos reyes. Bambi escuchaba y pasaba mucho miedo, pero su corazón se estremecía de admiración al oír aquellos gritos atronadores. Entonces recordaba que los reyes tenían unas cuernas tan grandes y tan ramificadas como las ramas de los árboles, y le parecía que sus voces eran igual de potentes que sus cuernas. En cuanto oía el poderoso estallido de una de aquellas voces, se quedaba quieto, inmóvil. Su tono grave sonaba como una exigencia imperiosa, como el terrible lamento de una raza noble, enfurecida y encrespada de anhelo, ira y orgullo. Bambi luchaba en vano contra el miedo. Cuando oía aquellas voces, se sentía dominado, pero al mismo tiempo estaba orgulloso de tener unos parientes tan distinguidos. A la vez sentía una extraña sensación de irritación por lo inabordables que eran. Eso le hería, le humillaba, sin que supiera exactamente por qué ni cómo, sin ser en absoluto consciente de ello.





Cuando pasó la época de apareamiento de los reyes y se acallaron sus gritos atronadores, Bambi volvió a prestar atención a otras cosas. Mientras iba de noche por el bosque o al tumbarse de día en su escondrijo, oía el susurro de las hojas que caían de los árboles. Había un murmullo y un crujido incesante en el aire, en las copas de los árboles, en las ramas. Un sonido argentino, dulce y constante, se precipitaba sobre la tierra. Era maravilloso despertarse con él, y era delicioso dormirse al arrullo de aquel susurro misteriosamente melancólico. Luego, en el suelo se formó una capa espesa de hojas que crujían y susurraban al ser pisadas. Formaban una capa tan alta que a cada paso había que apartarlas, y eso era divertido. Hacían un «shsh, shsh» suave, claro, argentino. Aparte de todo, eran muy útiles, pues esos días no hacía falta ocuparse demasiado de escuchar ni de ventear. Se oía todo desde lejos. Al menor movimiento susurraban las hojas; se oía «shsh». ¿Quién iba a acercarse? Nadie, naturalmente.

Pero después vino la lluvia. Desde temprano por la mañana caía a raudales hasta el final de la tarde; luego seguía azotando toda la noche hasta la mañana siguiente; escampaba un rato y comenzaba otra vez con nuevas fuerzas. El aire parecía estar empapado de agua fría. Si uno intentaba arrancar unos cuantos tallos de hierba, se le llenaba la boca de agua, y en cuanto tirabas un poquito de un arbusto, te caían verdaderos torrentes de agua en los ojos y en la nariz. Las hojas ya no crujían. Aplastadas por la lluvia, formaba una capa blanda y compacta en el suelo; ya no hacían ni el más mínimo ruido. Bambi experimentó por vez primera lo duro que era estar día y noche bajo la lluvia y sentirse calado hasta los huesos. Aún no tenía frío, pero echaba de menos el calor y le parecía algo lamentable tener que andar de un lado a otro tan empapado.

Pero cuando llegó el viento del Norte, Bambi conoció el frío. De poco servía arrimarse a la madre. Al principio, naturalmente, le pareció delicioso estar tumbado y tener al menos un lado bien calentito. El viento del Norte desencadenaba día y noche su furia a través del bosque. Parecía impulsado por una ira incomprensible, fría como el hielo, que le llevaba a la locura; parecía querer arrancar todas las raíces del bosque y llevárselas como trofeo, o aniquilar todo aquello como fuera. Los árboles bramaban ofreciendo una poderosa resistencia, luchaban con energía contra aquel impetuoso asalto. Se oían sus gemidos prolongados, sus quejumbrosos crujidos, el estallido con que se quebraban sus fuertes ramas, el colérico estruendo con el que de vez en cuando se partía el tronco de un árbol que, vencido de esta manera, parecía gritar por cada herida de su agrietado cuerpo moribundo. Pero de pronto ya no se oía nada, pues el viento arremetía con más furia aún contra el bosque y devoraba con su rugido el resto de las voces.

Bambi comprendió que habían llegado la miseria y la pobreza. Vio cómo la lluvia y el viento habían cambiado el mundo. Ya no quedaba una hoja en los árboles ni en los arbustos; despojados de todo, desnudos de cuerpo entero, alzaban lastimosamente sus brazos pardos al cielo. La hierba de la pradera estaba marchita y de color marrón

negruzco, y tan corta que parecía chamuscada a ras de tierra. También el escondrijo de Bambi tenía ahora un aspecto lamentable, pelado. Desde que desaparecieran sus verdes paredes, Bambi ya no se encontraba allí tan recogido como antes, y además entraba aire por todas partes.

Un día volaba una joven urraca por el prado. Algo blanco y frío le cayó en el ojo, y otra vez, y otra vez, hasta que se le formó un ligero velo delante de los ojos. A su alrededor danzaban unos copitos pequeños, blandos, de un color blanco deslumbrante. La urraca se detuvo en su vuelo, sin dejar de aletear, se puso recta mirando hacia arriba y subió un poco más. Todo en vano. Allí seguían estando los copitos blandos y fríos, y le seguían cayendo en los ojos. De nuevo se puso recta mirando hacia arriba y subió otro poco.

—No se esfuerce, amiga mía —gritó la corneja, que iba por encima de ella, en la misma dirección—. No se esfuerce. Por muy alto que vuele, no podrá salir de estos copos. Es nieve.

—¿Nieve? —dijo la urraca asombrada, luchando contra el torbellino de nieve.

—Pues sí —dijo la corneja—. Como estamos en invierno, esto es nieve.

—Disculpe —respondió la urraca—, pero es que salí del nido en mayo y no conozco el invierno.

—Eso suele ocurrir —observó la corneja—. Ya lo conocerá.

—Bueno, si es nieve —dijo la urraca—, me sentaré un ratito.

Se posó en la rama de un aliso y se sacudió.

La corneja continuó su vuelo torpemente.

Bambi al principio se alegró al ver la nieve. El aire estaba silencioso y apacible mientras descendían aquellas estrellas blancas planeando; el mundo tenía un aspecto completamente nuevo. Se había vuelto más luminoso, incluso más alegre, en opinión de Bambi, y cuando salía el sol un ratito, todo se iluminaba; la capa blanca de nieve brillaba y resplandecía con tal intensidad que le cegaba a uno por completo.

Sin embargo, pronto dejó Bambi de alegrarse de la nieve, ya que cada vez se iba haciendo más difícil encontrar alimento. Había que escarbar la nieve y costaba mucho hallar una brizna de hierba marchita. Además, la nieve cortaba en las patas y había que tener cuidado de no lastimarse los pies. Gobo ya los tenía lastimados. Claro que Gobo era de los que no aguantaban mucho, cosa que preocupaba a su madre.

Ahora frecuentemente estaban juntos y hacían más vida social que antes. Ena acudía siempre con sus hijos. Ultimamente también se movía en su círculo Marena, una joven corza. Pero la que más contribuía al entretenimiento de todos era la anciana Netla. Vivía sola y tenía sus propias ideas acerca de todo.

—No —decía—, ya no quiero saber nada de hijos. Ya estoy harta de esa broma.

Entonces solía preguntarle Falina:

—¿Por qué estás harta de hijos si son una broma?

Y Netla hacía como que se enojaba, y decía:

—Pero son una broma pesada, y ya tengo bastantes.

Todos se divertían muchísimo. Se sentaban y se ponían a charlar. Los pequeños nunca habían oído tantas cosas.

Incluso algún príncipe que otro se reunía ahora con ellos. Al principio, estas reuniones eran un poco ceremoniosas, sobre todo porque los pequeños todavía estaban un poco tímidos. Pero aquello pasó pronto y las reuniones se hicieron muy amenas. Bambi admiraba al príncipe Rono, que era un señor respetable, y quería con locura al joven y hermoso Karus. Se les habían caído las cuernas, y Bambi observaba a menudo las dos manchas redondas, de color gris pizarra, que destacaban en la cabeza de los príncipes; eran tersas, relucientes y con muchos puntitos. Les daban una apariencia muy distinguida.

Lo más emocionante era cuando uno de los príncipes hablaba de «él». Rono tenía un bulto gordo, cubierto de pelo, en la pata delantera izquierda. Como cojeaba de esa pata, solía decir a veces:

—¿Se nota que cojeo?

Y todos se apresuraban a asegurarle que no se notaba lo más mínimo. Eso era lo que Rono quería oír. Y a decir verdad, se notaba muy poco.

—Pues sí —continuaba luego—, en aquella ocasión me libré de una buena.

Y luego contaba cómo «él» le había sorprendido y le había lanzado su fuego. Pero sólo le había alcanzado esa pata. Y le dolió como para volverse loco, cosa nada extraña, pues se le rompió el hueso. Pero Rono no perdió la calma, sino que echó a correr con tres patas, sin detenerse a pesar del cansancio, pues se daba cuenta de que le perseguían. Corrió y corrió hasta que llegó la noche. Luego se permitió un descanso. Pero a la mañana siguiente continuó andando hasta que se sintió seguro. Entonces se curó; se quedó solo y escondido, y esperó a que se le curara la herida. Por fin, salió convertido en un héroe. Cojeaba, pero apenas se le notaba.

Como ahora todos se reunían tan a menudo y durante tanto tiempo para contar toda clase de historias, Bambi oyó hablar de «él» más que antes. Hablaban del aspecto tan horrible que tenía. Nadie soportaba mirar aquel rostro tan pálido. Bambi ya lo sabía por propia experiencia. También hablaban del olor que despedía; sobre esto también podía haber hablado Bambi, pero era lo suficientemente bien educado como para no mezclarse en la conversación de los mayores. Decían que ese olor cambiaba de una vez a otra de manera misteriosa y que, sin embargo, se reconocía inmediatamente, ya que siempre era muy peculiar, excitante, indescriptible, misterioso; un espanto, en suma. Hablaban de que «él» sólo se valía de dos patas para andar y de la extraordinaria fuerza de sus dos manos. Algunos no sabían con exactitud lo que eran las manos. Y cuando los otros se lo explicaron, dijo Netla:

—Yo no encuentro nada sorprendente en ello. La ardilla hace exactamente igual todo eso que estáis describiendo y cualquier ratoncillo tiene las mismas habilidades.

Y volvió la cabeza con gesto desdenoso.

—¡Oh, no! —gritaron los otros dándole a entender que no era lo mismo ni mucho menos.

Pero Netla no se achantaba así como así:

—¿Y qué me decís del halcón? —dijo—. ¿Y del ratonero*? ¿Y de la lechuza? Esos no tienen más que dos patas, y cuando quieren coger algo, como vosotros lo llamáis, se apoyan sobre una pata y con la otra lo cogen. Eso es mucho más difícil; seguro que «él» no es capaz de hacerlo.

Netla no se mostraba en absoluto dispuesta a admirar nada relacionado con «él». Le odiaba con toda su alma.

—Es repugnante —dijo, y de ahí no había quien la sacara.

Tampoco le llevó nadie la contraria, pues ninguno sentía simpatía por «él». Pero la cosa se complicó cuando alguien dijo que «él» tenía una tercera mano; no sólo dos manos, sino tres.

—Eso son habladurías —decidió Netla sin más ni más—. Yo no me lo creo.

—¿Ah, no? —intervino Rono—. ¿Entonces con qué me destrozó la pata? ¿Quiere explicármelo?

Netla respondió tan tranquila:

—Eso es asunto suyo. A mí no me ha destrozado nada.

La tía Ena dijo:

—Yo he visto muchas cosas en la vida y creo que si dicen que tiene una tercera mano, algo de verdad habrá en ello.

El joven Karus observó cortésmente:

—En eso no puedo por menos de darle la razón. Yo soy amigo de una corneja...

Se calló un momento abochornado y miró a todos uno por uno, como temiendo que se rieran de él. Pero al ver que le escuchaban atentamente, continuó:

—Esa corneja es muy instruida, todo hay que decirlo. Es asombrosamente instruida. Y me contaba que «él» tiene, en efecto, tres manos, pero no siempre. La tercera mano, dice la corneja, es la mala. No forma parte de su cuerpo como las otras dos, sino que la lleva colgada del hombro. La corneja dice que ella sabe muy bien cuándo es peligroso «él» o alguno de su raza y cuándo no lo es. Dice que cuando se acerca sin la tercera mano, entonces no es peligroso.

Netla se echó a reír:

—Tu corneja es una tonta, mi querido Karus. Díselo de mi parte. Si fuera tan lista como se cree, sabría que «él» siempre es peligroso. Siempre.

Pero los otros hicieron algunas objeciones. La madre de Bambi opinó:

—Sin embargo, algunos de «ellos» no son nada peligrosos. Eso se nota en seguida.

—¿Ah, sí? —preguntó Netla—. ¿Tú eres de las que te quedas quieta hasta que se acercan y luego les das los buenos días?

La madre de Bambi contestó amablemente:

—Claro que no me quedo parada; echo a correr.

Y Falina soltó:

—¡Hay que correr siempre!

Todos se echaron a reír.

Pero cuando siguieron hablando de la tercera mano, se pusieron serios y poco a poco se les fue metiendo el miedo en el cuerpo. Y es que fuera lo que fuera, tercera mano o cualquier otra cosa, era terrible y no lo entendían. La mayoría sólo lo sabía por los relatos de los otros, y algunos de ellos lo habían visto por sí mismos. Decían que «él» estaba generalmente de pie, lejos y sin moverse; era inexplicable lo que hacía, porque de repente sonaba un estampido similar al del trueno, salía fuego, y lejos de «él» uno se desplomaba con el pecho destrozado y moría.

Mientras hablaban de eso, todos se iban encogiendo como si sintieran una oscura fuerza que los dominara misteriosamente. Escuchaban con avidez muchas historias, todas ellas llenas de horrores, de sangre y de calamidades. Incansables, tomaban nota de todo lo que se hablaba. Seguramente eran historias inventadas, cuentos y leyendas que databan de tiempos de los abuelos y de los bisabuelos; en todas ellas trataban de averiguar inconscientemente, aterrorizados, cómo podrían aplacar ese poder siniestro o de qué manera podrían escapar a él.

—¿Cómo es posible —dijo el joven Karus muy preocupado— que estando «él» tan lejos le tire a uno al suelo?

—¿No te lo ha explicado la lista de la corneja? —se burló Netla.

—No —dijo Karus sonriente—. Ella dice que aunque lo ha visto muchas veces, nadie es capaz de explicarlo.

—Pues «él» puede derribar a una corneja del árbol cuando quiera —observó Rono.

—Y es capaz de pillar al faisán en el aire —añadió la tía Ena.

La madre de Bambi dijo:

—«El» lanza su mano. Mi abuela me lo contó.

—¿De veras? —preguntó Netla—. ¿Y entonces qué es lo que produce ese horrible estruendo?

—Cuando se desprende de su mano —explicó la madre de Bambi—, se enciende súbitamente el fuego y retumba como un trueno. «El» está lleno de fuego por dentro.

—Perdone —dijo Rono—. Es cierto que por dentro está lleno de fuego, pero eso de la mano es un error. Una mano no podría causar tales heridas. Usted misma tiene que reconocerlo. Más bien debe de ser un diente lo que nos arroja. ¿No le parece? Un diente explicaría muchas cosas; uno puede morir de una mordedura.

El joven Karus suspiró profundamente:

—¿No dejará de perseguirnos nunca?

Entonces habló Marena, la joven corza:

—Yo creo que algún día vendrá a vivir con nosotros y se hará pacífico como nosotros. Jugaremos con él, todo el bosque será feliz y nos reconciliaremos.

Netla exclamó, riéndose:

—Que se quede donde está y que nos deje en paz.

La tía Ena dijo en tono de amonestación:

—No se debe decir una cosa así.

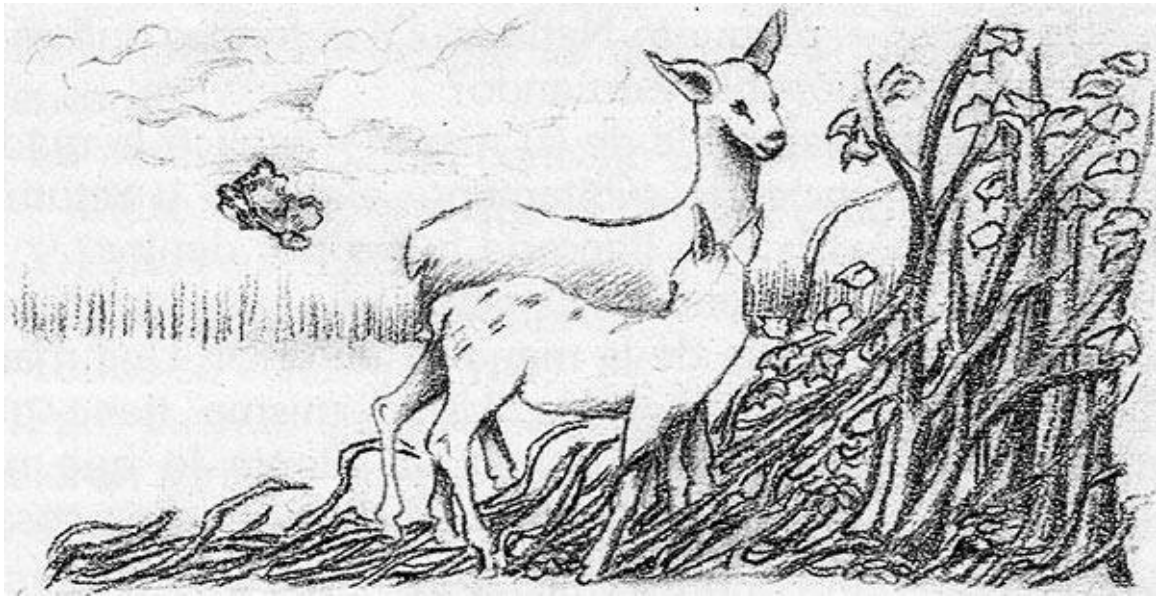
—¿Y por qué no? —replicó Netla acalorada—. ¡Reconciliarnos! ¡No me cabe en la cabeza! Ha estado matándonos desde que tenemos memoria. Nos ha matado a todos: a nuestras hermanas, a nuestras madres, a nuestros hermanos. Desde que vinimos al mundo no nos ha dejado en paz. Nos mata allá donde estemos. ¿Y pretendéis que nos reconciliemos con «él»? ¡Vaya tontería!

Marena miró a todos con sus ojos grandes, serenos, brillantes.

—La reconciliación no es ninguna tontería —dijo—. Algún día llegará.

Netla se dio media vuelta:

—Voy a buscar algo de comer —dijo, y se fue corriendo.





[10]

Continuaba el invierno. A veces templaba un poco, pero luego en seguida volvía a nevar, y la capa de nieve era cada vez más alta, de manera que resultaba imposible escarbar en ella. Peor era cuando había deshielo, pues el agua de la nieve derretida se volvía a helar por la noche. Entonces se formaba una fina capa de hielo sobre la que uno resbalaba con facilidad. A menudo se rompía en afiladas astillas que cortaban los tiernos menudillos de los corzos y les hacían sangrar. Unos días atrás había caído una dura helada. El aire era puro; estaba como nunca, lleno de energía, y cantaba de frío en un tono alto, muy agudo.

El bosque estaba silencioso, pero ahora todos los días pasaba algo terrible. Una vez las cornejas atacaron al hijo pequeño de la liebre, que yacía enfermo, y lo mataron cruelmente. Se le oyó quejarse lastimeramente durante mucho tiempo. La liebre no estaba entonces en casa, y cuando se enteró de la triste noticia, no pudo reprimir la cólera.

Otra vez se vio pasar a la ardilla con una herida grande en la garganta; la había mordido la marta. La ardilla se había escapado de milagro. No podía ni hablar de dolor, pero se puso a correr de rama en rama. Todos lo vieron. Corría como loca. De vez en cuando se detenía, se sentaba, levantaba desesperadamente las patas delanteras y se agarraba la cabeza con preocupación y espanto, mientras le caía la sangre por su blanco pecho. Estuvo una hora corriendo de un lado a otro; luego, de repente, se desplomó, chocó torpemente contra las ramas y cayó moribunda en la nieve. Al instante llegaron unas urracas para dar comienzo a su banquete.

En otra ocasión el zorro descuartizó al hermoso y fuerte faisán, que gozaba de gran estima y popularidad. Su muerte fue muy sentida por el bosque entero y todos compadecieron a su desconsolada viuda. El zorro había sacado al faisán de la nieve, donde éste se había enterrado creyéndose bien oculto.

Nadie se sentía ya seguro, pues todo esto ocurría en pleno día. Aquella gran penuria, que no parecía tocar nunca a su fin, hizo que se extendiese la exasperación y la barbarie; aniquilaba todo el pasado, enterraba la conciencia, echaba a perder las buenas costumbres y destruía la confianza. Ya no había paz, compasión ni recato alguno.



—Cuesta creer que las cosas mejorarán algún día —suspiró la madre de Bambi. También la tía Ena suspiró.

—Y cuesta creer que alguna vez estuvieron mejor.

—¡Oh, claro que sí! —dijo Marena con la mirada perdida—. Yo siempre pienso en lo bonito que era antes todo.

—Mire —dijo Netla a la tía Ena—, su pequeño está temblando —señaló a Gobo—. ¿Tiembla siempre así?

—Desgraciadamente sí —respondió la tía Ena preocupada—. Desde hace unos días.

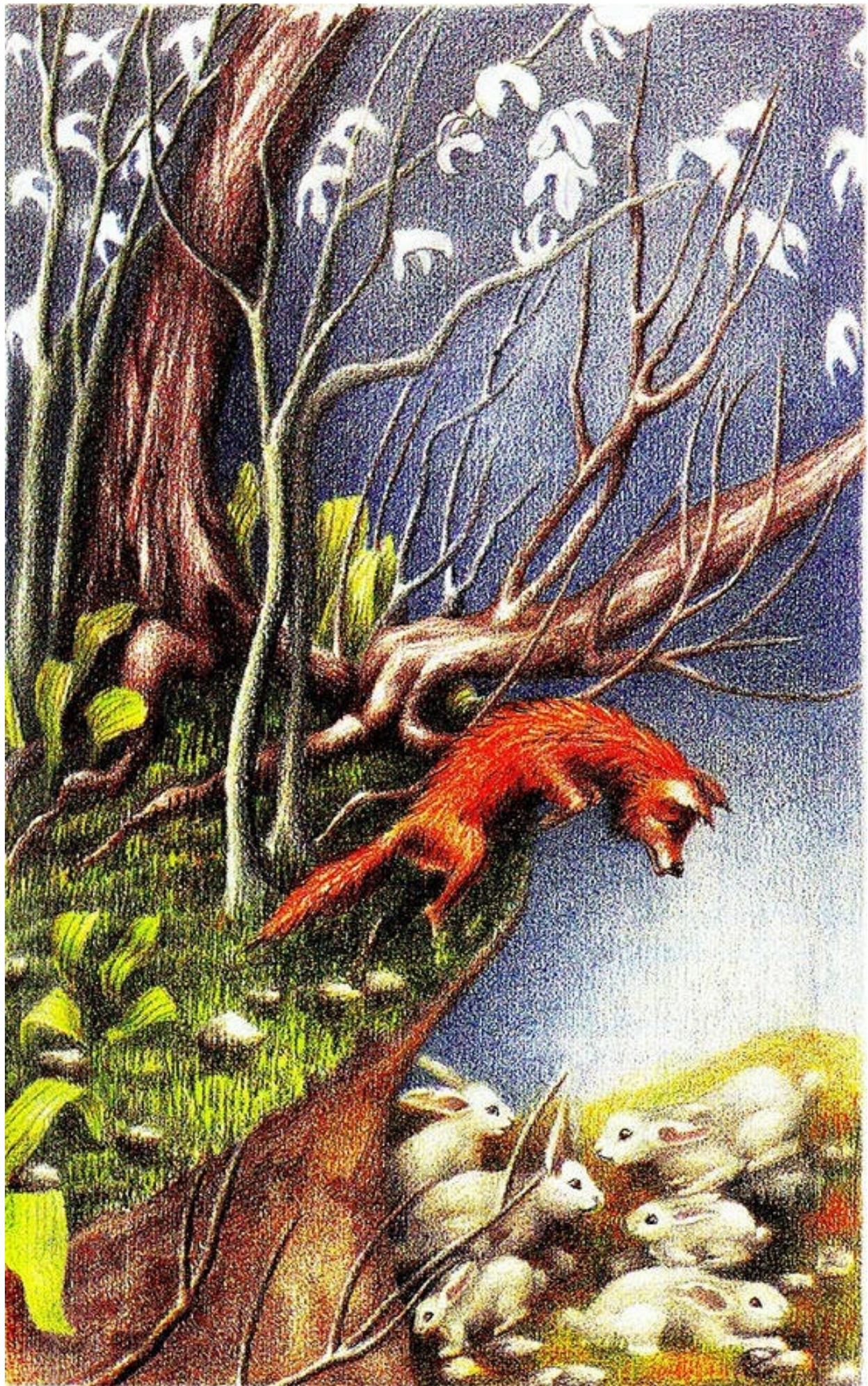
—En fin —dijo Netla en su estilo franco—, me alegro de no tener ya hijos. Si ese pequeño fuera mío, tendría miedo de que no resistiera el invierno.

La verdad es que a Gobo no se le presentaba un futuro muy prometedor. Era débil. Siempre había sido mucho más delicado que Bambi o que Falina y además había crecido menos que ellos dos. Pero ahora empeoraba de día en día. No toleraba el alimento del que ahora se disponía. Le daba dolor de tripa. El frío y el malestar le habían debilitado mucho. Temblaba continuamente y apenas se tenía en pie. Todos le miraban con compasión.

Netla se le acercó y le dio un empujoncito cariñoso en un costado.

—No estés triste —dijo en tono serio—. Ese no es modo de comportarse un pequeño príncipe; además no es sano.

Y se dio la vuelta para que nadie notara lo afectada que estaba.



Rono, que estaba sentado en la nieve, un poco apartado, se levantó de un salto.

—No sé qué será —murmuró mirando a su alrededor.

Todos se pusieron alerta.

—¿Qué pasa? —le preguntaron.

—Es que no lo sé —repitió Rono—, pero estoy intranquilo... De pronto estoy intranquilo... Como si pasara algo.

Karus aspiró el aire.

—Yo no noto nada especial —dijo.

Todos se quedaron quietos escuchando y aspirando el aire.

—Nada. No se nota nada —dijeron uno tras otro.

—¡A pesar de todo! —insistió Rono—. Podéis decir lo que queráis, pero aquí pasa algo.

Marena dijo:

—Han gritado las cornejas.

—¡Están gritando otra vez! —agregó Falina inmediatamente, pero ahora ya lo habían oído todos.

—¡Por ahí van volando! —les avisó Karus.

Todos alzaron la vista. Bandadas de cornejas volaban por encima de las copas de los árboles. Venían del extremo final del bosque, que era por donde siempre se acercaba el peligro, y hablaban allá arriba malhumoradas entre sí. Saltaba a la vista que había ocurrido algo anormal.

—¿Veis cómo yo tenía razón? —dijo Rono—. Se nota que está pasando algo.

—¿Qué hacemos? —susurró la madre de Bambi asustada.

—¡Irnos inmediatamente —dijo la tía Ena alarmada.

—¡Esperen! —ordenó Rono.

—¿Que esperemos? ¿Con los pequeños? —le contradijo la tía Ena—. ¡Pero si Gobo no puede ni siquiera correr!

—Bueno, está bien —accedió Rono—. Váyase con sus hijos. Lo considero inútil, pero no quiero que luego me haga responsable.

Estaba serio y mantenía la calma.

—¡Ven, Gobo! ¡Falina, ven! Pero despacio y sin hacer ruido. Venid detrás de mí todo el rato —les advirtió la tía Ena, y desapareció con los pequeños.



Pasó un rato. Todos seguían en silencio, escuchando y venteando.

—¡Lo que nos faltaba! —comenzó a decir Netla—. ¡Encima de todo lo que tenemos que aguantar, ahora esto!

Estaba muy enfadada. Bambi la miró y notó que pensaba en algo terrible.

De pronto salieron tres o cuatro urracas por el mismo sitio por donde habían venido las cornejas.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Cuidado! —gritaron.

Aún no se las veía, pero se las oía gritar y avisarse las unas a las otras:

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Cuidado!

Ya se acercaban. Pasaron de largo, aleteando inquietas y asustadas.

—¡Ajj! —gritaron los grajos dando la voz de alarma con un ruido áspero.

De repente se sobresaltaron todos los corzos al mismo tiempo. Algo les había estremecido. Permanecieron inmóviles aspirando el aire.

Era «él».

Les llegó una fuerte oleada de su olor. Ya no hacía falta seguir venteando. Aquel olor les penetró en la nariz, les ofuscó los sentidos y les paralizó el corazón.

Aún charlaban las urracas y gritaban los grajos allá arriba; pero ya todo se había llenado de vida. Los herrerillos gorjeaban por las ramas, como pelotitas con plumas, y cantaban:

—¡Corran, corran!

Los negros mirlos pasaron a toda velocidad por encima de los árboles entonando sus prolongados trinos. A través de la oscura maraña que formaban los arbustos pelados, los corzos vieron en la nieve unas sombras pequeñas que corrían enloquecidas de un lado a otro. Eran los faisanes. De pronto se vio un resplandor rojizo. Era el zorro. Pero la verdad es que ahora nadie le tenía miedo, pues continuamente venían oleadas de ese olor terrible que les hacía estremecerse y sentirse unidos en la locura, en la angustia y en el febril impulso de huir, de ponerse a salvo.

Ese olor misterioso y avasallador penetró con tal fuerza en el bosque, que todos reconocieron que esta vez «él» no había venido solo, sino acompañado de los suyos. Ahora la situación era de una gravedad extrema.

Ninguno de los corzos se movía. Miraban a los herrerillos, que huían con agitados aleteos, a los mirlos, a las ardillas, que saltaban enloquecidas de copa en copa. Pensaban que en el fondo esos pequeños animales no tenían nada que temer. No obstante, comprendían que huyeran cuando «él» se acercaba, ya que ninguna criatura del bosque soportaba su proximidad.

La amiga liebre dio un brinco, se detuvo y continuó brincando.

—¿Qué pasa? —le preguntó Karus impaciente.

Pero la liebre miró a su alrededor con la mirada perdida; en ese momento no podía hablar. Estaba completamente trastornada.

—¡Para qué preguntarle nada! —dijo Rono con melancolía.

La liebre respiraba con dificultad.

—Estamos rodeados —dijo casi sin voz—. No se puede salir por ningún lado. Por todas partes está «él».

En ese momento oyeron «su» voz. Veinte o treinta voces gritaban:

—¡Hoho! ¡Haha!

Todo retumbaba de forma estremecedora. «El» golpeaba los troncos de los árboles como si fueran tambores. Había un ruido espantoso, atronador. A lo lejos se oía el susurro y el crujido de los arbustos a su paso; luego, el estallido de las ramas al quebrarse.

«El» se acercaba. Venía hacia la espesura.

Por detrás sonaron unos gorgoritos silbantes y entrecortados y un fuerte batir de alas desplegadas. Un faisán alzaba el vuelo desde donde se hallaba «él». Oyeron cómo el zumbido de las alas del faisán se iba haciendo menos perceptible, allá en lo alto. De pronto, un estallido atronador. Y el silencio. Luego, el ruido sordo de la caída.

—Ya ha caído el faisán —dijo la madre de Bambi temblando.

—Es el primero —añadió Rono.

Marena, la joven corza, dijo:

—Muchos de nosotros morirán en el día de hoy. Tal vez yo sea una de ellos.

Nadie la escuchó. Había cundido el pánico.

Bambi trató de pensar. Pero el ruido ensordecedor que hacía «él» iba en aumento y destrozaba todo pensamiento. Bambi no oía nada más que ese ruido que le aturdía, y en medio del griterío y el estruendo, las palpitaciones de su corazón. Unicamente sentía curiosidad y no se daba cuenta de que le temblaba todo el cuerpo. De vez en cuando, su madre le decía al oído:

—Quédate a mi lado.

Se lo decía a gritos, pero en medio del alboroto a Bambi le parecía que susurraba. Ese «quédate a mi lado» era para él una tabla de salvación que lo retenía como una cadena; de lo contrario, habría salido corriendo sin pensárselo. Sin embargo, lo oía siempre en el preciso momento en que estaba a punto de perder la calma y de echar a correr.

Bambi miró a su alrededor. Había un hormigueo de toda clase de criaturas que iban de un lado a otro errantes, ciegas. Pasaron varias comadreas a toda velocidad; parecían rayitas serpenteantes y apenas se podían seguir con la mirada. Un turón escuchaba cautivado toda la información que daba atropelladamente la desesperada liebre. Allí estaba el zorro, en pleno barullo de faisanes. Estos andaban a pasitos cortos y no se preocupaban del zorro; pasaban por delante de sus narices, y tampoco él se ocupaba de ellos. Inmóvil, con el cuello estirado hacia adelante, las orejas aguzadas y el hocico en continuo movimiento, escuchaba la barahúnda que se acercaba. Unicamente se le movía la cola; sus ligeros meneos eran la señal de los esfuerzos que hacía por reflexionar. Llegó un faisán a toda prisa. Venía de atrás, de

donde se hallaba el mayor peligro, y estaba fuera de sí.

—¡No levantéis el vuelo! —gritó a los suyos—. ¡No levantéis el vuelo! ¡Corred tan sólo! ¡Que nadie pierda la cabeza! ¡Que nadie eche a volar! ¡Corred, corred, corred!

Repetía siempre lo mismo, como advirtiéndose a sí mismo. Pero ya no sabía lo que decía.

—¡Hoho! ¡Haha! —sonó aparentemente desde muy cerca.

—¡No hay que perder la cabeza! —gritó el faisán.

Al mismo tiempo se le quebró la voz en un sollozo silbante, desplegó las alas haciendo mucho ruido y alzó el vuelo. Bambi le siguió con la mirada y vio cómo subía derecho hacia los árboles, agitando las alas; el brillo metálico de su cuerpo reluciente lanzaba destellos de un azul intenso con reflejos dorados; parecía una joya delicada; orgullosamente barría el aire con las largas plumas de su cola. Se oyó un estampido estridente. Allá arriba, el faisán se encogió bruscamente, se dio la vuelta sobre sí mismo como si quisiera atraparse las patas con el pico, y cayó al suelo con todo su peso. Cayó en medio de los otros y no se movió más.

Ya nadie mantenía la calma. Hubo una desbandada general. Cinco o seis faisanes alzaron a la vez el vuelo ruidosamente.

—¡No levantéis el vuelo! —gritaron los demás corriendo.

Sonó el trueno cinco o seis veces, y algunos de los que habían echado a volar cayeron de nuevo al suelo sin vida.

—Ven —dijo la madre de Bambi.

Este alzó la vista. Rono y Karus ya se habían ido. En ese momento desaparecía también Netla. Sólo quedaba Marena con ellos. Bambi fue con su madre. Marena los siguió tímidamente. Alrededor de ellos se oía toda clase de ruidos atronadores. La madre permanecía serena. Temblaba un poco, pero mantenía las ideas claras.

—Bambi, hijo mío —dijo—, quédate todo el rato detrás de mí. Tenemos que salir de aquí y atravesar el claro. Pero aquí dentro hay que andar despacio.

El ruido que había ahora era para volverse loco. Diez o doce veces sonó el trueno que «él» arrojaba de sus manos.

—Espera —dijo la madre—. ¡No corras! Pero cuando lleguemos al claro, corre todo lo que puedas. Y no lo olvides, Bambi, hijo mío: una vez fuera, no te fijas en mí. Aunque me caiga, no te preocupes. Tú sigue corriendo sin parar. ¿Entiendes, Bambi?

En medio del estruendo, la madre caminaba con paso regular. Los faisanes corrían de un lado a otro, desaparecían en la nieve, volvían a salir de un salto y se ponían a correr otra vez. Toda la familia de la liebre brincaba de acá para acá, se sentaba, volvía a brincar. Nadie decía ni una palabra. Todos estaban extenuados por la angustia, paralizados por el griterío y los estampidos.

Delante de Bambi y de su madre el bosque iba aclarándose. A través de la maraña de arbustos se filtraba la luz del claro. Detrás de ellos se oía cada vez más cerca el espantoso aporreo de los troncos de los árboles, el estallido de las ramas y los gritos

de «¡Haha! ¡Hoho!»

La liebre pasó delante de ellos con dos primos suyos y salió al claro.

—¡Bum! ¡Peng! ¡Bam! —estalló el trueno.

Bambi vio cómo la liebre daba una voltereta en plena carrera y se quedaba tumbada panza arriba. Pataleó un poco y ya no se movió. Bambi se detuvo petrificado.

Pero detrás alguien gritó:

—¡Están ahí! ¡Hay que salir!

Inmediatamente se produjo un murmullo de rápidos despliegues de alas, silbidos, sollozos, susurros de plumajes, aleteos. Todos los faisanes alzaron el vuelo casi simultáneamente. El aire reventaba de tantísimos estampidos, y se oía el ruido sordo de los que caían y el vuelo silbante de los que se habían salvado.

Bambi oyó pasos y miró hacia atrás. Era «él». Apareció por entre los arbustos; surgió aquí, allá, por todas partes, golpeándolo todo, aplastando los arbustos, aporreando los troncos de los árboles y gritando con voz terrible.

—¡Ahora! —dijo la madre—. ¡Adelante! ¡Y no te pegues mucho a mí!

La madre salió al claro de un salto; a su paso se levantaban nubes de nieve pulverizada. Bambi corrió tras ella. Por todos lados estallaron los truenos. Era como si la tierra se hubiera partido en dos. Bambi no veía nada. Sólo corría. De pronto se apoderó de él el deseo, que había ido acumulando, de escapar de aquel fragor y de las exhalaciones de aquel olor excitante; sentía un impulso creciente de huir, un ansia de ponerse a salvo. Corría. Le pareció haber visto que su madre caía, pero no sabía si realmente había caído. Por fin le había asaltado el miedo al estruendo del trueno y sentía una especie de velo que le cubría los ojos. No podía pensar en nada, no podía fijarse en nada; sólo corría.

Atravesó el claro. Nuevamente se internó en la espesura. Tras él se oyó otra vez el griterío, atronaron los disparos, y por encima de él crepitaron las ramas como si chispeará granizo. Luego se hizo un poco de silencio. Bambi seguía corriendo. Sobre la nieve yacía un faisán moribundo con el cuello retorcido, agitando las alas, ya extenuado. Cuando oyó llegar a Bambi, cesó en sus movimientos convulsivos y susurró:

—Todo ha terminado para mí.

Bambi no le prestó atención; siguió corriendo. La maleza enmarañada en la que se había metido le forzó a aminorar la marcha y a buscar una senda. Pateaba el suelo con impaciencia.

—Por aquí —gritó alguien con voz quebrada.

Bambi obedeció inconscientemente y llegó en seguida a una zona por la que se podía andar. Delante de él, alguien intentaba incorporarse. Era la mujer de la liebre; ella le había avisado.

—¿Podría ayudarme un poco? —dijo.

Bambi la miró y se estremeció. Arrastraba las patas traseras; la sangre que

goteaba teñía la nieve de rojo y la derretía con su calor.

—¿Podría ayudarme un poco? —volvió a decir.

Hablaba como si estuviera sana; se la veía serena y casi de buen humor.

—No sé lo que me habrá pasado —continuó diciendo—. Seguro que no tiene importancia, pero es que... no puedo andar...

En mitad de la frase cayó de lado y se murió. A Bambi le acometió de nuevo el pánico y echó a correr.

—¡Bambi!

Al oírlo, se paró en seco. Era uno de los suyos. Otra vez se oyó:

—Bambi, ¿eres tú?

Era Gobo, que yacía indefenso en la nieve. Se había quedado sin fuerzas; ni siquiera podía sostenerse sobre las patas. Estaba medio enterrado y a duras penas levantaba la cabeza. Bambi se le acercó acalorado.

—¿Dónde está tu madre, Gobo? —le preguntó con la respiración entrecortada—. ¿Y dónde está Falina?

Bambi hablaba deprisa, excitado, impaciente. El miedo aún latía en su corazón.

—Mamá y Falina han tenido que irse —contestó Gobo resignado.

Hablaba en voz baja, pero serio y sensato como un adulto.

—Han tenido que dejarme aquí. Me he caído. También tú debes irte, Bambi.

—¡Levántate! —gritó Bambi—. ¡Levántate, Gobo! Ya has descansado bastante. No hay tiempo que perder. Levántate y ven conmigo.

—No, déjalo —respondió Gobo sin moverse—; no me puedo levantar. Es imposible. Me gustaría mucho, Bambi, ya te puedes imaginar. Pero estoy demasiado débil.

—¿Qué va a ser de ti? —insistió Bambi.

—No lo sé. Lo más probable es que muera —dijo Gobo lisa y llanamente.

De nuevo se alzó el griterío y resonó por todas partes interrumpido por los estampidos. Bambi se estremeció. Crujieron las ramas. Alguien galopaba alocadamente por la nieve; era el joven Karus.

—¡Corre! —gritó al ver a Bambi—. ¡No te quedes parado si aún puedes correr!

Pasó en un abrir y cerrar de ojos y arrastró a Bambi en su carrera desenfrenada. Bambi no se dio cuenta de que había echado a correr otra vez; sólo al cabo de un rato dijo:

—Adiós, Gobo.

Pero ya estaba muy lejos y Gobo no le oyó.

Corrió hasta el anochecer por el bosque, que estaba muy alterado de tanto ruido y tanto estampido. Cuando oscureció, se hizo el silencio. Un viento suave se llevó pronto aquel olor repugnante que se había propagado por todas partes. Pero el nerviosismo permanecía. El primer conocido que vio Bambi fue Rono. Cojeaba más que nunca.

—Allí, al pie del roble —dijo Rono—, yace el zorro herido y febril. Acabo de

pasar a su lado. Es horrible lo que sufre. Está mordiendo la nieve y la tierra.

—¿Ha visto a mi madre? —preguntó Bambi.

—No —respondió Rono evasivamente, y se alejó deprisa.

Más tarde, por la noche, Bambi encontró a Netla con Falina. Los tres se llevaron una gran alegría.

—¿Has visto a mi madre? —preguntó Bambi.

—No —respondió Falina—. Ni siquiera sé dónde está la mía.

—¡Vaya! —dijo Netla riéndose—. ¡Esto sí que tiene gracia! Yo que estaba tan contenta de no tener que soportar a más criaturas, ahora me encuentro con que tengo que cuidar a dos a la vez. ¡Menuda sorpresa!

Bambi y Falina se echaron a reír.

Hablaron de Gobo. Bambi les contó cómo lo había encontrado, y los pequeños se pusieron tan tristes que empezaron a llorar. Pero Netla no se lo permitió.

—Ante todo, tenéis que procurar encontrar algo para comer. ¡Qué barbaridad! ¡Todo el día sin probar bocado!

Llevó a los dos a sitios en los que aún quedaban algunas hojas que todavía no se habían secado del todo. Netla estaba al corriente de esos sitios. Ella, por su parte, no probó bocado; en cambio, animó a Bambi y a Falina para que comieran. Les quitaba la nieve de las zonas de hierba y les decía:

—Venid, que esto está bueno.

O bien decía:

—No, esperad, que en seguida encontraremos algo mejor.

Pero entre medias refunfuñaba:

—¡Qué fastidio! ¡Hay que ver cuántas molestias dan los pequeños!

De pronto vieron llegar a la tía Ena y corrieron a su encuentro.

—¡Tía Ena! —gritó Bambi, que fue el primero que la vio.

Falina estaba fuera de sí de alegría, y dio un salto hacia ella:

—¡Mamá!

Pero Ena lloraba y estaba muerta de agotamiento.

—Gobo ya no está —se lamentaba—. Lo he buscado en su lecho, donde se me quedó agotado en la nieve, pero estaba vacío... Se ha ido... mi pobre pequeño Gobo.

Netla gruñó:

—Más le valiera haber buscado sus huellas; hubiera sido más sensato que llorar.

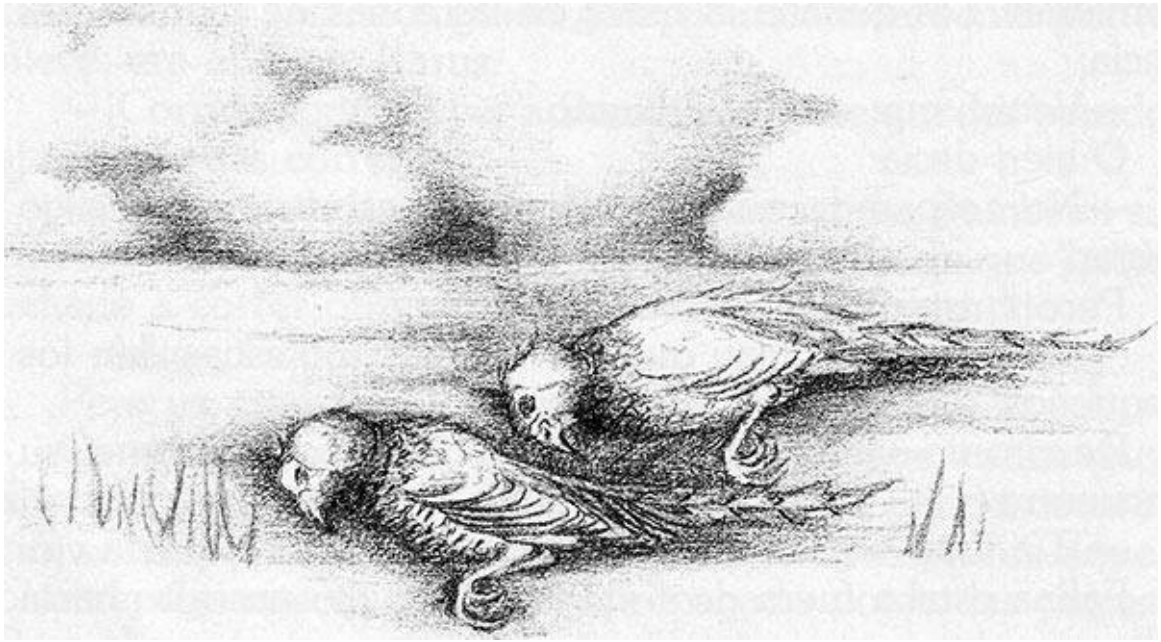
—No hay huellas de él —dijo la tía Ena—. En cambio, «él»... «El» ha dejado muchas huellas. Ha estado en el lecho de Gobo.

Permanecieron callados. Luego Bambi preguntó con desaliento:

—Tía Ena, ¿no has visto a mi madre?

—No —contestó la tía Ena en voz baja.

Bambi no volvió a ver a su madre nunca más.





[11]

Hacía tiempo que los sauces habían perdido sus amentos*. Todo empezaba a reverdecer, pero las tiernas hojas de los arbustos y de los árboles aún eran pequeñas. A la suave luz de aquella hora temprana de la mañana parecían, con su frescura risueña, niños pequeños que acabaran de despertarse.

Bambi estaba junto a un avellano golpeando sus astas nuevas contra las ramas. Era muy agradable hacer eso. Y además era necesario, ya que el adorno de su cabeza aún se hallaba cubierto de una piel delgada y velluda. Y había que quitársela, por supuesto; nadie a quien le gustara el orden esperaba a que se le cayera por sí sola. Bambi restregó tanto sus cuernas que la piel se le hizo jirones, cayéndole en largas tiras por las orejas. Mientras frotaba el avellano para arriba y para abajo, notó que su cornamenta era más dura que el avellano. Eso le produjo una sensación embriagadora de fortaleza y orgullo. Arremetió con más fuerza contra el avellano y le arrancó la corteza en trozos largos. Apareció la madera blanca al desnudo y, al no estar habituada al contacto con el aire, pronto adquirió el tono rojizo del óxido. Bambi no tenía ninguna consideración. Veía encenderse la carne blanca de la madera bajo sus golpes y se entusiasmaba. Había ya toda una serie de avellanos y alheñas que llevaban las marcas de su trabajo.

—¡Pero si ya está casi desarrollado! —dijo una voz a su lado en tono jocoso.

Bambi alzó la cabeza y miró a su alrededor.

Allí estaba la ardilla mirándole con simpatía:

Por encima de ellos, alguien se rió con estridencia:

—¡Ja! ¡Ja!

Bambi y la ardilla estuvieron a punto de asustarse, pero el pájaro carpintero, pegado al tronco del roble, dijo:

—Perdóneme, pero cada vez que le veo hacer eso, no puedo aguantar la risa.

—¿Y qué es lo que le produce tanta risa? —preguntó Bambi muy cortés.

—Pues que usted entiende el asunto equivocadamente —opinó el pájaro carpintero—. En primer lugar, debería atenerse a los árboles gordos, porque de esos finos avellanitos no se saca nada.

—¿Qué quiere que saque de ellos? —preguntó Bambi.



—Bichos —rió el pájaro carpintero—. Bichos y larvas. Mire, se hace así...

Se puso a tamborilear el tronco del roble:

—Toc-toc-toc-toc...

La ardilla subió a toda velocidad junto a él y le riñó:

—¿Qué está usted diciendo? El príncipe no busca bichos ni larvas.

—¿Por qué no? —dijo el pájaro carpintero de buen humor—. Pues están riquísimos.

A continuación, mordió un bicho, se lo tragó y siguió tamborileando el tronco.

—Usted no lo entiende —siguió riñéndole la ardilla—. Un caballero tan distinguido persigue unos fines muy diferentes, mucho más elevados. De manera que ha metido la pata.

—¡A mí qué me importa! —respondió el pájaro carpintero—. ¡Me río yo de los fines elevados! —dijo en tono jovial, y se fue volando.

La ardilla volvió a bajar a toda velocidad.

—¿No me conoce? —preguntó con gesto complaciente.

—Creo que sí —respondió Bambi amablemente—. ¿No vive usted ahí arriba? —dijo señalando el roble.

La ardilla le miró sonriente.

—Me confunde con mi abuela —dijo—. Ya sabía yo que me confundía con mi abuela. Mi abuela vivía ahí arriba cuando usted aún era pequeño, príncipe Bambi. A menudo me hablaba de usted. Pero, en fin, luego la mató la marta hace ya mucho tiempo, en invierno. ¿No se acuerda?

—Sí —asintió Bambi—. He oído hablar de eso.

—Pues bien, después mi padre se instaló aquí —dijo la ardilla.

Luego se incorporó, puso ojos de asombro y se colocó finamente las dos patitas en su blanco pecho.

—Pero... a lo mejor me confunde con mi padre. ¿Conoció usted a mi padre?

—Lo siento —contestó Bambi—, pero no he tenido el gusto.

—Me lo imaginaba —exclamó la ardilla complacida—. Mi padre era muy hosco y muy tímido. No se trataba con nadie.

—¿Dónde está ahora? —inquirió Bambi.

—¡Ay! —dijo la ardilla—. Hace un mes lo atrapó la lechuza. Sí, y ahora soy yo la que vivo aquí. Y estoy muy contenta. Tenga en cuenta que aquí es donde nací.

Bambi se dio la vuelta para irse.

—Espere —se apresuró a gritar la ardilla—. No quería hablar de nada de eso. Quería decirle algo muy distinto.

Bambi se detuvo.

—¿Qué era? —preguntó impaciente.

—Sí, ¿qué era? —dijo la ardilla pensando.

Dio otro salto repentino, se sentó muy erguida apoyada en su majestuosa cola y miró a Bambi.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo —siguió charlando—. Quería decirle que sus astas ya están casi completamente desarrolladas y que son preciosas.

—¿A usted le parece? —dijo Bambi contento.

—¡Preciosas! —exclamó la ardilla apretándose entusiasmada su blanco pecho con las dos patas delanteras—. ¡Qué altas! ¡Qué espléndidas! ¡Y además con esas puntas tan largas y tan brillantes! Eso no se ve todos los días.

—¿De verdad? —preguntó Bambi.

Se alegró tanto que al instante empezó a golpear de nuevo el avellano, llenando todo el suelo de largas tiras de corteza.

Mientras tanto, la ardilla seguía hablando:

—Ciertamente he de decir que otros a su edad no tienen una cornamenta tan magnífica. Cuesta trabajo creerlo habiéndole visto el verano pasado. Le vi algunas veces de lejos y me parecía increíble que fuera el mismo. Aún recuerdo aquellas patitas tan finas que tenía entonces.



Bambi interrumpió de repente su tarea.

—Adiós —dijo presuroso, y se marchó corriendo.

No le gustaba que le recordaran el verano anterior. Había sido una época difícil para él. Al principio, tras la desaparición de su madre, se había sentido completamente abandonado. El invierno duró mucho, la primavera tardó en llegar y el bosque no reverdeció hasta muy tarde. Sin Netla, Bambi no habría sabido qué hacer, pero ella se hizo cargo de él y le ayudó en lo que pudo. No obstante, se había quedado muy solo. A todas horas echaba de menos a Gobo, al pobre Gobo, que ahora también estaba muerto como los demás. A Falina la veía rara vez. Estaba muy apegada a su madre y se mostraba singularmente tímida.

Más tarde, cuando por fin empezó el calor, Bambi comenzó a recuperarse. Restregaba sus primeras cuernas hasta dejárselas relucientes y se sentía orgulloso de ellas. Pero pronto se llevó una amarga desilusión. Los otros animales de testa coronada le perseguían allá donde le vieran. Le echaban furiosos, no le permitían acercarse a nadie, le maltrataban, hasta que a cada paso empezó a tener miedo de que le pillaran, de que le vieran, y se metía por caminos escondidos con ánimo muy deprimido. Al mismo tiempo, a medida que los días se hacían más cálidos y soleados, se apoderaba de él una extraña inquietud. Su corazón se iba sintiendo cada vez más oprimido por un ansia que era dolorosa y agradable a un tiempo. Cada vez que veía casualmente a Falina o a una de sus amigas, aunque sólo fuera de lejos, se sentía dominado por una excitación incomprensible que le venía en forma de oleadas. A menudo ocurría también que sólo con reconocer sus huellas o con que una bocanada de aire le trajera el olor de su proximidad, se sentía irresistiblemente atraído por ellas. Pero si obedecía al deseo que le impulsaba, siempre era para desgracia suya. Y es que o bien no encontraba a nadie y al final tenía que reconocer, ya cansado de tanto ir de un lado a otro, que le rehuían, o bien se cruzaba con uno de los animales astados; entonces éste saltaba sobre él, le golpeaba, le empujaba y le hacía huir con malos modos. Los que peor se portaron con él fueron Rono y Karus. No, aquel tiempo no había sido nada feliz.

Y ahora la ardilla se lo acababa de recordar tontamente. Bambi se enfureció de repente y empezó a correr. Los herrerillos y los reyezuelos se desbandaron asustados por los arbustos que iba recorriendo y se preguntaron los unos a los otros muy agitados:

—¿Quién es ése? ¿Quién era ése?

Bambi no lo oyó. Unas urracas gritaron nerviosas:

—¿Ha pasado algo?

El grajo chilló enfadado:

—¿Qué pasa?

Bambi no le prestó atención. Sobre él cantó la oropéndola saltando de árbol en árbol:

—Buenos días. Me alegro de...

Bambi no dio ninguna respuesta. La espesura que le rodeaba ya se iba aclarando y llenando de tenues rayos de sol. Bambi no se ocupó de eso. De pronto algo crepitó cerca de sus pies; todo un arco iris de colores preciosos le deslumbró con su brillo, hasta tal punto que tuvo que detenerse. Era Janelo, el faisán, que se elevó por los aires asustado porque Bambi había estado a punto de pisarle. Se alejó refunfuñando.

—¡Es inaudito! —gritó con su voz quebrada y cantarina.

Bambi se quedó aturdido mirándole.

—Esta vez no ha pasado nada, pero ha estado usted muy desconsiderado —dijo gorjeando una voz dulce junto a él, en el suelo.

Era Janelina, la mujer del faisán. Estaba sentada en el suelo empollando huevos.

—Mi marido se ha asustado mucho —continuó disgustada—, y yo también. Pero yo no me puedo mover de aquí. Pase lo que pase, no me muevo. Así es que me podía haber aplastado tranquilamente.

Bambi se avergonzó un poco.

—Perdóneme —tartamudeó—. No me he dado cuenta.

Janelina respondió:

—¡Oh, por favor! Tampoco es para tanto. Es que ahora mi marido y yo estamos tan nerviosos... Ya comprenderá...

Bambi no comprendió nada y siguió andando. Ya estaba más tranquilo. El bosque cantaba a su alrededor. La luz se iba poniendo más dorada, más cálida. Las hojas de los arbustos, las hierbas del suelo y la tierra húmeda y vaporosa comenzaron a desprender un aroma penetrante. Bambi, henchido del ardor juvenil que recorría ahora todo su cuerpo, se puso a caminar muy tieso haciendo movimientos lentos y contenidos, como si fuera de juguete.

Se acercó a un saúco bajito y, levantando las rodillas, empezó a dar golpes en el suelo con tal ímpetu que salían disparados trozos de tierra. Con su fina y afilada pezuña dividida en dos cortó las hierbas que allí crecían: arvejas y puerros silvestres, violetas y campanillas blancas. Luego escarbó la tierra hasta que la dejó desnuda y llena de surcos. Y a cada golpe se oía un ruido sordo.

Dos topos que correteaban por la maraña de raíces de un aligustre* se asomaron al oír los golpes y vieron a Bambi.

—Pero... es ridículo lo que está haciendo ése —susurró uno de ellos—. Así no se puede cavar.

El otro torció las finísimas comisuras de sus labios con gesto burlón.

—No tiene ni idea; eso se ve en seguida. Es lo que pasa cuando la gente se mete a hacer cosas de las que no entiende nada.

De repente Bambi cesó de dar golpes, alzó la cabeza y se puso a escuchar y a mirar a través del follaje. Una mancha rojiza lanzaba destellos por entre las ramas; las puntas de unas cuernas emitían reflejos de color impreciso. Bambi resopló. Quienquiera que fuese el que andaba por allí, Rono, Karus o el que fuera, Bambi se lanzó a por él.

«Les demostraré que ya no tengo miedo —pensó súbitamente ofuscado—. Les demostraré que soy alguien a quien hay que respetar.»

Los arbustos crujieron ante la furia de su embestida, las ramas restallaron y se quebraron. Bambi vio al otro ante él. Pero no pudo reconocerle, pues todo le bailaba delante de los ojos. No pensaba más que en atacar. Con las astas bajas se abalanzó hacia adelante con toda la fuerza concentrada en el cuello, listo para el golpe. Sentía ya el olor del pelaje de su contrincante; ya no veía ante sí más que el rojizo muro de su flanco. Entonces el otro hizo un ligero movimiento, y Bambi, desposeído del esperado obstáculo que lo frenase, pasó de largo y fue a dar al vacío. Estuvo a punto de volcar; dio un traspiés, recuperó el equilibrio y retrocedió dispuesto a atacar de nuevo.

En esto reconoció al viejo príncipe.

Tanto se sorprendió Bambi que perdió la calma. Le daba vergüenza echar a correr sin más, que es lo que le apetecía. Pero al mismo tiempo le daba vergüenza quedarse. Así pues, no se movió.

—¿Y bien? —preguntó el viejo en tono sosegado e imperioso a la vez.

Como siempre, su voz conmovió profundamente a Bambi. Permaneció callado.

El viejo repitió:

—¿Y bien?

—Yo creía... —balbuceó Bambi—. Yo creía que era... Rono o...

Se calló y se arriesgó a mirar tímidamente al viejo. La mirada de éste aumentó su confusión. Allí estaba, inmóvil y poderoso. Su cabeza se había vuelto completamente blanca, y sus altivos ojos oscuros brillaban con intensidad.

—¿Por qué no luchas contra mí? —preguntó el viejo.

Bambi le miró singularmente extasiado y misteriosamente estremecido. Le habría gustado gritar: «¡porque le quiero!», pero respondió:

—No lo sé.

El viejo le observó.

—Hacía mucho que no te veía. Ahora ya eres grande y fuerte.

Bambi no contestó nada. Temblaba de emoción.

El viejo continuó examinándolo. Luego se acercó por sorpresa a Bambi, que se asustó mucho, y le dijo:

—Pórtate bien.

Se dio la vuelta y al momento siguiente desapareció. Bambi permaneció aún mucho tiempo en el mismo sitio.



[12]

Era verano y hacía un calor abrasador. A Bambi se le despertó de nuevo la ansiedad que sintiera ya en otras ocasiones, sólo que ahora era mucho mayor que antes. Le hervía la sangre de ansiedad; no le dejaba en paz.

Andaba errante de un lado a otro.

Un día se encontró con Falina. Fue algo tan inesperado que en ese momento sintió una gran confusión de ideas. Tanto se le ofuscaron los sentidos por el inquietante deseo que le acuciaba que ni vio a Falina, sino que de pronto se la encontró delante. Bambi la observó un rato sin habla y luego dijo conmovido:

—Falina, ¡qué guapa te has vuelto!

Falina respondió:

—¿Me conoces?

—¡Cómo no te iba a reconocer! —exclamó Bambi—. ¿Acaso no nos hemos criado juntos?

Falina suspiró:

—Hacía tanto tiempo que no nos veíamos...

Luego añadió:

—Con el tiempo, nos hacemos extraños los unos a los otros.

Pero esto ya lo dijo con su acostumbrado tono jovial.

Los dos se quedaron juntos.

—Este camino —dijo Bambi al cabo de un rato—, este camino lo recorría yo de pequeño con mi madre.

—Es el que va a dar al prado —dijo Falina.

—En el prado fue donde te vi por primera vez —dijo Bambi en tono un poco ceremonioso—. ¿Te acuerdas?

—Sí —contestó Falina—. A mí y a Gobo.

Luego suspiró un poco:

—Pobre Gobo.

Bambi repitió:

—Pobre Gobo.

Luego hablaron de aquellos tiempos y a cada rato se preguntaban el uno al otro:



—¿Te acuerdas?

Pronto se vio que se acordaban de todo, y los dos estaban encantados.

—En el prado —recordó Bambi— jugábamos a pillarnos, ¿te acuerdas?

—Sí, creo que era así —dijo Falina, y salió disparada como una flecha.

Bambi al principio se quedó atrás desconcertado, pero luego salió corriendo tras ella a toda velocidad.

—¡Espera, espera! —gritó, feliz.

—No espero —bromeó Falina—. Tengo mucha prisa.

Y saltando con ligereza, trazó una curva allá a lo lejos, entre hierbas y arbustos. Por fin, la alcanzó Bambi y le cerró el paso. Los dos se quedaron quietos, riendo divertidos.

De repente, Falina dio un salto, como si la hubieran pinchado, y echó a correr otra vez. Bambi se precipitó tras ella. Falina corría describiendo curvas, se revolcaba y siempre conseguía escurrirse.

—¡Detente! —jadeó Bambi—. ¡Párate, que tengo que preguntarte una cosa!

Falina se detuvo.

—¿Qué me tienes que preguntar? —inquirió con curiosidad.

Bambi permaneció callado.

—¡Ah, o sea que era mentira! —dijo Falina dispuesta a darse media vuelta.

—¡No! —dijo Bambi apresuradamente—. Detente, que quiero... quiero preguntarte una cosa. ¿Me quieres, Falina?

Ella lo miró con más curiosidad todavía y un poco al acecho.

—No lo sé —dijo.

—¡Pero lo tienes que saber! —le apremió Bambi—. Yo sí lo sé, yo noto claramente que te quiero. Te quiero con locura, Falina. Venga, dime si me quieres.

—Puede que te tenga cariño —respondió Falina como sin darle importancia.

—¿Y te quedarías conmigo? —trató de averiguar Bambi emocionado.

—Si me lo pides delicadamente... —dijo Falina contenta.

—¡Te lo ruego, Falina! ¡Mi amada y hermosa Falina! —exclamó Bambi fuera de sí—. ¿Me oyes? Te lo pido de todo corazón.

—En ese caso me quedaré contigo —dijo Falina con dulzura, y desapareció.

Bambi, arrebatado, salió como una flecha otra vez tras ella. Falina atravesó la pradera, se escabulló y desapareció en la espesura. Cuando también Bambi viró para seguirla, se oyó un fuerte crujido en los arbustos, y salió Karus de un salto.

—¡Alto! —gritó.

Bambi no le entendió. Estaba demasiado ocupado con Falina.

—Déjame pasar —dijo con prisa—. No tengo tiempo para ti.

—¡Vete! —le dijo Karus en tono imperioso—. ¡Vete inmediatamente! De lo contrario, te perseguiré hasta que te quedes sin resuello. ¡Te prohíbo que corras detrás de Falina!

Poco a poco se le fue despertando a Bambi el recuerdo del verano anterior,

cuando le perseguían y le acosaban tan a menudo. Inmediatamente se puso furioso. No dijo ni una palabra, sino que bajó las astas y se abalanzó sin más contra Karus.

El choque fue irresistible, y Karus yacía sobre la hierba antes de saber lo que había pasado.

Se incorporó con la velocidad del rayo, pero nada más ponerse sobre las cuatro patas, le alcanzó otro golpe que le hizo tambalearse.

—¡Bambi! —gritó—. Bam...

Un tercer golpe en la paletilla estuvo a punto de ahogarle de dolor.

Karus saltó a un lado para esquivar a Bambi, que embestía de nuevo. De pronto se sintió muy débil. Al mismo tiempo reconocía con temor que se jugaba la vida. Una angustia sobrecogedora se apoderó de él. Se dio a la fuga, y por lo callado que iba Bambi, corriendo tras él a poca distancia, Karus reconoció que Bambi, loco y furioso, estaba implacablemente decidido a matarle. Eso fue lo que le hizo perder la calma por completo. Se salió del camino e irrumpió con sus últimas fuerzas en mitad de unos arbustos. Ya no quería nada, ya no pensaba nada; tan sólo esperaba compasión o ponerse a salvo.

De repente Bambi dejó de perseguirle y se detuvo. Karus, en su angustia, no lo notó y siguió corriendo cuanto podía a través de los arbustos.

Bambi se había parado porque había oído el agudo grito de Falina. Escuchó y ella volvió a gritar angustiada, apurada. Al momento, Bambi se dio la vuelta y echó a correr en sentido contrario.

Al llegar al prado, aún le dio tiempo a ver cómo Falina, perseguida por Rono, huía hacia la espesura.

—¡Rono! —gritó Bambi sin darse cuenta.

Rono, que no podía correr mucho por la cojera, se detuvo.

—¡Míralo! —dijo dándose importancia—. ¡Pero si es el pequeño Bambi! ¿Deseas algo de mí?

—Quiero —dijo Bambi con tranquilidad, aunque con la voz alterada por la fuerza contenida y la cólera reprimida—, quiero que dejes a Falina en paz y que te vayas inmediatamente.

—¿Nada más? —se burló Rono—. ¡Vaya un tipo más descarado que te has vuelto! Nunca lo hubiera esperado de ti.

—Rono —dijo Bambi en voz aún más baja—, lo deseo por tu propio bien. Si no te vas ahora mismo, luego tendrás ganas de correr, pero ya no podrás.

—¿De veras? —dijo Rono irritado—. ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Es porque cojeo? ¡Si apenas se me nota! ¿O crees acaso que te temo porque Karus haya sido tan cobarde? Te aconsejo que...

—No, Rono —le interrumpió Bambi—. Soy yo quien te da un consejo. ¡Vete! —le temblaba la voz—. Siempre te he querido, Rono. Siempre te he considerado muy inteligente y te respetaba por ser mucho mayor que yo. Te lo digo por última vez: vete. Ya no me queda paciencia.



—Es una lástima que tengas tan poca paciencia —dijo Rono en tono despectivo—. Una verdadera lástima para ti, pequeño. Pero tranquilízate, que contigo acabaré pronto. No tendrás que esperar mucho. ¿O has olvidado quizá la cantidad de veces que te he hecho huir?

Al evocarle ese recuerdo, Bambi no dijo nada más; ya no pudo contenerse. Se abalanzó como un loco sobre Rono, que le recibió con la cabeza agachada. Chocaron estrepitosamente. Rono se mantenía firme sobre los pies y se extrañaba de que Bambi no retrocediera. También le había desconcertado la repentina embestida, pues no esperaba que Bambi fuera el primero en atacar. Notó con desagrado la enorme fuerza de Bambi y se dio cuenta de que debía tener cuidado. Estando los dos frente contra frente, quiso tenderle una trampa. Repentinamente dejó de hacer fuerza para que Bambi perdiese el equilibrio y se cayera hacia adelante.

Pero Bambi se levantó sobre las patas traseras y al momento se lanzó contra Rono con redoblada furia, antes de que a éste le hubiera dado tiempo a adoptar una postura firme. Se oyó un fuerte chasquido, ya que a Rono se le astilló la punta de un asta. Rono creyó que se le había roto la frente. Los ojos le hacían chiribitas y le zumbaban los oídos. Al momento siguiente un golpe fuerte le rasgó el hombro. Se quedó sin respiración y cayó al suelo. Bambi se erguía sobre él lleno de ira.

—Déjame ir —gimió Rono.

Bambi cargó ciegamente sobre él. Echaba chispas por los ojos. No parecía pensar en apiadarse.

—Te lo ruego... Déjame ya —imploró Rono lastimeramente—. Tú sabes que cojeo... Sólo estaba bromeando. Perdóname. ¿No sabes aceptar una broma?

Bambi lo dejó libre sin decir una palabra. Rono se levantó penosamente. Sangraba y se tambaleaba. Se marchó sin decir nada.

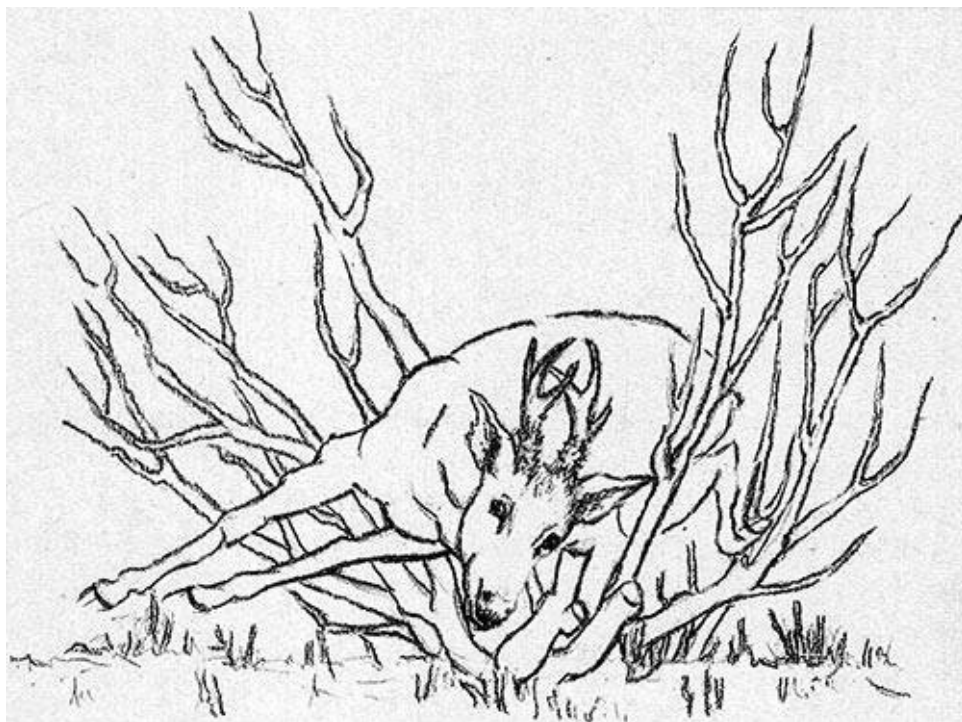
Bambi se disponía a ir al bosque en busca de Falina, pero ésta salió en ese momento. Había estado junto a la linde del bosque mirándolo todo.

—Has estado formidable —dijo riéndose.

Luego añadió, seria y en voz baja:

—Te quiero.

Y se alejaron juntos y felices.





[13]

Un día fueron a ver el pequeño claro situado en las profundidades del bosque, donde Bambi se encontrara la última vez con el viejo príncipe. Bambi hablaba de él a Falina con gran entusiasmo.

—Tal vez nos lo volvamos a encontrar. Le echo de menos.

—Ya me gustaría —dijo Falina sin vacilar—. La verdad es que tengo ganas de charlar con él.

Pero no era sincera, pues aunque sentía curiosidad por conocerle, en el fondo el viejo le daba miedo.

El cielo se iba poniendo de color gris claro; estaba a punto de salir el sol.

Caminaban en silencio el uno junto al otro; aquí y allá había matas y arbustos sueltos que permitían ver en todas direcciones. No lejos de ellos se oyó un crujido de ramas. Inmediatamente se detuvieron y se pusieron a mirar. Lenta y majestuosamente avanzaba el ciervo* hacia el claro a través de los arbustos. En aquella penumbra, donde los colores aún no eran definidos, parecía una gigantesca sombra grisácea.

Falina soltó un grito sin darse cuenta. Bambi se dominó. Estaba igualmente asustado y sentía las ganas de gritar en la garganta. Pero la voz de Falina sonaba tan indefensa que sintió compasión por ella y se contuvo para así consolarla.

—¿Qué te pasa? —susurró muy interesado; aunque le temblaba la voz—. ¿Qué te pasa? ¡Pero si no nos va a hacer nada!

Falina no paraba de gritar.

—No te pongas tan nerviosa, querida mía —le rogó Bambi—. Resulta ridículo asustarse siempre tanto con estos animales. Al fin y al cabo son parientes nuestros.

Pero Falina no quería saber nada de semejante parentesco. Seguía rígida chillando sin cesar y mirando al ciervo, que caminaba tan tranquilo.

—Cálmate —le imploró Bambi—. ¿Qué va a pensar de nosotros?

Pero no había manera de tranquilizar a Falina.

—Que piense lo que quiera —dijo, y volvió a gritar—: ¡Ba-oh! ¡Ba-oh! Es una exageración lo grande que es.

Y siguió gritando:



—¡Ba-oh! Déjame, no puedo evitarlo. Tengo que gritar. ¡Ba-oh! ¡Ba-oh! ¡Ba-oh!

El ciervo estaba ahora en el pequeño claro del bosque y buscaba cuidadosamente entre la hierba algún bocado exquisito.

Bambi, que tan pronto miraba a la enloquecida Falina como al pacífico ciervo, se rebeló de pronto. Al tratar de infundir aliento a Falina, había vencido su propio miedo. Ahora se reprochó a sí mismo el lamentable estado en que se ponía cada vez que veía al ciervo. Era siempre el mismo estado: una mezcla molesta de espanto, irritación, admiración y sumisión.

—Esto no tiene sentido —dijo con resolución—. Voy a ir derecho a conocerle.

—¡No hagas eso! —gritó Falina—. ¡No hagas eso! ¡Ocurrirá una desgracia! ¡Ba-oh!

—Voy a ir sin falta —respondió Bambi.

Al ver al ciervo, que se estaba dando un banquete tan tranquilo sin preocuparse lo más mínimo por la llorosa Falina, le pareció demasiado arrogante. Bambi se sentía herido y humillado.

—Voy a ir —dijo—. Cállate. Ya verás cómo no pasa nada. Espérame aquí.

Bambi fue, en efecto, pero Falina no esperó. No tenía ganas de esperar, ni tampoco el valor suficiente. De manera que se dio media vuelta y echó a correr gritando, pues le parecía que era lo mejor que podía hacer. Y todo el rato se la oía gritar:

—¡Ba-oh! ¡Ba-oh!

A Bambi le hubiera gustado seguirla, pero ya no se podía. Hizo un esfuerzo y avanzó. A través del ramaje vio al ciervo en el claro con la cabeza agachada.

Nada más salir, Bambi notó cómo le latía el corazón.

El ciervo levantó en seguida la cabeza y miró hacia donde se hallaba Bambi. Luego miró distraídamente a un punto perdido.

A Bambi le pareció de lo más arrogante tanto la forma que había tenido el ciervo de mirarle como la manera de mirar ahora a un punto perdido, igual que si no hubiera nadie.

Bambi no sabía qué hacer. Había salido con la firme resolución de hablar al ciervo. Tenía la intención de decirle: «Buenos días, me llamo Bambi. ¿Tendría la amabilidad de decirme su nombre?»

Se había imaginado que era algo sencillo, y ahora se veía que la cosa no era tan fácil. ¿De qué servía ir con la mejor intención? Bambi no quería ser descortés, y eso es lo que sería si se iba de allí sin decir una palabra. Tampoco quería ser importuno, y eso es lo que sería si empezaba a hablar.

Allí seguía el ciervo, con una majestuosidad indignante. Bambi estaba cautivado y al mismo tiempo se sentía humillado. En vano trataba de reaccionar y se repetía una y otra vez el mismo pensamiento: «¿Por qué me voy a dejar intimidar? Yo valgo tanto como él; exactamente lo mismo.»

De nada servía. Bambi seguía intimidado, y en el fondo de su ser notaba que no

valía tanto como él. Ni mucho menos. Se sentía muy miserable, y recurrió a todas sus fuerzas para conservar en alguna medida la compostura.

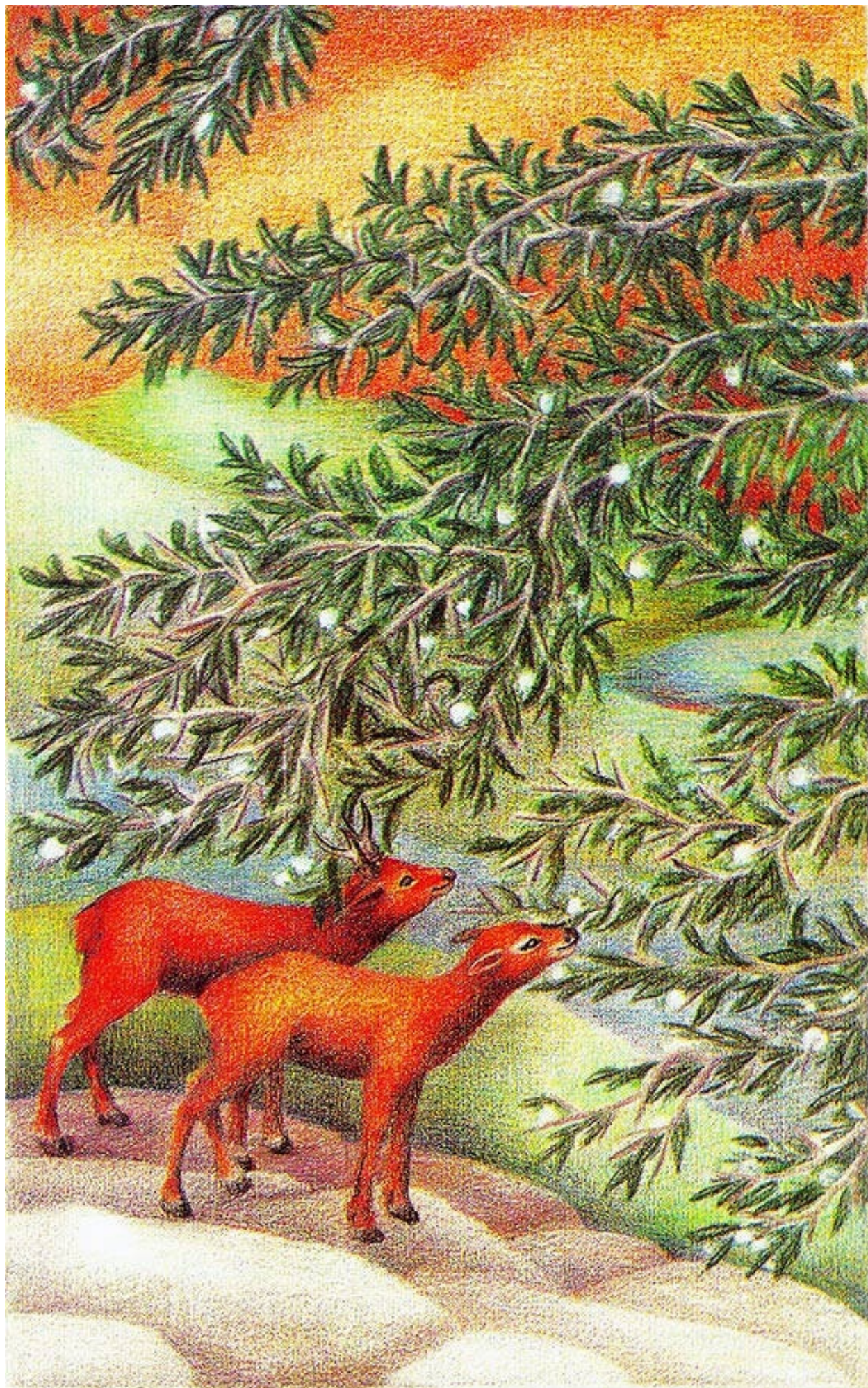
El ciervo le miró y pensó: «Es precioso... Es encantador... ¡Qué hermoso, qué gracioso, qué modales más delicados! Pero no debo mirarle de esta manera; no está bien. Además podría turbarle.»

Y volvió a mirar al vacío.

«¡Qué mirada más arrogante! —pensó Bambi—. ¡Es intolerable! ¿Qué se habrá creído?»

El ciervo pensó: «Me gustaría hablar con él. Parece tan simpático... ¡Qué tontería que no nos hablemos nunca!» Y miró pensativo a un punto distante.

«Le importo un comino —se dijo Bambi—. Esa especie se comporta siempre como si estuviera completamente sola en el mundo.»

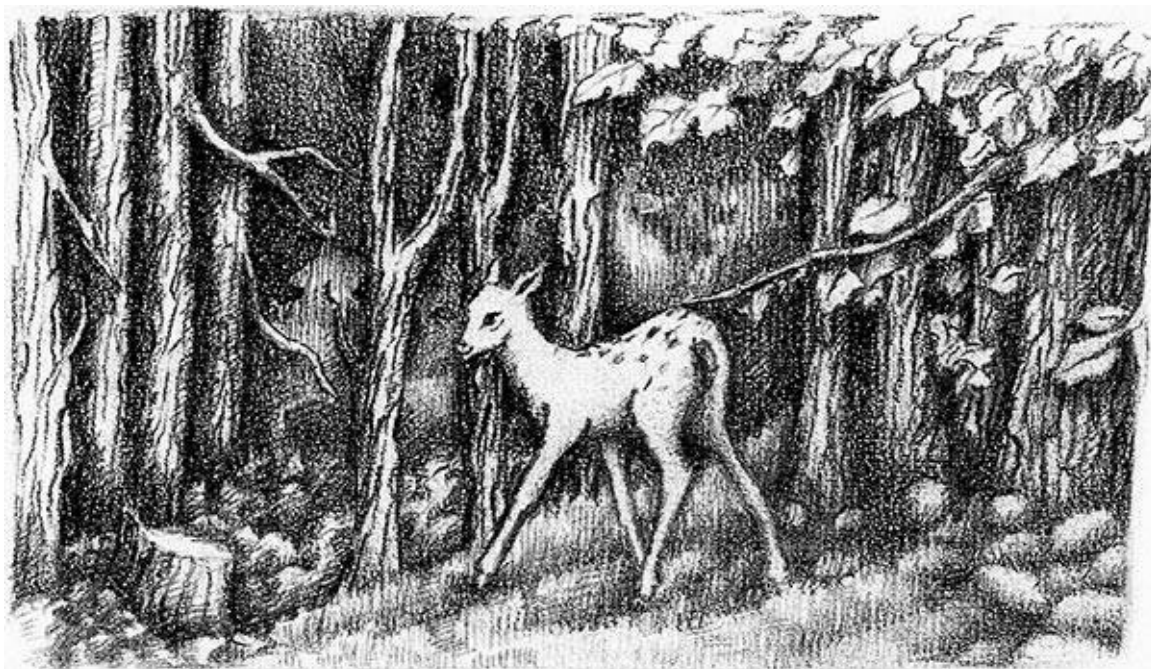


«Pero, ¿qué le puedo decir? —reflexionó el ciervo—. No tengo ninguna práctica en hablar. Diré una tontería y haré el ridículo, porque seguro que él es muy listo.»

Bambi se armó de valor y miró fijamente al ciervo. «¡Qué espléndido es!», pensó desesperado.

«En fin, tal vez en otra ocasión...», decidió por fin el ciervo, y se marchó insatisfecho, aunque majestuoso.

Bambi se quedó atrás, lleno de amargura.





[14]

El bosque entero se evaporaba bajo el sol abrasador, que tras absorber todas las nubes, hasta el último jirón, dominaba ahora él solo la inmensidad del cielo azul, algo pálido por el calor. Por el prado y por las copas de los árboles el aire vibraba formando ondas transparentes como el vidrio, tal y como suele tremolar sobre una llama. No se movía ni una hoja, ni un tallo de hierba. Los pájaros permanecían mudos, ocultos a la sombra del follaje y sin moverse de su sitio. Todas las sendas y caminos de la espesura estaban vacíos, ya que ningún animal se había atrevido a salir. El bosque yacía inmóvil bajo la luz cegadora; paralizado. La tierra, los arbustos y los animales respiraban deleitándose con aquel calor abrasador.

Bambi dormía. Había pasado una noche feliz correteando con Falina hasta muy entrado el día, y en su felicidad se había olvidado hasta de comer. Y luego le entró tal sueño que ya ni sentía hambre. Se tumbó de pronto en mitad de unos matorrales y al momento se quedó dormido. El penetrante olor amargo que exhalaba el enebro*, inflamado por el sol, y el suave aroma del joven torvisco* que tenía junto a la cabeza le embriagaron durante el sueño y le dieron nuevas fuerzas.

De repente se despertó sobresaltado.

¿No era Falina la que le llamaba?

Bambi miró a su alrededor. Aún recordaba cómo Falina se había quedado muy cerca de él, mordisqueando las hojas del espino, mientras él se echaba. Bambi creyó que se quedaría a su lado, pero se había ido. Y probablemente ya se habría cansado de estar sola y ahora le llamaba para que fuera a buscarla.

Mientras Bambi escuchaba, pensó en cuánto tiempo habría dormido y cuántas veces le habría llamado Falina. No conseguía averiguarlo. Los vuelos del sueño aún le nublaban el pensamiento.

De nuevo volvió a llamarle. Bambi giró de repente hacia el lado del que provenía el sonido. Otra vez se oyó. De pronto Bambi se despejó por completo. Se sentía admirablemente fresco, descansado y fortalecido, y le entró un hambre colosal.

Otra vez se oyó una vocecita tierna, anhelante y delicada como el trino de un



pájaro:

—Ven..., ven...

Sí, era su voz. Era Falina. Bambi se precipitó en su búsqueda con tal ímpetu, que restallaron las hojas secas de las matas por las que salió y crujieron las hojas verdes, calentadas por el sol.

Pero en mitad del salto tuvo que detenerse y echarse a un lado, pues allí estaba el viejo cerrándole el paso.

En Bambi sólo bullía el amor. Ahora el viejo le era indiferente. Ya se lo encontraría otro día, en otra ocasión. Ahora no tenía tiempo para los ancianos, por muy vulnerables que fueran. Ahora sólo pensaba en Falina. De manera que le saludó distraídamente y trató de pasar de largo corriendo.

—¿A dónde vas? —le preguntó el viejo con gravedad.

Bambi se avergonzó un poco. Buscó una disculpa, pero reflexionó y le contestó sinceramente:

—A buscarla.

—No vayas —dijo el viejo.

Durante un segundo Bambi sintió un chispazo de ira, tan sólo uno. ¿Cómo podía el viejo exigirle que no fuera donde Falina? Bambi pensó: «Echaré a correr sin más.» Y miró fugazmente al viejo. Pero le retuvo la mirada profunda de aquellos ojos oscuros. Temblaba de impaciencia, pero no echó a correr.

—Me está llamando... —dijo a modo de explicación.

Por el tono en que lo dijo se reconocía con claridad lo que le estaba pidiendo: que no le entretuviera.

—No —dijo el viejo—. No te está llamando.



De nuevo sonó una vocecita similar al trino de un pájaro:

—Ven.

—¡Ahora otra vez! —gritó Bambi excitado—. ¿Lo oye?

—Sí, lo oigo —asintió el viejo.

—Bueno, adiós —se apresuró a decir Bambi.

Pero el viejo le ordenó:

—¡Quédate aquí!

—¿Qué es lo que quiere? —gritó Bambi fuera de sí—. ¡Déjeme ir! No tengo tiempo. Se lo ruego. Falina me llama; tiene usted que comprenderlo.

—Yo te digo —dijo el viejo— que no es ella.

Bambi estaba desesperado:

—Pero... reconozco perfectamente su voz.

—Escúchame —continuó el viejo.

De nuevo se oyó la voz.

A Bambi el suelo le quemaba los pies.

—Más tarde. Luego volveré —imploró.

—No —dijo el viejo con tristeza—. Ya no volverás nunca más.

Otra vez se oyó la llamada.

—¡Tengo que ir! ¡Tengo que ir! —dijo Bambi a punto de perder la calma.

—Está bien —dijo el viejo en tono imperioso—. Entonces iremos juntos.

—¡Pero aprisa! —gritó Bambi, y dio un salto.

—¡No, despacio! —le ordenó el viejo con una voz que Bambi se vio obligado a obedecerle—. Quédate detrás de mí. Vayamos paso a paso.

El viejo se puso en movimiento. Bambi le siguió con impaciencia y jadeante.

—Escúchame —dijo el viejo sin detenerse—. Llame las veces que llame, no te muevas de mi lado. Si es Falina, aún llegaremos a tiempo. Pero no es Falina. No te dejes arrebatar. Ahora todo depende de si te fías de mí o no.

Bambi no se atrevió a contradecirle y se rindió en silencio.

El viejo avanzaba lentamente. Bambi le seguía. ¡Oh, cómo andaba el viejo! Sus pies no hacían el menor ruido. A su paso no se movía ni una hoja. Ni una rama crujía. Y eso que el viejo se deslizaba por apretadas matas, caminaba entre viejísimos arbustos enmarañados. Bambi no tenía más remedio que admirarle, a pesar de su febril impaciencia. Nunca había imaginado que se pudiera andar así.

Se oyó la llamada varias veces.

El viejo se detuvo, escuchó y asintió con la cabeza.

Bambi, atormentado por la premura, permaneció ansioso a su lado.

El viejo se detenía a veces sin que nadie hubiera llamado. Erguía la cabeza, escuchaba y asentía. Bambi no oía nada. El viejo se desvió de la dirección de donde provenía la llamada. Bambi estaba furioso.

La llamada seguía oyéndose.

Por fin, se fueron acercando más y más.

El viejo susurró:

—Veas lo que veas, no te muevas. ¿Me oyes? Fíjate en todo lo que yo haga y haz exactamente lo mismo. Ten cuidado y no pierdas la serenidad.

Nada más dar unos pasos, se les llenó de pronto la nariz de aquel olor penetrante y perturbador que tan bien conocía Bambi. Le vinieron tantas ráfagas del olor, que estuvo a punto de gritar. Se quedó quieto, como si estuviera clavado. Inmediatamente comenzó a latirle el corazón a la altura del cuello.

El viejo se detuvo tranquilo junto a él y le indicó la dirección con los ojos: allí.

¡Allí estaba «él»!

«El» estaba muy cerca, apoyado en el tronco de un roble, tapado por unos avellanos y llamando dulcemente:

—Ven, ven.

Sólo se le veía la espalda. Su cara únicamente podía verse cuando giraba un poco la cabeza.

Bambi estaba tan confuso, tan trastornado, que sólo poco a poco fue comprendiendo de qué se trataba: «él» estaba allí. Era «él» el que imitaba la meliflua voz de Falina: «Ven, ven.»

Un tercer frío recorrió todo el cuerpo de Bambi. La idea de huir se instaló en su corazón y tiraba violentamente de él.

—¡Quietos! —le susurró el viejo en tono imperioso, como queriendo evitar un arrebato de terror.

Bambi se dominó haciendo un gran esfuerzo.

El viejo le miró, al principio un poco burlonamente, según le pareció a Bambi, a pesar del estado en que se encontraba. Pero luego volvió a mirarle con seriedad y bondadosamente.

Bambi atisbo con ojos parpadeantes hacia donde estaba «él»; notó que no podría soportar más tiempo su terrible proximidad.

El viejo pareció haber adivinado su pensamiento, ya que le susurró:

—Vámonos —y se volvió para marcharse.

Sigilosamente se alejaron de allí. El viejo iba por caprichosos caminos en zig-zag, cuya finalidad Bambi no comprendía. Siguió sus lentos pasos haciendo todavía esfuerzos por dominar la impaciencia. Si antes le había arrastrado hacia allá el ansia de ver a Falina, ahora era el instinto de huida lo que recorría sus venas.

Sin embargo, el viejo seguía caminando lentamente, se paraba, escuchaba, elegía otros caminos en zig-zag, volvía a detenerse y seguía andando despacio, muy despacio.

Ya tenían que estar muy lejos del horrible lugar.

«Cuando se detenga, se podrá volver a hablar; entonces le daré las gracias», pensó Bambi.

Vio cómo el viejo desaparecía, delante de él, por una tupida maleza de alheñas. Al deslizarse por ellas no se movió ni una hoja, no se quebró ni una ramita.

Bambi le siguió y se esforzó por pasar tan silenciosamente como él, por evitar con la misma habilidad cualquier ruido. Pero no lo consiguió. Las hojas crujían levemente, las ramas se doblaban al contacto con sus flancos y luego volvían a estirarse con un fuerte silbido, y las ramas secas, al rozarle el pecho, se partían con un breve y agudo chasquido.

«Me ha salvado la vida —siguió pensando Bambi—. ¿Qué le puedo decir?»

Pero ya no se veía al viejo. Bambi salió muy despacio de los arbustos y se encontró ante un mar de varas de oro floridas. Alzó la cabeza y miró a su alrededor. Hasta donde le alcanzaba la vista, no se movía ni un tallo. Estaba solo.

Libre de toda coacción, al momento le arrastró el impulso de huir.

Bajo sus grandes saltos las varas de oro se partían como cortadas por una guadaña.

Después de vagar mucho tiempo de un lado a otro, encontró a Falina. Estaba sin respiración, cansado, feliz y profundamente emocionado.

—Te ruego, querida mía —dijo—, que no me llames cuando estemos separados. No me llames nunca más. Nos buscaremos hasta encontrarnos. Pero te pido que no me llames, ya que no puedo resistirme a tu voz.





[15]

Unos días más tarde, iban los dos juntos caminando despreocupadamente por el joven y apretado bosque de robles situado al otro lado del prado. Querían atravesar el prado y tomar su viejo camino pasando por el roble alto. Cuando la vegetación se fue haciendo menos tupida, se detuvieron y atisbaron la pradera. Allá, junto al roble, se movía algo rojizo.

—¿Quién será? —susurró Bambi.

—Probablemente Rono o Karus —dijo Falina.

Bambi lo puso en duda:

—No creo que se atrevan a acercarse a mí —Bambi miró con más atención

—. No —decidió—, no es ni Karus ni Rono. Es un desconocido.

Falina, asombrada y llena de curiosidad, le dio la razón.

—Es verdad, es un desconocido. Ahora yo también lo veo muy bien.

Se pusieron a observarle.

—¡Con cuánta desenvoltura se comporta! —exclamó Falina.

—Es un tonto —dijo Bambi—. Un verdadero tonto. Se comporta como una criatura pequeña, como si no hubiera el menor peligro.

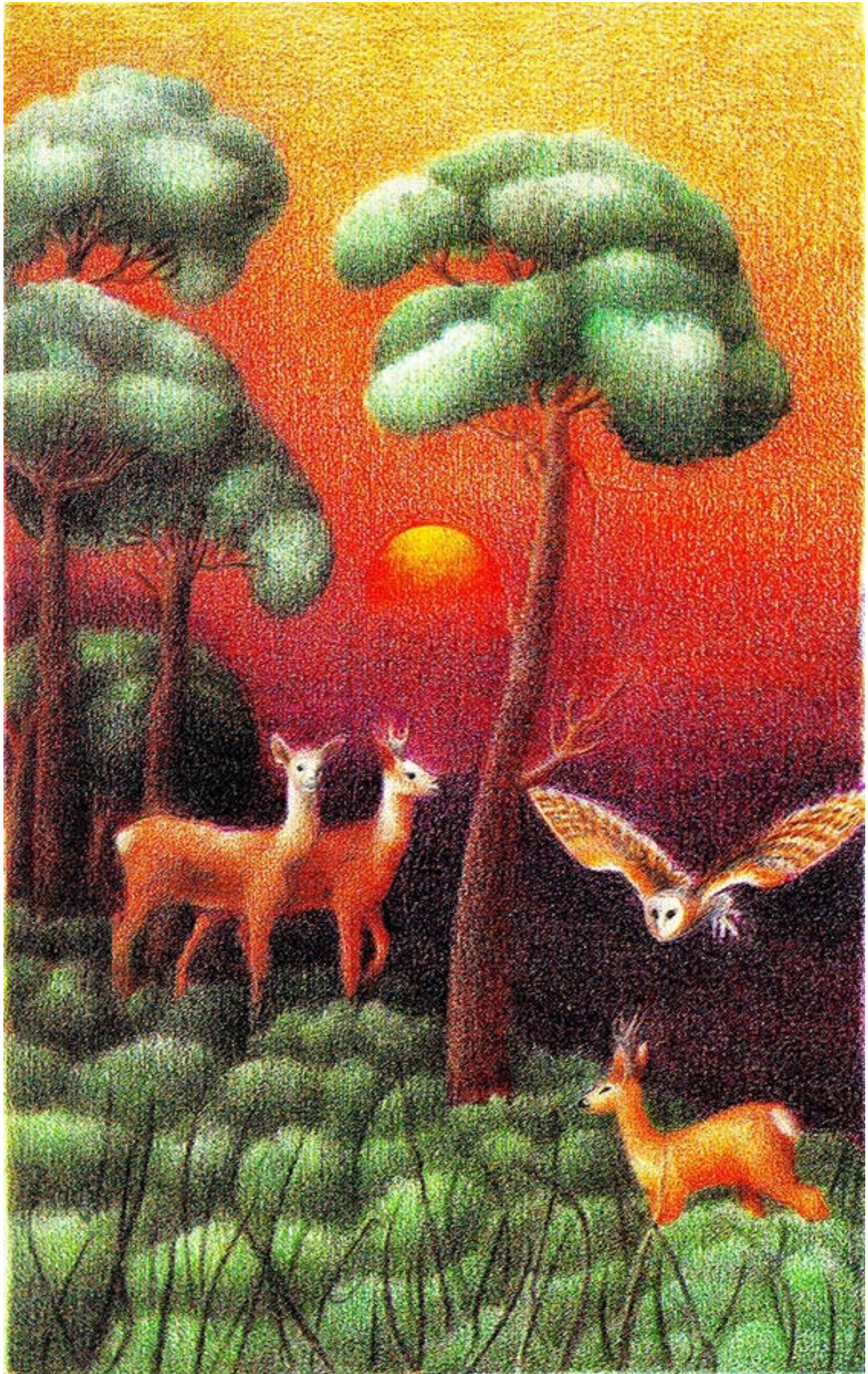
—Acerquémonos —propuso Falina, que sentía muchísima curiosidad.

—Está bien —contestó Bambi—. Tengo que observar a ese tipo de cerca.

Dieron unos cuantos pasos y Falina se quedó parada:

—Pero... si se pone a pelear contigo... Ten en cuenta que es fuerte.





—Bah —dijo Bambi inclinando la cabeza a un lado gesto despectivo—. Mira las astas tan pequeñas que tiene. ¿Crees que le puedo tener miedo? Ese tipo es gordo y grasiento, pero no creo que sea fuerte. Venga, vamos.

Avanzaron.

El otro estaba ocupado en mordisquear tallos de hierba y sólo se dio cuenta de su presencia cuando ya habían recorrido un buen trecho de pradera. En seguida salió corriendo a su encuentro. Se puso a dar saltos alegres y juguetones; daba una impresión muy infantil. Bambi y Falina, desconcertados, se quedaron quietos esperándole. Cuando estaba a unos pasos de distancia, se detuvo también él.

Al cabo de un rato les preguntó:

—¿No me reconocéis?

Bambi agachó la cabeza, dispuesto para el combate.

—¿Nos conoces tú a nosotros...? —replicó.

El otro le cortó la palabra:

—¡Pero, Bambi! —exclamó en tono de reproche, aunque con familiaridad.

Bambi se sorprendió al oír que lo llamaba por su nombre. El recuerdo de aquella voz hizo que le diera un vuelco el corazón, pero ya Falina había pegado un salto hacia el extraño.

—¡Gobo! —gritó, y se quedó muda, inmóvil, sin respiración.

—Falina —dijo Gobo en voz baja—. Falina, hermana mía, me has reconocido.

Se acercó a ella y la besó en el hocico. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

También Falina lloraba y no podía hablar.

—Vaya, Gobo... —comenzó a decir Bambi.

Le temblaba la voz. Estaba muy emocionado, profundamente conmovido y asombrado a la vez.

—Vaya, Gobo... ¿No estás muerto?

Gobo se echó a reír.

—Pues ya ves. Creo que se me nota que no estoy muerto, ¿no?

—Pero... aquel día... en la nieve... —insistió Bambi.

—¿Aquel día? —dijo Gobo ufanándose un poco—. Aquel día me salvó «él».

—¿Y dónde has estado todo este tiempo? —le preguntó Falina perpleja.

Gobo contestó:

—Con «él». Todo el rato he estado con «él».

Luego se calló, miró a Falina y a Bambi, y se regodeó con su desconcierto. Después añadió:

—Sí, queridos míos, he vivido muchas cosas, más que todos vosotros juntos en vuestro bosque.

Sonaba un poco fanfarrón, pero aún estaban tan confusos por la enorme sorpresa que no lo notaron.

—Cuenta, cuenta —dijo Falina fuera de sí.

—¡Oh! —dijo Gobo con satisfacción—. Podría estar contando días y días y no

terminaría nunca.

Bambi le dijo impaciente:

—Venga, cuenta.

Gobo se dirigió a Falina y se puso serio:

—¿Vive todavía mamá? —preguntó vacilante y en voz baja.

—¡Sí! —exclamó Falina con regocijo—. Aún vive, pero hace mucho que no la veo.

—Quiero ir a verla ahora mismo —dijo Gobo—. ¿Venís conmigo?

Los tres se pusieron en marcha.

En todo el camino no hablaron ni una palabra. Bambi y Falina se daban cuenta del deseo y de la impaciencia que sentía Gobo por ver a su madre; por eso permanecieron en silencio. Gobo avanzaba deprisa y callado. Los otros le dejaban hacer lo que quisiera.

Sólo a veces, cuando, ciego como iba, pasaba de largo un cruce de caminos y seguía recto, o cuando de pronto le entraban las prisas y tomaba otra dirección, le decían en voz muy baja: «por allí», o bien: «no, ahora es por aquí».

Unas cuantas veces tuvieron que atravesar grandes claros. Les llamó la atención que Gobo nunca se quedaba parado en la linde del bosque, nunca miraba a su alrededor ni un solo momento para cerciorarse antes de salir a descubierto, sino que simplemente salía corriendo sin la menor precaución. Bambi y Falina cambiaban miradas de estupor cada vez que ocurría eso. Pero no decían ni una palabra y le seguían demorándose un poco.

Caminaron mucho tiempo de un lado a otro, buscando por todas partes.

De repente, Gobo reconoció los caminos de su infancia. Estaba emocionado; no se daba cuenta de que eran Bambi y Falina quienes le habían guiado. Mirándolos, les dijo:

—¿Qué os parece lo bien que he encontrado el camino?

No dijeron nada; únicamente cambiaron una mirada.

Poco después llegaron a un pequeño escondrijo rodeado de hojas.

—¡Mira! —dijo Falina, y se deslizó hacia dentro.

Gobo la siguió y se detuvo. Era el escondrijo en el que habían venido los dos al mundo y donde habían vivido de pequeños con su madre. Gobo y Falina se miraron de cerca a los ojos. No dijeron una sola palabra. Falina besó tiernamente a su hermano en el hocico. Luego siguieron corriendo.

Anduvieron más o menos una hora de acá para allá. El sol se filtraba cada vez más por las ramas y el bosque iba sumiéndose en un silencio cada vez mayor. Era la hora de tumbarse a descansar. Pero Gobo no se sentía cansado. Seguía avanzando presuroso, jadeaba de impaciencia y nerviosismo, y miraba desorientado a su alrededor. Se estremecía cada vez que le pasaba velozmente una comadreja por entre los pies. Todo el rato estaba a punto de pisar a los faisanes, pegados al suelo, y cuando éstos alzaban el vuelo con gran murmullo de alas y regañándole, se asustaba

terriblemente. Bambi se asombraba de la manera extraña y ciega que tenía Gobo de caminar.

Gobo se detuvo y se volvió a los dos:

—No la encuentro —balbuceó desesperado.

Falina le tranquilizó:

—En seguida —dijo conmovida—; en seguida, Gobo.

Gobo tenía otra vez la expresión de desaliento que tan bien conocía ella.

—¿Quieres que la llamemos? —dijo Falina sonriente—. ¿Quieres que llamemos como cuando éramos pequeños?

Bambi siguió andando. A los pocos pasos vio a la tía Ena. Ya se había echado a descansar a la sombra de un avellano.

«¡Por fin!», se dijo para sus adentros.

En ese mismo momento aparecieron Gobo y Falina. Los tres se quedaron mirando a Ena, que había levantado un poco la cabeza y los miraba somnolienta.

Gobo dio unos cuantos pasos inseguros y dijo en voz baja:

—Mamá.

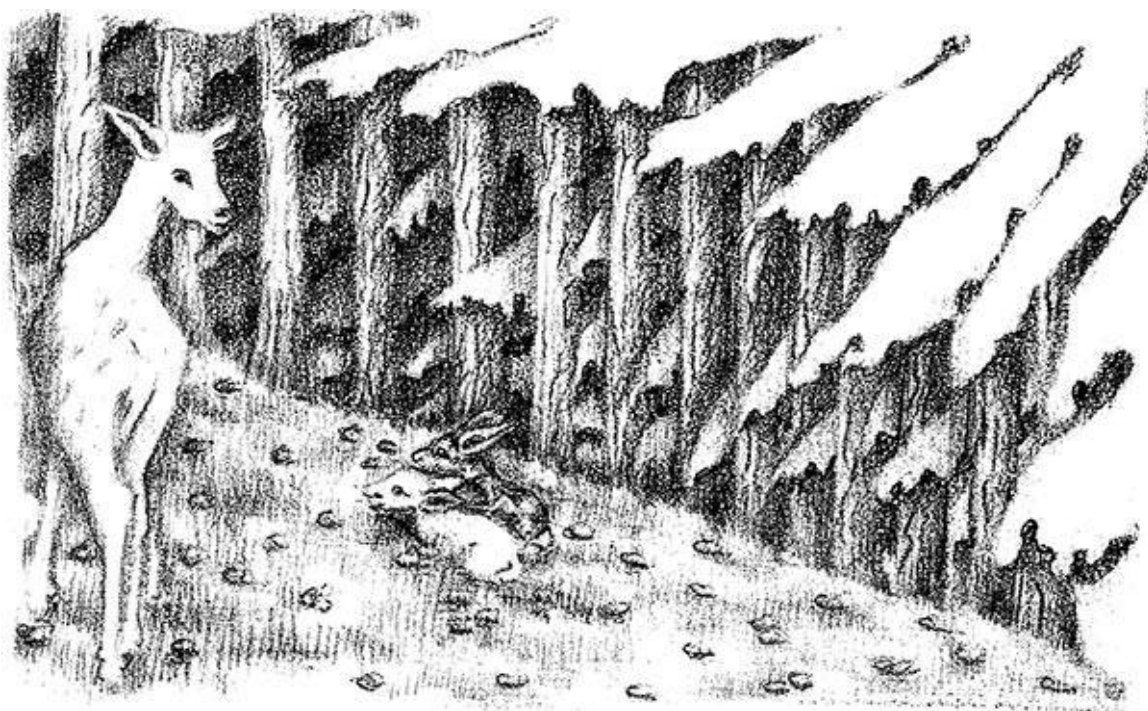
Ella se levantó como si la hubiera despertado un trueno y se quedó inmóvil, clavada en el suelo. Gobo dio un salto hacia ella.

—Mamá... —comenzó de nuevo, y quería hablar, pero no le salía ni una palabra.

La madre le miró de cerca a los ojos. Pronto desapareció su rigidez; temblaba tanto que se le estremecían los hombros y el lomo.

No preguntó nada, no pidió ninguna explicación, no exigió que le contara nada. Lentamente fue besando a Gobo en el hocico, en las mejillas, en el cuello; no cesaba de lavarle con sus besos, igual que hiciera en otro tiempo, cuando lo trajo al mundo.

Bambi y Falina se alejaron.





[16]

Estaban todos reunidos en mitad del bosque, en un pequeño claro. Gobo contaba cosas.

También la amiga liebre estaba allí. Levantaba las orejas llena de asombro, escuchaba con atención y las bajaba otra vez rendida ante lo que oía, para volverlas a levantar inmediatamente.

La urraca estaba acurrucada en la rama más baja de una joven haya y escuchaba estupefacta. El grajo se había posado en el fresno de enfrente; estaba inquieto y de vez en cuando lanzaba un grito de asombro.

También se habían presentado unos cuantos faisanes conocidos con sus mujeres y sus hijos; estiraban el cuello maravillados mientras escuchaban, los volvían a encoger, giraban la cabeza a un lado y a otro y permanecían sin habla.

La ardilla se había acercado de un salto y su comportamiento era muy alterado. Tan pronto se deslizaba hasta el suelo, como trepaba por uno u otro árbol, o se apoyaba en su enarbolada cola mostrando su pecho blanco. Todo el rato quería interrumpir a Gobo, quería decir algo, pero cada vez que lo intentaba, todos la mandaban callar severamente.

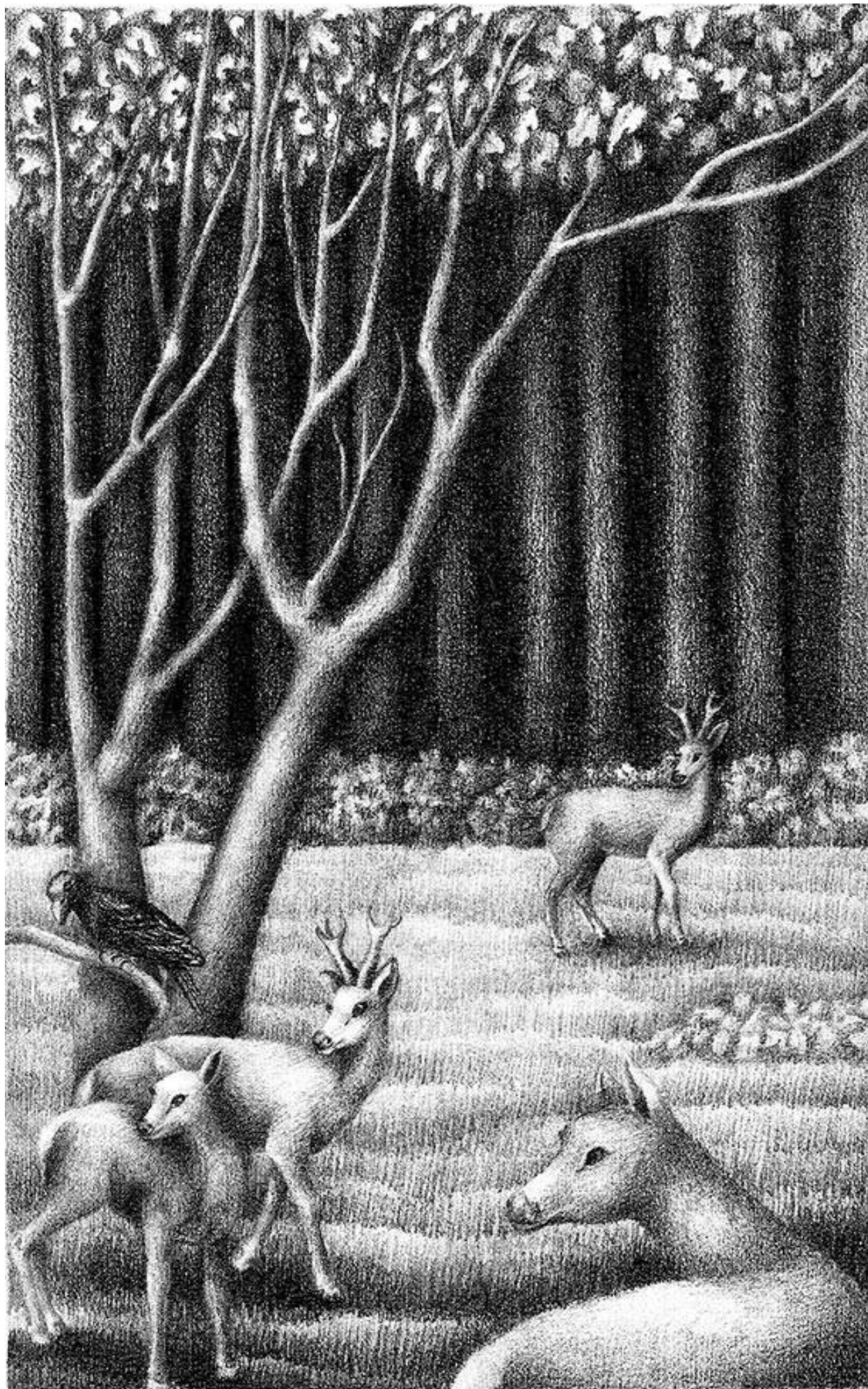
Gobo contaba cómo había estado tumbado en la nieve esperando la muerte.

—Me encontraron los perros —dijo—. Los perros son terribles. Son lo más terrible que hay en el mundo. Tienen las fauces llenas de sangre y su voz es colérica y despiadada.

Miró en círculo a su alrededor y continuó:

—Pues bien, desde entonces he jugado con ellos como con cualquiera de los míos —se le veía orgulloso—. Ya no me dan ningún miedo, pues ahora soy muy amigo de ellos. De todas formas, cuando se ponen rabiosos, me zumba la cabeza y se me paraliza el corazón. Sin embargo, no siempre lo hacen porque estén enfadados y, además, como acabo de decirlos, yo soy amigo suyo. Pero su voz tiene una fuerza terrible.





Se calló.

—¡Sigue! —le apremió Falina.

Gobo la miró.

—En fin, aquel día estuvieron a punto de despedazarme, pero en esto llegó «él».

Gobo hizo una pausa. Los otros apenas respiraban.

—Sí —dijo Gobo—, entonces llegó «él». Llamó a los perros y se callaron inmediatamente. Los volvió a llamar y se le tumbaron inmóviles a sus pies. Luego me levantó del suelo. Yo chillé. Pero «él» me acarició. Me sostuvo apretándome cariñosamente contra su cuerpo. No me hizo ningún daño. Y luego me llevó consigo.

Falina le interrumpió:

—¿Qué es eso de «llevar»?

Gobo comenzó a explicárselo con todo detalle y dándose importancia.

—Es muy sencillo, Falina —le interrumpió Bambi—. Fíjate en lo que hace la ardilla cuando sostiene una nuez y se la lleva.

La ardilla quería hablar de una vez:

—Un primo mío... —comenzó entusiasmada.

Pero en seguida dijeron los demás:

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Que siga contando Gobo!

La ardilla tuvo que callarse. Estaba desesperada. Se apretó su blanco pecho con las patas delanteras y se dispuso a conversar con la urraca:

—Pues un primo mío...

Pero la urraca le volvió la espalda sin más.

Gobo contaba verdaderas maravillas:

—Fuera hace frío y se oyen los silbidos de la tormenta. En cambio, dentro, donde «él» vive, no sopla el viento y hace tanto calor como en verano.

—¡Aajj! —graznó el grajo.

—Fuera llueve a cántaros, pero dentro no cae ni una gota y uno permanece seco.

Los faisanes contraían convulsivamente el cuello y giraban la cabeza.

—Fuera todo está cubierto por una capa alta de nieve, pero dentro tenía calor; me sentía muy calentito, y «él» me daba heno, castañas, patatas, nabos y todo lo que quisiera para comer.

—¿Heno? —preguntaron todos a la vez perplejos, incrédulos y alborotados.

—Sí, heno fresco y fragante —repitió Gobo pacientemente, mirando victorioso a su alrededor.

La ardilla intervino:

—Un primo mío...

—¡Cállate! —le dijeron los otros.

Y Falina preguntó a Gobo en tono arrebatado:

—¿De dónde saca «él» el heno y todo lo demás en invierno?

—Lo cultiva —respondió Gobo—. Cultiva lo que quiere y así lo tiene en el momento que quiere.

Falina siguió preguntándole:

—Gobo, ¿no te daba todo el rato miedo estar allí con «él»?

Gobo sonrió con aires de superioridad.

—No, querida Falina. Para entonces ya no. Yo sabía que no quería hacerme daño. ¿Por qué iba a tener miedo? Todos vosotros creéis que «él» es malo, pero no lo es. Cuando «él» quiere a alguien o cuando se le sirve, es bueno. Muy bueno. Nadie en el mundo puede ser tan bueno como «él».

De repente, mientras estaba hablando Gobo, el viejo príncipe salió silenciosamente de entre los arbustos.

Gobo no se dio cuenta y siguió hablando. Pero todos los demás vieron al viejo y contuvieron la respiración por el profundo respeto que les inspiraba.

El viejo se quedó quieto observando a Gobo con una mirada seria y profunda.

Gobo dijo:

—No sólo me quería «él», sino también sus hijos, su mujer y todos. Me acariciaban, me daban de comer, jugaban conmigo...

Se interrumpió. Había visto al viejo.

Se hizo un silencio.

Entonces el viejo le preguntó con su voz serena y autoritaria:

—¿Qué es esa raya que tienes en el cuello?

Todos le miraron y se percataron por primera vez de que Gobo tenía en el cuello una raya formada por pelos aplastados y rozados.

Gobo respondió inseguro:

—¿Esta? Es del collar que he llevado. Es el collar de «él»... y es un honor muy grande llevar su collar. Es...

Estaba confuso y tartamudeaba.

Todos guardaron silencio. El viejo miró largamente a Gobo con una mirada triste y penetrante.

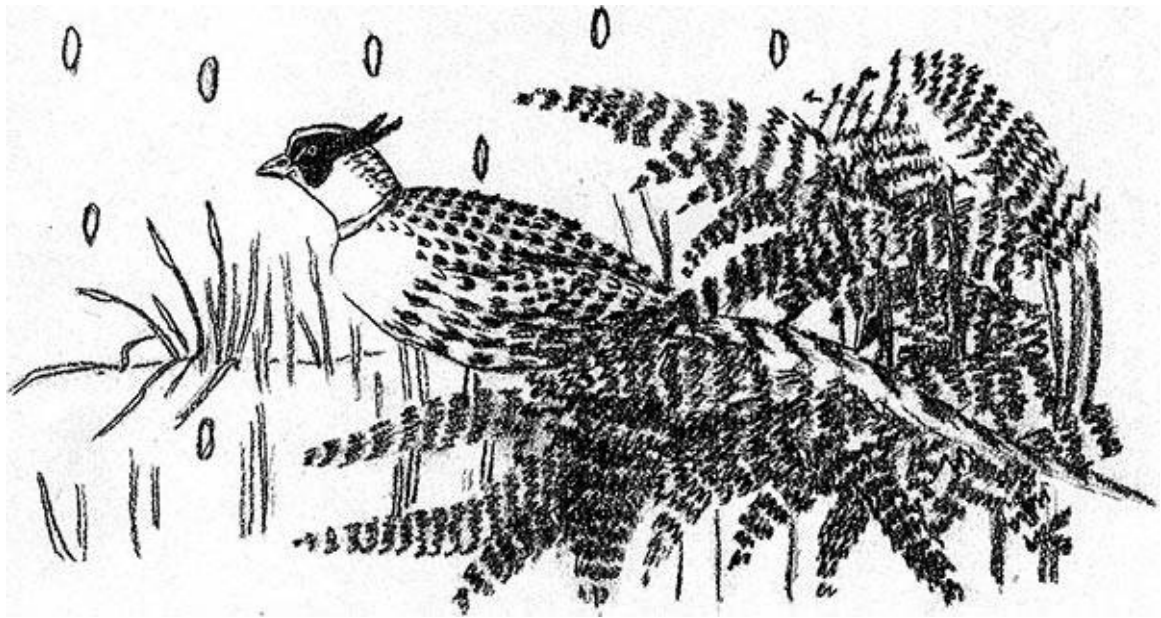
—Pobre desgraciado —dijo en voz baja, se dio la vuelta y se fue.

La ardilla aprovechó el silencio y la confusión ahora reinantes para ponerse a charlar:

—Pues un primo mío también estuvo con «él»; lo capturó y lo encerró durante mucho tiempo, hasta que un día mi primo...

Pero nadie escuchaba a la ardilla.

Se fueron retirando cada uno por su lado.





[17]

Un día volvió Marena.

Por aquel entonces, cuando desapareció Gobo, ya era casi una adulta, pero desde entonces no se la había visto casi nunca, pues siempre vivía apartada y recorría caminos solitarios.

Se conservaba delgada y tenía un aspecto muy juvenil. Era seria y silenciosa, y superaba a todos en dulzura. Por la ardilla, el grajo, la urraca, el tordo y el faisán se había enterado de que Gobo había vuelto a casa y de que contaba cosas asombrosas. De manera que se presentó para verle. La madre de Gobo estaba muy orgullosa y feliz con la visita. La madre de Gobo se sentía en general muy orgullosa de su suerte. Se alegraba de que todo el bosque hablara de su hijo, saboreaba su fama y exigía que todos reconocieran que su Gobo era el más listo, el mejor y el más dotado.

—¿Qué te parece, Marena? —dijo—. ¿Qué te parece Gobo?

No esperó la respuesta, sino que siguió diciendo:

—¿Recuerdas aún cómo Netla decía que no valía gran cosa porque temblaba un poco cuando hacía frío? ¿Recuerdas cómo me profetizó que no me daría muchas alegrías?

—La verdad es que Gobo le daba bastantes preocupaciones —respondió Marena.

—¡Pero eso ya pasó! —exclamó la madre extrañada de que alguien se acordara aún de esas cosas—. ¡Ay, qué pena me da la pobre Netla! Qué lástima que ya no viva y no pueda ver en lo que se ha convertido mi Gobo.

—Sí, pobre Netla —dijo Marena dulcemente—. Qué lástima me da.

A Gobo le gustaba oír cómo le elogiaba su madre. Sencillamente le agradaba. Se ponía a su lado y al oír esos elogios se sentía tan a gusto como bajo los cálidos rayos del sol.

Su madre dijo a Marena:

—Hasta el viejo príncipe ha venido a ver a Gobo —y lo decía susurrando, en un tono misterioso y ceremonioso—. Nunca se había dejado ver entre nosotros, pero a Gobo vino a verle.

—¿Por qué me llamó «pobre desgraciado»? —se le ocurrió preguntar a



Gobo disgustado—. Me gustaría saber en qué sentido lo dijo.

—Déjalo —le consoló la madre—. Es que es viejo y un poco raro.

Pero Gobo se desahogó por fin:

—En todos estos días no se me quita de la cabeza. «Pobre desgraciado.» ¡Yo no soy nada desgraciado! ¡Soy muy feliz! He visto y he vivido más cosas que todos los demás. Sé más cosas del mundo y conozco la vida mejor que cualquiera de los del bosque. ¿Tú qué opinas, Marena?

—Sí —dijo—, eso nadie puede negarlo.

Desde aquel día Marena y Gobo empezaron a ir siempre juntos.





[18]

Bambi buscaba al viejo. Noches y noches estuvo vagando de un lado a otro. Caminaba a la hora de la salida del sol y con el alba por caminos no allanados, y sin Falina.

A veces todavía experimentaba impulsos de ir a ver a Falina. Unas veces se sentía con ella tan a gusto como antes, le gustaba ir con ella de un lado a otro, oír su conversación o comer con ella en el prado o en la linde de los bosques. Pero eso ya no le bastaba.

Antes, estando con Falina, rara vez pensaba en sus encuentros con el viejo. Pero ahora le buscaba, sentía un deseo urgente e inexplicable de verle y sólo se acordaba de Falina de vez en cuando. A ella podía verla siempre que quisiera. En cambio, le atraía bien poco estar con Gobo y con la tía Ena. Siempre que podía, lo evitaba.

Aún resonaban en sus oídos las palabras que había dicho el viejo refiriéndose a Gobo. Le impresionaron mucho. Desde el primer día de su regreso, Gobo le había producido una extraña sensación. Bambi no sabía bien por qué, pero desde un principio la contemplación de Gobo le resultó penosa. Bambi se avergonzaba de Gobo sin saber por qué, y tenía miedo por él sin saber por qué. Ahora, cuando estaba con el ingenuo, presumido, satisfecho y arrogante Gobo, le venía todo el rato a la memoria aquello de «pobre desgraciado»; no se lo podía quitar de la cabeza.

Una oscura noche en que Bambi volvió a complacer al autillo, una vez más, asegurándole que se había asustado muchísimo, se le ocurrió preguntarle de repente:

—¿Sabe usted por casualidad dónde puede estar ahora el viejo príncipe?

El autillo le contestó con un arrullo que no tenía ni la más remota idea. Pero Bambi se dio cuenta de que no quería hablar.

—No lo creo —dijo Bambi—. Usted es muy listo; sabe todo lo que pasa en el bosque. Seguro que también sabe dónde se ha metido el viejo.

El autillo, que tenía las plumas ahuecadas, las pegó contra el cuerpo y se quedó muy estrechito.

—Claro que lo sé —dijo con un arrullo más suave aún—, pero no debo



decirlo; no, no debo decirlo.

Bambi comenzó a rogarle:

—No le delataré. ¿Cómo iba a hacerlo con el respeto que le tengo?

El autillo se convirtió otra vez en una hermosa bolita blanda de color gris castaño, giró un poco sus grandes ojos inteligentes, como siempre que se sentía bien, y preguntó:

—Vaya, vaya, así es que me tiene respeto, ¿y por qué?

Bambi no vaciló en la respuesta.

—Por lo sabio que es usted —dijo con toda franqueza—, y al mismo tiempo, alegre y simpático. Y por ser capaz de asustar a los demás. Hace falta ser muy listo para asustar a los demás; sí, muy listo. ¡Ojalá supiera hacerlo yo también! Me resultaría de una gran utilidad.

El autillo metió el pico entre las plumas del pecho; se sentía feliz.

—En fin —dijo—, yo sé que el viejo siente simpatía por usted...

—¿De veras lo cree? —le interrumpió Bambi, y su corazón empezó a latir de alegría.

—Sí, estoy seguro de que le tiene simpatía —respondió el autillo—. Por eso creo que puedo atreverme a decirle dónde está ahora.

Pegó las plumas al cuerpo y se quedó otra vez muy delgado.

—¿Conoce la profunda hondonada donde están los sauces?

—Sí —asintió Bambi.

—¿Conoce el bosquecillo de robles que hay al otro lado?

—No —confesó Bambi—, nunca he estado en el otro lado.

—Pues présteme atención —susurró el autillo—. Al otro lado hay un bosquecillo de robles. Tiene que atravesarlo. Luego vienen unos arbustos, muchos arbustos, avellanos, álamos blancos, espinos y aligustres. En mitad de todo hay una haya partida por el viento. Búsquela bien, pues desde ahí abajo, desde el suelo, no se verá tan fácilmente como desde arriba, desde el aire. Allí vive el viejo. Debajo del tronco. Pero... no me delate.

—¿Debajo del tronco?

—Sí —dijo el autillo riendo—. El tronco está hueco y cubre una parte de tierra hundida, que es donde vive él.

—Gracias —dijo Bambi efusivamente—. No sé si lo encontraré, pero le doy mil gracias.

Y salió corriendo.

El autillo voló tras él sin hacer ruido y se puso a ulular muy cerca de él.

—¡Uj! ¡Uij!

Bambi se estremeció.

—¿Se ha asustado? —preguntó el autillo.

—Sí —balbuceó Bambi, y esta vez decía la verdad.

El autillo arrulló muy satisfecho y dijo:

—Sólo quería recordarle de nuevo que no me delate.

—Claro que no —le aseguró Bambi, y se fue corriendo.

Cuando llegó a la hondonada, surgió ante él el viejo entre las profundidades de la noche; lo hizo de forma tan silenciosa y repentina que Bambi volvió a estremecerse asustado.

—Ya no estoy donde me buscas —dijo el viejo.

Bambi permaneció en silencio.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó el viejo.

—Nada —tartamudeó Bambi—, ¡oh, nada, perdóneme!

Al cabo de un rato dijo el viejo con voz dulce:

—No es hoy el primer día que me buscas.

Luego esperó. Pero Bambi permanecía silencioso. De modo que continuó diciendo:

—Ayer pasaste dos veces muy cerca de mí y hoy por la mañana otras dos.

—¿Por qué...? —dijo Bambi armándose de valor—. ¿Por qué le dijo eso a Gobo?

—¿Crees que no tengo razón?

—No —dijo Bambi—, al contrario. Yo siento que es verdad.

El viejo asintió de forma apenas perceptible y sus ojos miraron a Bambi con más bondad que nunca.

Bambi dijo mirando esos ojos:

—Pero... ¿por qué? No lo entiendo.

—Es suficiente con que lo sientas. Ya lo entenderás más adelante. Adiós.





[19]

Todos notaron en seguida que Gobo tenía una costumbre extraña y peligrosa. Dormía por la noche, cuando los demás estaban despiertos yendo de un lado a otro. En cambio, durante el día, cuando los demás buscaban sus escondrijos para dormir, él estaba despierto e iba a pasear. Además salía de la espesura cuando quería, sin vacilación alguna, y se quedaba tan tranquilo en mitad del prado, a plena luz del sol.

Bambi no pudo aguantar más tiempo sin decirle nada:

—¿No piensas nunca en el peligro? —le preguntó.

—No —respondió simplemente Gobo—. Para mí no existe.

—Olvidas, mi querido Bambi —se inmiscuyó la madre de Gobo—, que «él» es su amigo. Gobo se puede permitir más cosas que tú o que todos nosotros.

Estaba muy orgullosa. Bambi no dijo nada más. Un día le dijo Gobo:

—¿Sabes una cosa? A veces se me hace raro comer aquí así, cuando quiero y donde quiero.

Bambi no le entendía.

—¿Por qué va a ser raro? Es lo que hacemos todos nosotros.

—¡Claro, vosotros! —dijo Gobo con aires de superioridad—. Pero mi caso es algo distinto. Yo estoy acostumbrado a que me traigan la comida y a que me avisen cuando está lista.

Bambi miró a Gobo con compasión. Luego miró a la tía Ena, a Falina y a Marena, pero ellas sonreían y admiraban a Gobo.

—Creo —comenzó a decir Falina— que te resultará difícil acostumbrarte al invierno, Gobo. Aquí en invierno no tenemos heno ni nabos ni patatas.

—Es verdad —respondió Gobo pensativo—. No había pensado en eso. Ni siquiera puedo imaginarme cómo será. Tiene que ser horrible.

Bambi dijo en tono sereno:

—Horrible no. Sólo difícil.

—En fin —dijo Gobo con gesto altivo—, si me resulta demasiado difícil, no tengo más que volver con «él». ¿Por qué habría de pasar hambre? No veo la necesidad.

Bambi se dio la vuelta sin decir palabra y se marchó.



Cuando Gobo se quedó de nuevo a solas con Marena, empezó a hablar de Bambi.

—Bambi no me entiende —dijo—. Cree que sigo siendo el pequeño y tonto Gobo que fui en otro tiempo. Aún no se resigna a verme convertido en algo excepcional. ¡El peligro! ¿A qué viene hablarme del peligro? Seguro que lo dice por mi bien, pero el peligro es algo para él y para sus semejantes, no para mí.

Marena le dio la razón. Le amaba, y Gobo amaba a Marena, y los dos eran muy felices.

—¿Lo ves? —dijo Gobo—. Nadie me entiende tan bien como tú. La verdad es que no me puedo quejar. Todos me estiman y me respetan. Pero tú eres la que mejor me entiende. Los demás..., cuando les cuento lo bueno que es «él», me escuchan, eso sí, y seguro que no creen que mienta, pero siguen pensando que «él» tiene que ser terrible.

—Yo siempre he creído en «él» —dijo Marena con entusiasmo.

—¿De verdad? —preguntó Gobo sin prestar mucha atención.

—¿Te acuerdas —continuó Marena— de aquel día en que te quedaste tumbado en la nieve? Ese día dije que «él» vendría algún día al bosque y jugaría con nosotros.

—No —respondió Gobo bostezando—, no me acuerdo.

Pasaron unas cuantas semanas. Un día, al amanecer, Bambi y Falina se encontraron con Gobo y Marena en el viejo y familiar bosquecillo de avellanos. Bambi y Falina regresaban en ese momento de una caminata. Habían pasado por el roble y se disponían a buscar su guarida, cuando se encontraron con Gobo y Marena. Gobo tenía la intención de salir al prado.

—Quédate con nosotros —le dijo Bambi—. El sol está a punto de salir y ya nadie va al prado.

—¡Qué ridículo! —se burló Gobo—. Si no va nadie, iré yo.

Continuó andando; Marena le siguió.

Bambi y Falina se quedaron quietos.

—¡Vamos! —dijo Bambi muy enfadado a Falina—. ¡Vamos! Que haga lo que quiera.

Iban a marcharse, cuando de repente gritó el grajo al otro lado del prado. Era un grito de aviso.

Bambi se volvió de un salto y corrió tras Gobo. Justo delante del roble alcanzó a Gobo y a Marena.

—¿Lo oyes? —dijo.

—¿Qué? —preguntó Gobo, perplejo.

De nuevo chilló el grajo desde el otro borde del prado.

—¿No lo oyes? —preguntó Bambi.

—No —dijo Gobo con tranquilidad.

—¡Es la señal de peligro! —insistió Bambi.

Una urraca se puso a parlotear con voz estridente; a continuación otra, y al momento otra más. Al mismo tiempo graznó el grajo otra vez, y desde lo alto del

cielo daban señales las cornejas.

Ahora también Falina empezó a rogar:

—¡No salgas, Gobo! ¡Hay peligro!

Hasta Marena le rogó:

—¡Quédate aquí! Hazlo por mí, quédate hoy aquí. Hay peligro.

Gobo sonreía con aires de superioridad:

—¡Peligro, peligro! ¡A mí qué me importa!

Bambi tuvo una idea que le vino dictada por la necesidad del momento:

—Al menos deja que salga primero Marena, para que sepamos...

No había acabado la frase, cuando Marena se deslizó hacia fuera.

Los tres la siguieron con la mirada. Bambi y Falina, sin respiración; Gobo, con evidente paciencia, como dejando a los demás hacer su excéntrica voluntad.

Vieron cómo Marena salía al prado paso a paso, despacio, con la cabeza erguida y el andar indeciso. Miraba y venteaba en todas direcciones.

De pronto giró con la velocidad del rayo, dio un gran salto y regresó a la espesura como empujada por un huracán.

—«El»... «El» está ahí —susurró con voz entrecortada por el miedo; le temblaba todo el cuerpo—. Yo..., yo... le he visto. Está ahí —tartamudeó—, al otro lado, junto a los alisos.

—¡Vámonos! —dijo Bambi—. ¡Vámonos inmediatamente!

—¡Ven! —suplicó Falina.

Y Marena, que apenas podía hablar, susurró:

—Te lo ruego, Gobo, ven; te lo ruego.

Pero Gobo permanecía tranquilo.

—Corred todo lo que queráis —dijo—. No seré yo quien os lo impida. Por mi parte, si «él» está ahí, iré a saludarle.

No hubo manera de retener a Gobo. Se quedaron mirando cómo salía. Permanecieron inmóviles porque la confianza de Gobo ejercía un poder sobre ellos; al mismo tiempo les retenía el miedo tan grande que sentían por Gobo. No podían moverse del sitio.

Gobo estaba ya en el prado mirando a su alrededor y buscando los alisos. Ahora parecía haberlos encontrado, parecía haber visto a «él». De pronto sonó el trueno.

Gobo fue levantado en el aire por el estampido, dio la vuelta rápidamente y volvió disparado al bosque.

Cuando llegó, aún seguían allí los otros, paralizados por el susto. Oyeron el silbido de su respiración, y como no se detuvo, sino que continuó corriendo, lo rodearon y se dieron a la fuga con él.

Pero poco después Gobo cayó desplomado.

Marena se detuvo inmediatamente a su lado. También lo hicieron Bambi y Falina, un poco más lejos y en actitud de huida.



Gobo yacía con el flanco desgarrado y chorreando sangre de las entrañas. Alzó la cabeza y la giró fatigado.

—Marena... —dijo con gran esfuerzo—, Marena, «él» no me ha reconocido. Se le quebró la voz.

Crujieron los arbustos; alguien se acercaba impetuosamente desde el prado.

Marena agachó la cabeza junto a Gobo.

—«El» viene —le susurró en tono apremiante—. Gobo, «él» viene. ¿No te puedes levantar y venir conmigo?

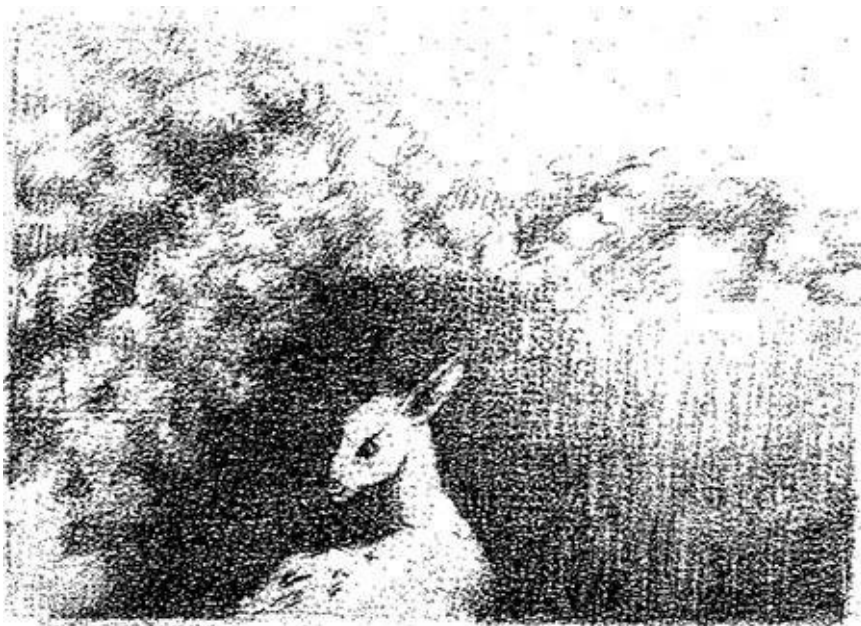
Gobo levantó otra vez la cabeza, girando penosamente el cuello, hizo unos movimientos convulsivos con las patas y permaneció tumbado.

En medio de crujidos y chasquidos se abrieron los arbustos y apareció «él».

Marena le vio muy de cerca. Luego retrocedió lentamente, desapareció tras los arbustos y corrió junto a Bambi y Falina.

Todavía se volvió una vez más y vio cómo «él» se inclinaba para recoger al derribado.

Luego oyeron el lamentable grito de muerte de Gobo.





[20]

Bambi estaba solo. Iba andando junto al río, que fluía silenciosamente entre sauces y cañaverales.

Desde que vivía solo, iba a menudo por esa parte. Allí había pocos caminos y casi nunca se encontraba con ninguno de los suyos. Pero eso era precisamente lo que quería. Ultimamente tenía pensamientos serios y el ánimo apesadumbrado. No sabía lo que le pasaba ni tampoco pensaba en ello. Cavilaba sin orden, embrolladamente, y le parecía como si la vida entera se hubiera vuelto de pronto más confusa.

Solía quedarse mucho tiempo junto a la orilla del río. La corriente de agua, que allí describía una suave curva, ofrecía una amplia vista. El aire fresco del oleaje le traía olores refrescantes, acres, desacostumbrados, que despertaban en él sensaciones de seguridad y despreocupación. Bambi se quedaba mirando los patos que allí se reunían. Hablaban sin cesar entre sí, amables, serios e inteligentes. Había unas cuantas madres, y cada una estaba rodeada de una multitud de patitos, que eran continuamente aleccionados y que aprendían infatigablemente. De vez en cuando una u otra madre daba una señal de aviso. Entonces los patitos se dispersaban rápidamente hacia todos lados; se deslizaban sin demora en completo silencio. Bambi veía cómo los más pequeños, los que aún no sabían volar, se internaban con cuidado en los apretados cañaverales, sin rozar un solo junco, para que su oscilación no pudiera delatarlos. Veía cómo sus pequeños cuerpos de color oscuro se deslizaban lentamente por entre los juncos. Luego ya no veía nada. Pero bastaba una sola llamada de la madre para que otra vez aparecieran todos. En un santiamén se volvía a juntar la escuadrilla y todos empezaban a cruzarse de nuevo entre sí. Bambi se asombraba cada vez que los veía. Era como un espectáculo de acrobacia.

Después de una de esas voces de alarma, Bambi preguntó una vez a una de las madres:

—¿Qué pasaba antes? He prestado mucha atención, pero no he notado nada.

—No era nada —respondió la pata.

Otra vez dio la señal de aviso uno de los patitos, giró a toda velocidad, se dirigió a través de los juncos hacia la orilla, donde se encontraba Bambi, y se



subió a ella.

Bambi preguntó al pequeño:

—¿Qué ha pasado ahora? Yo no he notado nada.

—No era nada —dijo el patito por respuesta.

Se sacudió con la sabiduría de un viejo las plumas de la cola, se las cubrió cuidadosamente con las puntas de las alas y volvió al agua.

Bambi se fiaba de los patos. Comprendió que estaban más atentos que él, que oían más y veían mejor. Cuando estaba allí, cedía un poco la constante tensión en la que se hallaba normalmente.

Además le gustaba hablar con los patos. No decían las tonterías que tantas veces había oído en boca de otros. Hablaban del ancho cielo, del viento y de lejanos campos en los que se podían saborear manjares exquisitos.

Una vez vio Bambi una cosa pequeña que volaba por el aire dando respingos; recorría la orilla como un rayo de color de fuego.

—¡Srriiii! —gritó el martín pescador, y pasó volando.

Era apenas un puntito que aleteaba muy ruidosamente; de pronto despidió un destello verde, otro azul, otro rojo, y desapareció. Bambi se quedó maravillado; quiso ver al extraño desconocido de cerca y le llamó.

—No se moleste —dijo el carricero* desde los apretados juncos—. No se moleste, que no le va a contestar.

—¿Dónde está usted? —dijo Bambi buscando por entre el cañaveral.

Pero el carricero se echó a reír desde el extremo contrario.



—¡Aquí estoy! Ese tipo gruñón al que ha llamado antes no habla con nadie. Es absolutamente inútil llamarle.

—¡Qué hermoso es! —dijo Bambi.

—Pero malo —respondió el carricero desde otro sitio.

—¿Por qué cree eso? —le preguntó Bambi.

El carricero le contestó desde otro sitio distinto:

—Pase lo que pase, no se preocupa por nadie ni por nada. Nunca saluda ni contesta a ningún saludo. Cuando hay peligro por las proximidades, no da una señal a nadie. Todavía no ha dirigido la palabra nunca a nadie.

—Pobre —dijo Bambi.

El carricero siguió hablando; su voz alegre y aflautada venía ahora de otro sitio:

—A lo mejor se cree que le envidiamos porque tenga unas cuantas plumas de colores y no quiere que nadie le vea de cerca.

—Tampoco usted se deja ver —dijo Bambi.

Al momento se puso el carricero delante de él.

—En mí no hay nada que ver —dijo con sencillez.

Allí estaba, delgadito y brillante por el agua, con un traje sin adornos y una linda silueta; inquieto, sin parar de moverse y satisfecho. En un santiamén volvió a desaparecer.

—No entiendo cómo se puede estar tanto tiempo en el mismo sitio —gritó desde el agua.

Y cambiando otra vez de sitio, añadió:

—Es aburrido y peligroso quedarse tanto tiempo en el mismo sitio.

Y desde otro lugar distinto, dijo dando gritos de regocijo:

—¡Hay que moverse! ¡Si se quiere vivir seguro y comer bien, hay que moverse!

Un leve crujido de los tallos de hierba sobresaltó a Bambi. Miró a su alrededor. En la pendiente de la orilla vio un resplandor rojizo que desaparecía por los juncos. Al mismo tiempo le llegó un olor cálido y penetrante. A lo lejos se deslizaba el zorro. Bambi quiso avisar dando patadas en el suelo, pero de pronto se oyó un ruido en el cañaveral, súbitamente partido en dos por el salto del zorro. Después, un chapoteo en el agua y el grito desesperado de un pato. Bambi oyó crepitar sus alas, vio su cuerpo blanco destacando en mitad de lo verde y, finalmente, vio cómo sus alas azotaban con fuerza las mejillas del zorro. Luego se hizo el silencio.

Poco después el zorro subió la pendiente de la orilla sosteniendo el pato en las fauces. El cuello le colgaba sin vida; las alas aún se movían un poco, pero el zorro no le daba ninguna importancia. Este lanzó a Bambi de refilón una mirada burlona y punzante, y se internó lentamente en la espesura.

Bambi se quedó inmóvil.

Algunos de los patos más viejos habían echado a volar ruidosamente y huían despavoridos en medio de un gran desconcierto. El carricero lanzaba agudos gritos de aviso hacia todos lados. Los herrerillos trinaban excitados entre los arbustos. Los

patitos más jóvenes recorrían huérfanos el cañaveral y se lamentaban en voz baja.

El martín pescador pasó a lo largo de la orilla dando respingos.

—¡Por favor! —le gritaron los patitos—. Por favor, ¿ha visto a nuestra madre?

—¡Srriiii! —chilló el martín pescador despidiendo un destello—. ¡A mí qué me importáis!

Bambi se dio la vuelta y se fue. Caminó por un tupido campo de varas de oro, recorrió una llanura de altas hayas y atravesó un viejo avellanar, hasta llegar a la gran hondonada. Por allí se quedó vagando con la esperanza de encontrarse con el viejo. Hacía mucho que no le veía: desde la muerte de Gobo.

De pronto le vio de lejos y corrió a su encuentro.

Caminaron un rato en silencio el uno al lado del otro. Luego preguntó el viejo:

—¿Siguen hablando mucho de él?

Bambi comprendió que se refería a Gobo, y contestó:

—No lo sé... Ahora estoy casi siempre solo —vaciló un instante—, pero yo pienso mucho en él.

—¿Así que ahora estás solo? —dijo el viejo.

—Sí —respondió Bambi expectante, pero el viejo permaneció en silencio.

Siguieron andando. De repente el viejo se quedó quieto.



—¿No oyes nada?

Bambi escuchó. No, no oía nada.

—Ven —dijo el viejo, y salió corriendo.

Bambi le siguió.

De nuevo se detuvo el viejo.

—¿Sigues sin oír nada?

Entonces Bambi oyó un ruido que no comprendió. Era como si alguien estuviera aplastando ramas y éstas recuperaran tercamente su posición. Al mismo tiempo se oían unos golpes sordos e irregulares contra el suelo.

Bambi ya se disponía a huir.

—Ven —dijo el viejo corriendo en la dirección del ruido.

Bambi, a su lado, se atrevió a preguntarle:

—¿No hay peligro allí?

—Sí —respondió el viejo en tono sombrío—. Ahí está el gran peligro.

Pronto vieron cómo las ramas de los arbustos se movían bruscamente a intervalos, como si alguien las sacudiera y tirara de ellas desde abajo. Se acercaron y vieron una pequeña senda entre los arbustos.

La amiga liebre yacía en el suelo revolcándose de un lado a otro; pataleaba, se quedaba quieta, volvía a patalear, y a cada uno de esos movimientos tiraba de las ramas que había sobre ella.

Bambi se apercibió de una línea oscura parecida a un zarcillo; bajaba tensa desde una rama hasta la liebre y le rodeaba el cuello.

La liebre debió oír que se acercaba alguien. Se lanzó al aire como loca, cayó al suelo; quería huir, daba vueltas derribada por la hierba y pataleaba.

—¡Estáte quieta! —le ordenó el viejo.

Luego, apiadándose de ella, le repitió de cerca con una voz suave, que a Bambi le llegó al alma:

—Estáte tranquila, amiga liebre, que soy yo. No te muevas ahora. Quédate muy quieta ahí tumbada.

La liebre permaneció inmóvil pegada al suelo. Tenía la respiración agitada y roncaba levemente.

El viejo cogió con la boca la rama con el extraño zarcillo, la bajó, la pisó hábilmente, la sujetó al suelo bajo las fuertes pezuñas de sus pies y la partió de un solo golpe con sus astas.

Luego se inclinó sobre la liebre.

—Estáte quieta, aunque te duela —dijo.

Con la cabeza de lado, colocó una punta del asta pegada a la nuca de la liebre, la apretó contra la piel de detrás de las orejas, palpó con ella y cabeceó. La liebre empezó a retorcerse.

Inmediatamente el viejo se echó hacia atrás.

—¡Quieta! —le ordenó—. ¡Es cuestión de vida o muerte!

Y comenzó de nuevo. La liebre yacía quieta y respiraba broncamente. Bambi, a su lado, miraba mudo de asombro.

El viejo había conseguido meter una de las astas por debajo del lazo apretando con fuerza la piel de la liebre. Medio arrodillado, giró la cabeza como si fuera a taladrar a la liebre y metió el asta más y más por debajo del lazo, hasta que éste por fin cedió y empezó a aflojarse.

La liebre tomó aire y al momento se desahogó del miedo y de los dolores acumulados.

—¡I-i-ih! —lloró quejumbrosamente.

El viejo interrumpió la tarea.

—Cállate —le dijo reprendiéndole un poco—. Venga, cállate.

Tenía la boca junto al hombro de la liebre y una punta del asta entre las orejas; parecía como si hubiera ensartado a la liebre.

—¿Cómo puedes ser tan tonta y ponerte a llorar ahora? —gruñó sin severidad alguna—. ¿Es que quieres que venga el zorro? Pues entonces estate quieta.

El viejo prosiguió su tarea despacio, con cuidado y con esmero. De repente, el lazo cedió del todo. La liebre se escurrió para fuera; estaba libre sin que por el momento lo supiera. Dio un paso y se sentó medio atolondrada. Luego se fue brincando; al principio despacio, tímidamente, y luego cada vez más aprisa. Finalmente se puso a correr a grandes saltos.

Bambi la siguió con la mirada.

—¡No da ni las gracias! —exclamó perplejo.

—Aún no sabe lo que hace —dijo el viejo.

El lazo estaba en el suelo en forma de redondel. Bambi le dio una patada y se oyó un ruido metálico. Bambi se asustó. Era un sonido que no pertenecía al bosque.

—¿Es cosa de «él»? —preguntó Bambi en voz baja.

El viejo asintió.

Siguieron andando en silencio el uno junto al otro.

—Ten cuidado —dijo el viejo— cuando vayas por la senda. Examina las ramas, lleva siempre las astas hacia adelante, subiéndolas y bajándolas, y en cuanto oigas ese ruido, date la vuelta inmediatamente. Y si es la época en que no tienes cuernas, entonces sé doblemente precavido. Yo hace mucho tiempo que ya no voy por las sendas.

Bambi se sumió en agitadas cavilaciones.

—Pero «él» no está —susurró para sus adentros profundamente asombrado.

El viejo respondió:

—No, ahora «él» no está en el bosque.

—¡Y, sin embargo, sí está! —dijo Bambi meneando la cabeza.

El viejo siguió diciendo con una voz llena de amargura:

—¿Qué fue lo que os dijo vuestro Gobo? ¿No os contó que «él» era todopoderoso y de una bondad infinita?

Bambi susurró:

—¿Acaso no es todopoderoso?

—En la misma medida en que es infinitamente bondadoso —dijo el viejo enojado.

Bambi dijo desalentado:

—Con Gobo... sí fue bondadoso.

El viejo se detuvo.

—¿Tú crees, Bambi? —preguntó con voz triste; era la primera vez que llamaba a Bambi por su nombre.

—No lo sé —exclamó Bambi atormentado—. No puedo entenderlo.

El viejo dijo con serenidad:

—Hay que aprender a vivir y a andar con cuidado.



[21]

Llegó una mañana que trajo la desgracia a Bambi.

El pálido gris del crepúsculo matutino se deslizaba por el bosque. De los prados ascendía una niebla lechosa y por doquier reinaba ese silencio que emana del paso de una hora a otra del día.

Aún no se habían despertado las cornejas ni las urracas, y también el grajo dormía.

Bambi se había encontrado esa noche con Falina. Esta le miró con tristeza y timidez.

—Estoy muy sola —dijo en voz baja.

—También yo estoy solo —contestó Bambi titubeando.

—¿Por qué ya no te quedas conmigo? —preguntó Falina con humildad.

A Bambi le dolió que la alegre y atrevida Falina estuviera ahora tan seria y tan sumisa.

—Tengo que estar solo —respondió.

Pero por más cuidado que puso en decirlo, sonó duro. El mismo se dio cuenta.

Falina le miró y le preguntó en voz muy baja:

—¿Todavía me quieres?

Bambi le respondió de igual modo:

—No lo sé.

Entonces ella se alejó y lo dejó solo.

Ahora estaba Bambi al pie del roble grande, junto al borde del prado, mirando hacia fuera para asegurarse. Aspiró el viento de la mañana, libre de todo olor sospechoso; únicamente olía a tierra húmeda, a rocío, a hierba y a madera mojada. Bambi respiró profundamente. De pronto se sintió ligero de ánimo como hacía tiempo que no se sentía. Salió contento al prado cubierto de niebla.

Sonó un trueno.

Bambi sintió un golpe terrible que le hizo tambalearse. Enloquecido por el susto, retrocedió de un salto hacia la espesura y siguió corriendo. No comprendía qué había pasado, no podía pensar en nada; tan sólo corría y corría.



El miedo le oprimía de tal manera el corazón que apenas respiraba en su ciega y precipitada carrera. Pero de repente sintió un dolor punzante que pensó que no podría soportar. Sintió algo caliente que le recorría el muslo izquierdo, un hilillo que le quemaba y que salía de donde notaba el dolor. Bambi tuvo que dejar de correr. Se vio obligado a andar despacio. Luego notó que se le paralizaban los riñones y las piernas. Y se derrumbó.

Era un alivio estar allí tumbado descansando.

—¡Arriba, Bambi! ¡Arriba!

A su lado estaba el viejo empujándole suavemente en el hombro.

Bambi quería responder que le era imposible, pero el viejo repitió:

—¡Arriba! ¡Arriba!

Había en su voz tal urgencia y ternura que Bambi permaneció callado. También el dolor que sentía calló por un momento.

Luego dijo el viejo apresuradamente, lleno de miedo:

—¡Levántate! ¡Tienes que huir, hijo mío!

«Hijo mío», había dicho. Parecían habersele escapado esas palabras. Bambi se puso de pie en un santiamén.

—Bien —dijo el viejo.

Luego respiró profundamente y siguió hablando con énfasis:

—Ahora ven conmigo; no te separes de mí ni un momento.

Se puso a andar aprisa. Bambi le siguió, aunque, en realidad, lo que deseaba ardientemente era dejarse caer en el suelo, tumbarse y descansar.

El viejo pareció haberlo adivinado, ya que le iba hablando sin cesar:

—Ahora tienes que soportar todos los dolores y no debes pensar en tumbarte; ni siquiera pensarlo, pues tan sólo con que lo pienses ya te cansas. Ahora tienes que ponerte a salvo, ¿me entiendes, Bambi? ¡A salvo! De lo contrario, estás perdido. Piensa que «él» te persigue, ¿me entiendes, Bambi?, y te matará sin piedad. Sigue, sigue andando sin parar. Todo saldrá bien, ya verás.

Bambi ya no tenía fuerzas para pensar. A cada paso sentía un dolor irresistible que le robaba la respiración y el conocimiento. El hilillo caliente que le recorría el muslo le producía una excitación profunda e indescriptible en el corazón.

El viejo describió una amplia curva. Aquello les llevó mucho tiempo. Bambi, a pesar del dolor y de la debilidad, vio que pasaban de nuevo por el roble grande.

El viejo se detuvo y olfateó el suelo.

—¡Aquí está «él»! ¡Y también el perro! ¡Vámonos más aprisa!

Echaron a correr.

De repente el viejo se detuvo de nuevo.

—Mira —dijo—, aquí has estado tumbado.

Bambi vio la hierba aplastada y un gran charco de su propia sangre escurriéndose por la tierra.

El viejo olfateó cuidadosamente el lugar.

—Ya han estado aquí «él» y su perro —dijo—. Ahora vámonos.

El viejo caminaba delante venteando una y otra vez.

Bambi vio en las hojas de los arbustos y en los tallos de hierba cómo brillaban las gotas rojas.

«Por aquí ya hemos pasado», pensó, pero no podía hablar.

—Bueno —dijo el viejo casi contento—, ahora estamos detrás de ellos.

Siguió otro rato por el mismo camino. Luego, de improviso, viró y comenzó a trazar un nuevo círculo. Bambi le siguió tambaleante.

Por segunda vez llegaron al roble, sólo que desde el lado contrario, y por segunda vez llegaron al sitio en que se había caído Bambi. Luego el viejo tomó otra dirección.

—¡Cómete eso! —le ordenó al detenerse, apartando la hierba a un lado y señalándole unas hojitas diminutas, cortas, de color verde oscuro, vastas y vellosas, que brotaban del árido suelo.

Bambi obedeció. Tenían un sabor horriblemente amargo y un olor repugnante.

Al cabo de un rato preguntó el viejo:

—¿Cómo te sientes?

—Mejor —contestó Bambi en seguida.

De repente podía volver a hablar; se le habían despejado los sentidos y le había disminuido la fatiga.

Al cabo de un rato volvió a ordenarle el viejo:

—Ve andando delante.

Y tras caminar un trecho detrás de Bambi, dijo:

—¡Por fin! —y se detuvieron—. Has dejado de sangrar —dijo el viejo—. Ya no te gotea la herida, de manera que ya no te delatará. Así ni «él» ni su perro sabrán dónde encontrarte.

El viejo parecía inquieto y cansado, pero su voz tenía un tono alegre.

—Ahora, ven —continuó—; tienes que descansar.

Llegaron a una ancha hondonada que Bambi nunca había atravesado. El viejo bajó y Bambi trató de seguirle, pero le costaba mucho subir la empinada pendiente del otro lado. El dolor comenzó a lacerarle de nuevo. Tropezaba, recuperaba el equilibrio, volvía a tropezar y respiraba con dificultad.

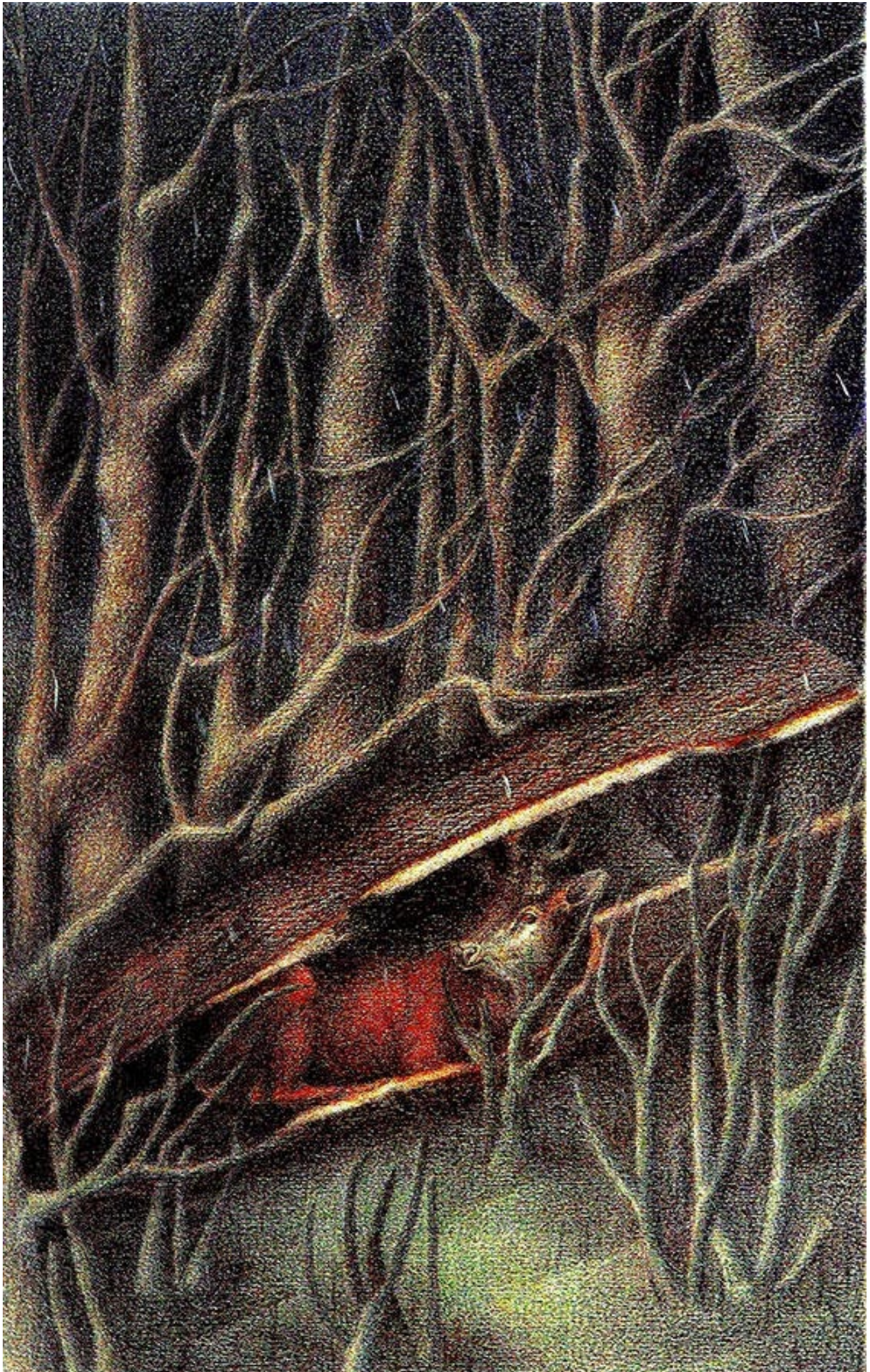
—Yo no puedo ayudarte —dijo el viejo—. Tienes que subir tú solo.

Y Bambi llegó hasta arriba. Volvió a notar el hilillo caliente en el muslo; sintió que de nuevo le abandonaban las fuerzas.

—Estás sangrando otra vez —dijo el viejo—. Me lo esperaba. Pero es sólo un poco y además ahora ya no importa —añadió susurrando.

Caminaron muy despacio por un bosque de hayas altísimas. El suelo era blando y llano. Se andaba sin esfuerzo. A Bambi le entraron deseos de tumbarse allí, de estirarse y no mover ni un solo miembro. No podía más. Le dolía la cabeza, le zumbaban los oídos, le temblaban los tendones, y la fiebre comenzaba a agitarle. Se le nublaba la vista. Lo único que quería era descansar; al mismo tiempo también se

asombraba, aunque con indiferencia, de cómo le había cambiado de repente la vida. Cuando pensaba que esa misma mañana, hacía escasamente una hora, había estado paseando por el bosque sano y sin herida alguna, le parecía algo propio de lejanos tiempos felices, ya desaparecidos.



Atravesaron un bosquecillo joven de robles y alheñas. El poderoso tronco de un haya partida yacía enterrado entre los arbustos y les cerraba el paso.

—Ya hemos llegado —oyó Bambi decir al viejo.

Este recorrió el tronco del haya seguido de Bambi, que estuvo a punto de caerse en un agujero que allí había.

—Bueno —dijo el viejo en ese momento—, puedes tumbarte aquí.

Bambi se desplomó y ya no se movió más.

Bajo el tronco del haya el agujero se hacía aún más profundo y formaba una pequeña cámara. Las matas, que fuera tan sólo crecían al borde de la entrada, eran más tupidas dentro, protegiéndole a uno de cualquier mirada. Allí abajo se estaba oculto del todo.

—Aquí estarás a salvo —dijo el viejo—. Quédate.

Pasaron los días.

Bambi seguía tumbado dentro de la cálida tierra; sobre él tenía la corteza podrida del árbol caído. Estaba atento a los dolores de su cuerpo, a cómo aumentaban, cedían y, finalmente, desaparecían poco a poco. A veces, salía arrastrándose, se quedaba de pie débil y tambaleante sobre sus patas cansadas e inseguras y daba unos cuantos pasos con las patas rígidas para buscar alimento. Ahora comía hierbas en las que antes no se fijaba, hierbas que ni siquiera había visto. En cambio, ahora le saltaban a la vista y le atraían con su aroma intenso y extrañamente seductor. Lo que antes despreciaba, lo que antes volvía a tirar cuando se lo metía en la boca sin darse cuenta, ahora le parecía sabroso y apetitoso. Algunas hojas pequeñas, algunos tallos cortos y robustos le repugnaban también ahora, pero a pesar de todo se los comía como llevado de una necesidad. De esta forma la herida se le curó pronto y recuperó sensiblemente sus fuerzas.

Estaba salvado. Sin embargo, aún no abandonó el agujero. Tan sólo salía un poco por la noche, pero durante el día se quedaba quieto en su lecho. Ahora que ya no sentía dolores en el cuerpo, le vino por primera vez al pensamiento todo lo que había pasado; en él se despertó un miedo terrible y su ánimo se vio profundamente afectado. Al no poder levantarse y corretear como de costumbre, no se lo podía quitar de la cabeza. Permanecía tumbado y excitado; tan pronto estaba aterrorizado como avergonzado, o extrañado o impresionado; tan pronto se sentía lleno de melancolía como lleno de felicidad.

El viejo se quedaba siempre junto a él. Al principio había estado día y noche al lado de Bambi. Ahora le dejaba de vez en cuando solo, sobre todo cuando notaba que Bambi se sumía en cavilaciones. Pero siempre permanecía cerca.

Un día, tras una tormenta de rayos, truenos y lluvia, se quedó un cielo azul y despejado, iluminado por los rayos del sol del atardecer. Por doquier cantaban los tordos en las copas de los árboles, trinaban los pinzones y cuchicheaban los herrerillos entre las matas. En la hierba y bajo los arbustos sonaba a intervalos el cacareo metálico de los faisanes. El pájaro carpintero soltaba su risotada jubilosa, y

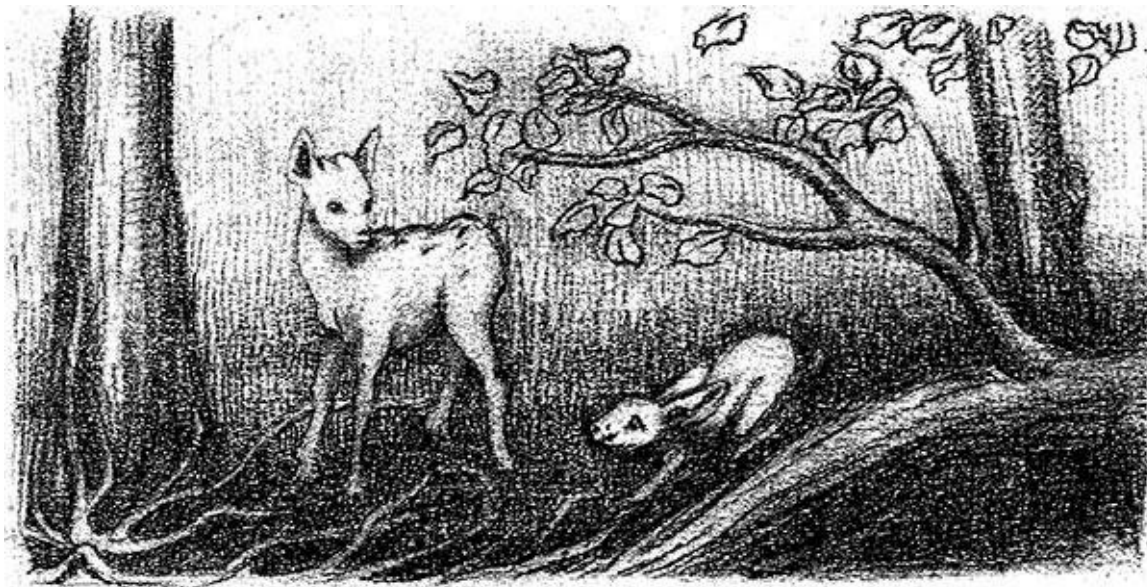
las palomas se arrullaban cariñosas y ávidas de amor.

Bambi salió del agujero. La vida era bella.

Allí estaba el viejo, tal y como esperaba.

Caminaron lentamente el uno junto al otro.

Bambi ya no volvería a cruzar la hondonada para ver a los demás.





[22]

Una noche impregnada del susurro de la caída de las hojas otoñales lanzó el autillo un grito estridente a través de las copas de los árboles. Luego esperó.

Bambi le había visto desde lejos por entre el escaso follaje de las ramas, y se detuvo.

El autillo se acercó volando y chilló con más fuerza. Luego esperó. Pero Bambi tampoco dijo nada.

El autillo ya no se pudo contener.

—¿No se ha asustado? —preguntó con disgusto.

—Claro que sí —respondió Bambi amablemente—. Un poco.

—Vaya, vaya —arrulló el autillo ofendido—. ¿Sólo un poco? Antes siempre se asustaba mucho. Era un verdadero placer ver cómo se asustaba. No sé a qué se deberá que ahora sólo se asuste un poco —dijo enfadado, y repitió—: Sólo un poco...

El autillo era ya viejo, y por eso era mucho más presumido y susceptible que antes.

Bambi iba a contestarle: «Antes tampoco me asustaba nunca. Sólo lo decía para alegrarle.» Pero prefirió guardarse esta confesión para sí. Le dio pena ver al bueno y viejo del autillo allí sentado, tan encolerizado, y trató de tranquilizarle.

—A lo mejor se debe a que en ese momento iba pensando en usted —dijo.

—¿Qué? —dijo el autillo recuperando la alegría—. ¿Qué? ¿Iba pensando en mí?

—Sí —respondió Bambi indeciso—, justo en el momento en que empezó a chillar. De lo contrario, naturalmente me habría asustado igual que siempre.

—¿De verdad? —arrulló el autillo.

Bambi no tuvo valor para negarlo. ¿Qué le costaba hacer que el pobre se alegrara?

—De verdad —le aseguró, y continuó—: Y menos mal, porque cuando le oigo así, de repente, me tiembla todo el cuerpo.

El autillo infló las alas y se puso como una bolita blanda de color castaño y gris claro; era feliz.

—Es muy amable por su parte haber pensado en mí..., muy amable —dijo



con un suave arrullo—. Hacía mucho que no nos veíamos.

—Mucho tiempo, sí —dijo Bambi.

—¿Ya no va por los caminos de siempre? —preguntó el autillo.

—No —dijo Bambi pausadamente—, ya no voy por los caminos de siempre.

—Yo ahora también recorro más mundo que antes —observó el autillo en tono grandilocuente.

No mencionó que había sido desalojado de donde había nacido por otro autillo jovenzuelo y desconsiderado.

—No se puede uno quedar siempre en el mismo sitio —añadió, y esperó la respuesta.

Pero Bambi ya se había ido. Ahora se las apañaba casi tan bien como el viejo para desaparecer sin hacer ruido.

El autillo se indignó.

—¡Qué poca vergüenza! —arrulló para sus adentros.

Luego se sacudió, hundió el pico en el pecho y se puso a filosofar en silencio: «Con estos tipos tan distinguidos no hay amistad posible. Por muy amables que sean, un buen día se comportan como unos desvergonzados y le dejan a uno ahí plantado con cara de tonto, como a mí ahora.»

De repente cayó al suelo en vertical, como una piedra. Había visto un ratón y sólo le permitió chillar una vez entre sus garras. Como estaba hecho una furia, le despedazó y se zampó el pequeño bocado más aprisa que nunca. Luego echó a volar.

«¿Qué me importa a mí ese Bambi? —pensó—. ¿Qué me importa a mí toda la clase distinguida? Nada, no me importa nada.»

Empezó a gritar con un tono tan chillón y tan seguido que se despertaron unos palomos junto a los que pasó y salieron de su escondrijo agitando ruidosamente las alas.

La tormenta azotó el bosque durante muchos días arrancando las últimas hojas de las ramas. Ahora los árboles estaban completamente desnudos.

Un día volvía Bambi a casa al amanecer para dormir en el agujero junto al viejo.

En esto oyó una voccecita que le llamaba dos o tres veces seguidas. Se detuvo. Entonces bajó la ardilla como un rayo desde las ramas y se sentó frente a él en el suelo.

—¡Pero si es usted! —dijo con asombro y devoción—. Le he reconocido nada más pasar a mi lado, pero no me lo podía creer.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó Bambi.

La alegre carita de la ardilla adquirió una expresión muy afligida.

—Ha desaparecido el roble —comenzó en tono de queja—. Mi viejo y hermoso roble, ¿lo recuerda? Fue terrible. «El» lo derribó.

Bambi agachó la cabeza con tristeza. Lo sentía en el alma por aquel viejo y

magnífico árbol.

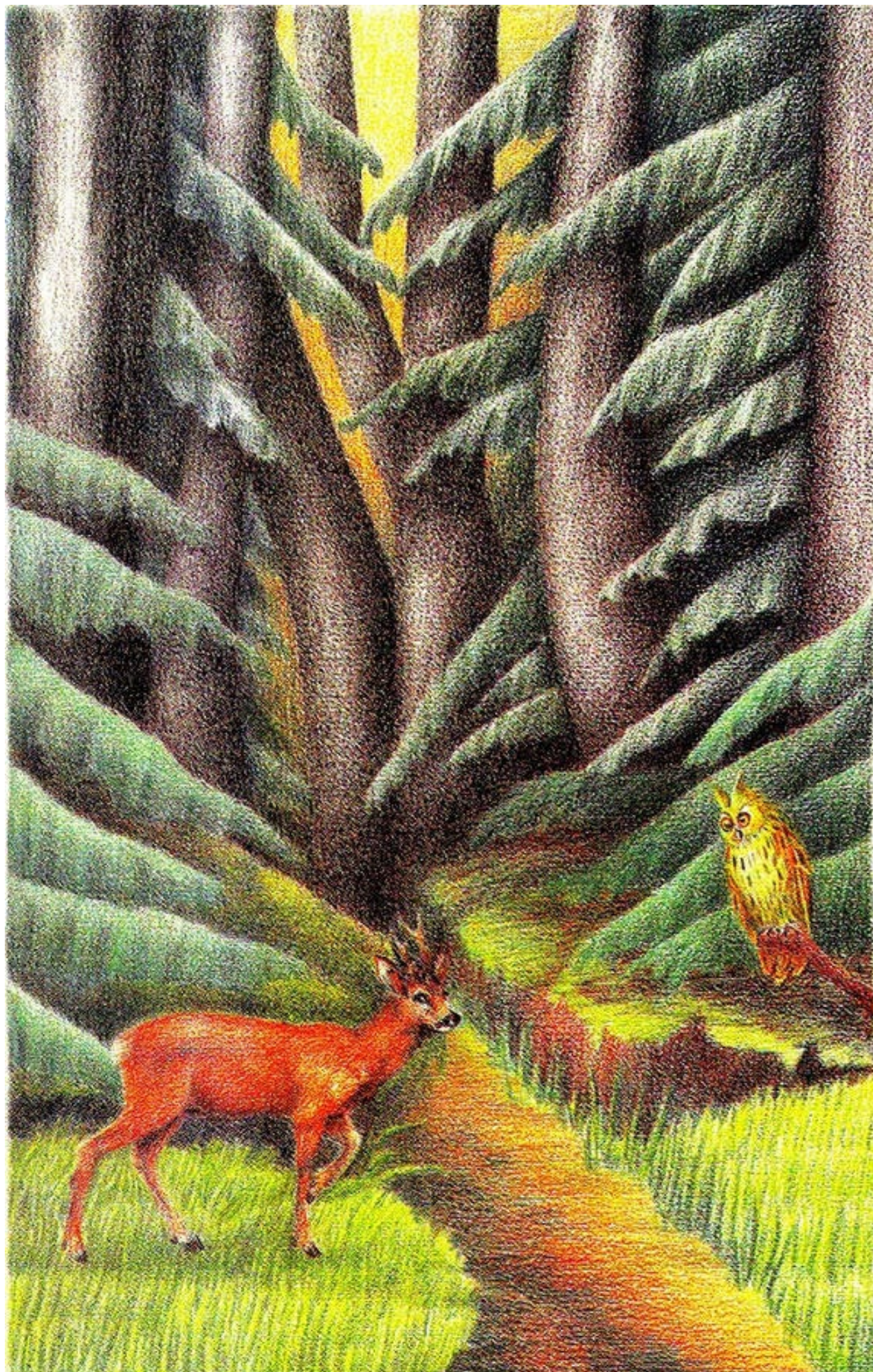
—Fue todo tan rápido... —dijo la ardilla—. Todos los que vivíamos en el árbol huimos y nos pusimos a contemplar cómo «él» daba dentelladas con unos dientes enormes y muy brillantes. El árbol gritaba por la herida. Gritaba sin cesar, y también el diente gritaba. Era horrible oír aquello. Después, el pobre y hermoso árbol cayó. Fuera, en el prado, lloramos todos.

Bambi permanecía callado.

—En fin —suspiró la ardilla—, «él» lo puede todo. «El» es todopoderoso.

Miró a Bambi con sus ojos grandes y aguzó las orejas, pero Bambi permaneció callado.

—Ahora ninguno tenemos morada —continuó diciendo la ardilla—. No sé hacia dónde se habrán dispersado los otros. Yo he venido aquí, pero tardaré mucho en encontrar otro árbol como aquél.



«El viejo roble», dijo Bambi para sus adentros.

Lo conocía desde pequeño.

—¡No me puedo creer que sea usted! —dijo la ardilla alegrándose de nuevo—. Todos creíamos que habría muerto hace tiempo. Claro que de vez en cuando se decía que aún vivía, que éste o el otro le habían visto... Pero como no se sabía nada cierto, lo tomábamos por un rumor infundado —añadió lanzándole una mirada escudriñadora—. Pero, claro, como no volvía...

Se le notaba con cuánta curiosidad esperaba una respuesta.

Bambi permaneció callado. Pero también a él se le despertó una leve curiosidad. Quería preguntar por Falina, por la tía Ena, por Rono y por Karus, por todos los compañeros de su juventud. Pero permaneció callado.

La ardilla aún seguía sentada frente a él mirándole.

—¡Qué astas! —exclamó maravillada—. ¡Qué astas! Aparte del viejo príncipe, nadie tiene unas astas semejantes en todo el bosque.

En otro tiempo Bambi se hubiese sentido encantado y halagado por este elogio. Pero ahora se limitó a decir:

—Sí, puede ser.

La ardilla asintió con la cabeza.

—¡Será posible! —dijo asombrada—. ¡Pero si ya empieza a encanecer!

Bambi siguió andando.

La ardilla se dio cuenta de que la conversación había terminado y se subió a las ramas.

—¡Adiós! —gritó—. ¡Buenos días! Me alegro mucho de haberle visto. Cuando vea a alguno de sus viejos amigos, ya le diré que está vivo. Todos se van a alegrar.

Al oír esto, Bambi sintió de nuevo estremecerse levemente su corazón. Pero no dijo nada. «Hay que permanecer solo», le había enseñado el viejo cuando Bambi aún era pequeño. Y más tarde, hasta ese día, le había revelado muchos conocimientos y muchos secretos. Sin embargo, de todas sus enseñanzas, ésa había sido la más importante para él. Hay que permanecer solo. Si uno quería cuidarse, comprender la vida y alcanzar la sabiduría, tenía que permanecer solo.

—Pero —le había dicho Bambi una vez— nosotros dos estamos ahora siempre juntos.

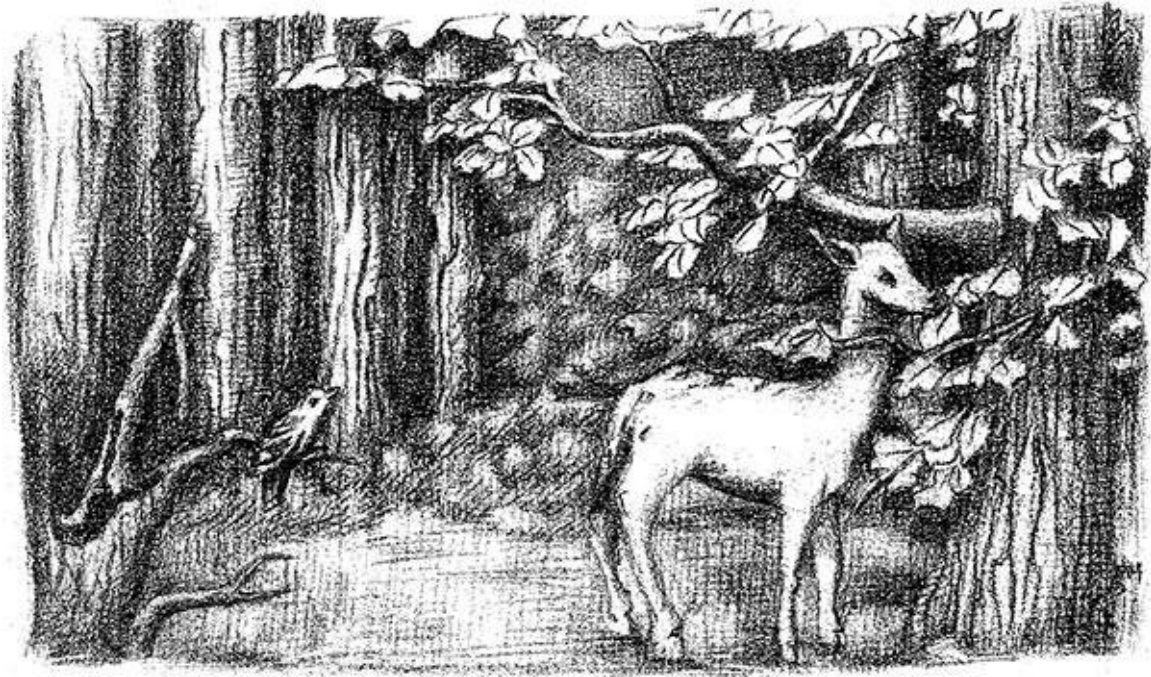
—No será por mucho tiempo —le había respondido el viejo.

Eso había sido pocas semanas atrás.

Ahora Bambi se acordó de ello y también de que las primeras palabras que el viejo le dirigiera se habían referido a la soledad. Siendo Bambi todavía pequeño, estaba un día llamando a su madre, cuando de repente se le acercó el viejo y le preguntó:

—¿No sabes estar solo?

Bambi siguió andando.





[23]

El bosque estaba otra vez cubierto de nieve y en silencio bajo un espeso manto blanco. Tan sólo se oían los gritos de las cornejas y, de cuando en cuando, la inquieta charla de una urraca y los suaves y tímidos trinos de los herrerillos. Luego cayó una helada más fuerte y todo enmudeció. Tan sólo el aire vibraba de frío.

Una mañana el ladrido de un perro rompió el profundo silencio.

Era un ladrido continuo y apremiante, que recorría velozmente el bosque, estridente, pendenciero, de tonos enloquecidos y prolongados.

Bambi alzó la cabeza en el agujero de debajo del tronco caído y miró al viejo, que estaba tumbado a su lado.

—No es nada —dijo el viejo respondiendo a la mirada de Bambi—. Nada que nos concierna a nosotros.

No obstante, los dos se pusieron a escuchar.

Dentro del agujero estaban protegidos con el viejo tronco, que les servía de techo; la capa alta de nieve los defendía de la corriente de aire helado y la apretada maraña de ramas de los arbustos los ponía a cubierto de cualquier mirada.

El ladrido se acercaba furioso, jadeante, acalorado. Tenía que ser un perro pequeño.

Cada vez se iba acercando más. Oyeron otra respiración. Entre los ladridos pendencieros escucharon un suave gruñido de dolor. Bambi se puso nervioso, pero el viejo le tranquilizó de nuevo:

—No es nada que nos concierna a nosotros.

Permanecieron quietos en su abrigada cámara mirando hacia fuera.

Un crujido de ramas se iba acercando más y más. La nieve caía de las ramas repentinamente sacudidas, y en el suelo se formaban nubes de nieve pulverizadas.

Ahora se podía reconocer quién venía.

Era el viejo zorro, que iba saltando, deslizándose, escurriéndose por la nieve, sorteando arbustos, ramas y raíces.

A continuación apareció el perro. Efectivamente, era un perrito de patas



cortas.

El zorro tenía una de las patas delanteras destrozada, con la piel arrancada. Mantenía la pata rota estirada hacia adelante, le salía sangre de las heridas, silbaba al respirar y tenía la mirada clavada en la lejanía con una expresión de terror y de fatiga. Estaba fuera de sí de pánico y de ira; se le veía desesperado, agotado.

De repente se dio la vuelta con un movimiento que desconcertó al perro hasta tal punto que se quedó unos cuantos pasos atrás.

El zorro se sentó sobre las patas traseras. Ya no podía más. Con su pata delantera herida de bala, las fauces abiertas y los labios palpitantes, miraba al perro resoplando.

Pero éste no callaba un instante. Su voz potente y desgarrada se hizo más fuerte y más grave.

—¡Aquí! —gritaba—. ¡Aquí está! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!

En ese momento no estaba retando al zorro ni hablándole, sino que parecía llamar a alguien que aún se hallaba muy lejos.

Tanto Bambi como el viejo sabían que era a «él» a quien llamaba el perro.

También el zorro lo sabía. Ahora le caía la sangre a raudales; le salía del pecho e iba a parar a la nieve, donde formaba una mancha de un rojo intenso que humeaba ligeramente.

El zorro fue acometido por la debilidad. Dejó caer sin fuerzas la pata destrozada y, al entrar ésta en contacto con el frío de la nieve, sintió un fuerte dolor punzante. La volvió a levantar con gran esfuerzo y la mantuvo estirada y temblorosa.

—Déjame... —empezó a decir el zorro—. Déjame huir.

Hablaba en voz baja y tono suplicante. Estaba completamente extenuado y abatido.

—¡No! ¡No! ¡No! —respondió el perro aullando maliciosamente.

—Te lo ruego —dijo el zorro—. Ya no puedo más. Estoy acabado. Déjame que me vaya. Déjame ir a casa. Déjame que al menos muera en paz.

—¡No! ¡No! ¡No! —ladró el perro.

El zorro le rogó más encarecidamente aún:

—Al fin y al cabo somos parientes —se lamentó—. Somos casi hermanos. Déjame ir a casa. Déjame morir con los míos. Somos casi hermanos..., tú y yo...

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó el perro furioso.

Entonces el zorro se incorporó y se quedó muy erguido, aunque sentado. Hundió su hermoso y afilado hocico en el pecho que le sangraba, alzó los ojos y miró al perro a la cara. Con una voz completamente distinta, resuelta, triste y exasperada a un tiempo, gruñó:

—¿No te da vergüenza? ¡Traidor!

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó el perro.

Pero el zorro prosiguió:

—¡Desertor! ¡Renegado! —tenía el cuerpo en tensión, del odio y el desprecio que sentía—. ¡Esbirro! —siseó—. ¡Miserable! Tú nos sigues el rastro hasta donde «él» no

podría encontrarnos. Tú nos persigues y nos alcanzas porque «él» no podría hacerlo. Tú nos entregas a nosotros, que somos tus parientes, a mí, que soy casi tu hermano. ¿No te da vergüenza?

De pronto se oyeron otras voces provenientes de todas partes:

—¡Traidor! —gritaron las urracas desde los árboles.

—¡Esbirro! —graznó el grajo.

—¡Miserable! —silbó la comadreja.

—¡Renegado! —bufó el turón.

De todos los árboles y arbustos salían siseos, pitidos y gritos estridentes, y las cornejas graznaban desde arriba:

—¡Esbirro!

Todos se habían acercado deprisa, y desde lo alto de los árboles o desde el suelo, en seguros escondrijos, presenciaban la disputa. La furia del zorro desató a su vez la furia y la saña que todos ellos llevaban dentro, y la sangre que humeaba ante sus ojos los enloqueció y les hizo olvidar todo miedo.

El perro miró en torno a él.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué queréis? ¿Qué sabéis vosotros? ¿Qué decís? Todos pertenecéis a «él», como yo le pertenezco. Pero yo le quiero, le adoro. Estoy a su servicio. Y vosotros, miserables, ¿queréis sublevaros contra «él»? «El» es todopoderoso. Está por encima de nosotros. Todo lo que tenéis es de «él». Todo lo que crece y está vivo es de «él».

El perro temblaba de entusiasmo.

—¡Traidor! —chilló la ardilla con voz penetrante.

—Sí —siseó el zorro—. ¡Traidor! No hay otro traidor más que tú, tú solo.

El perro se meneaba excitado.

—¿Yo solo? ¡Mentiroso! ¿Acaso no viven con «él» otros muchos? El caballo, la vaca, el cordero, las gallinas... Muchos de los vuestros, de todas vuestras especies, viven con «él» y le adoran y le sirven.

—¡Canalla! —bufó el zorro lleno de inmenso desprecio.

El perro no pudo contenerse más y le saltó a la garganta. Gruñendo, echando espuma por la boca y jadeantes rodaron por la nieve pataleando salvajemente. Hechos un ovillo del que salían pelos volando, levantaron una polvareda de nieve, salpicada de pequeñas gotas de sangre. Pero el zorro no pudo pelear mucho tiempo. A los pocos segundos, yacía de espaldas mostrando su blanca barriga; dio un respingo, se estiró y murió.

El perro lo sacudió aún varias veces; luego lo dejó caer sobre la nieve revuelta, se quedó allí esparrancado y volvió a llamar con voz grave y potente:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí está!

Los otros, aterrorizados, habían huido en todas direcciones.

—¡Qué horror! —dijo Bambi en voz baja al viejo en su agujero.

—Lo más horrible —respondió el viejo— es que todos los perros creen en lo que

ha dicho ése. Creen en eso y se pasan la vida llenos de miedo. Le odian a «él» y se odian a sí mismos. Pero son capaces de morir por «él».



[24]

Cesó el frío, y en mitad del invierno se produjo un alto. El terreno bebía la nieve derretida a grandes tragos; de esta manera aparecieron grandes superficies de tierra. Aún no cantaban los mirlos, pero cuando alzaban el vuelo desde el suelo, a donde iban en busca de gusanos, o cuando revoloteaban de árbol en árbol, lanzaban un pitido alegre y sostenido que ya era casi un canto. El pájaro carpintero reía de nuevo, las urracas y las cornejas se habían vuelto más parlanchinas y los herrerillos charlaban alegres entre sí. Y ahora los faisanes, cuando bajaban de los árboles en los que habían dormido, se quedaban quietos en el mismo sitio casi tanto tiempo como cuando hacía bueno; allí se sacudían las plumas al sol de la mañana y lanzaban una y otra vez su cacareo metálico y quebrado.

Una de aquellas mañanas Bambi se dio un paseo más largo que de costumbre. Con el alba llegó al borde de la hondonada. Al otro lado, donde vivía antes, se movió algo. Bambi se escondió entre los árboles y se puso a mirar. En efecto, por allá iba alguien de su especie paseándose de un lado a otro. Bambi vio cómo buscaba un trozo sin nieve y probaba la hierba que había brotado tempranamente.

En el momento en que Bambi iba a darse la vuelta con indiferencia para marcharse, reconoció a Falina. Su primer impulso fue saltar hacia adelante y llamarla. Pero se quedó quieto, como clavado a la tierra. ¡Hacía tanto que no la veía! El corazón empezó a latirle muy deprisa. Falina caminaba despacio, como si estuviera cansada o triste. Se parecía a su madre, la tía Ena; Bambi reparó en ello con sorpresa y con dolor.





Falina levantó la cabeza y miró en la dirección de Bambi, como si hubiera notado su proximidad.

De nuevo se sintió Bambi impulsado a avanzar, pero se quedó quieto, paralizado por una impotencia que le impedía moverse.

Vio que Falina tenía el pelo gris; se había vuelto vieja.

«La alegre y atrevida Falina —pensó—. Qué hermosa y ágil era.»

De pronto le pareció ver toda su juventud: el prado, los caminos por los que le llevaba su madre, los alegres juegos con Gobo y Falina, al bueno del saltamontes y a la mariposa, la pelea con Karus y Rono, en la que conquistó para sí a Falina. De repente, se sintió otra vez feliz, aunque muy agitado.

Al otro lado, Falina se alejaba despacio, triste, cansada, con la cabeza agachada. Bambi en ese momento la amó con una gran ternura y melancolía. Quería cruzar la hondonada que durante tanto tiempo le había separado de ella y de los demás, quería ir en su busca y hablar con ella de su juventud y de todo lo que había pasado.

La siguió con la mirada y la vio meterse por los desnudos arbustos, hasta que por fin desapareció.

Bambi permaneció mucho tiempo mirando en esa dirección.

De pronto se oyó un estampido. Bambi se estremeció.

Había sonado en el lado de Bambi; no muy cerca, pero en su lado.

Sonó otro trueno y, a continuación, otro más.

Bambi retrocedió unos pasos hacia la espesura; allí se detuvo y escuchó. Todo estaba en silencio. Cautelosamente se deslizó hacia su escondrijo.

El viejo ya estaba allí, pero aún no se había metido, sino que se hallaba de pie, como si le estuviera esperando.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? —le preguntó con tal severidad que Bambi permaneció callado.

—¿Has oído eso? —dijo el viejo al cabo de un rato.

—Sí —respondió Bambi—. Tres veces. «El» está en el bosque.

—Seguro —asintió el viejo.

Luego repitió con una entonación especial:

—«El» está en el bosque. Tenemos que ir hacia allí.

—¿Hacia dónde? —se le escapó a Bambi.

—Hacia allí —dijo el viejo con voz grave—. Hacia donde está «él».

Bambi se asustó.

—No te asustes —continuó diciendo el viejo—. Ven y no tengas miedo. Me alegro de poder llevarte y enseñarte algo... —vaciló y añadió en voz baja—: antes de morir...

Bambi miró consternado al viejo y de pronto se dio cuenta de que estaba muy decrepito. Tenía la cabeza completamente blanca y la cara muy demacrada; había desaparecido de sus ojos aquel intenso brillo y ahora tenían un color verdoso opaco y una expresión apagada.

No habían andado mucho, cuando les llegó la primera ráfaga de ese olor penetrante que tanto les intimidaba y aterrorizaba.

Bambi se detuvo. Pero el viejo continuó andando derecho hacia ese olor. Bambi le siguió vacilante.

Poco a poco se iba aproximando aquel olor perturbador en oleadas cada vez más intensas. Sin embargo, el viejo seguía andando sin detenerse. A Bambi le asaltó la idea de huir, se le agolpó en el pecho, le hirvió en la cabeza y en todos los miembros, y parecía arrastrarle consigo. Pero logró dominarse con gran esfuerzo y siguió andando tras el viejo.

Entonces aumentó de tal manera el hostil olor, que ya no se sentía ningún otro y apenas se podía respirar.

—Ahí está —dijo el viejo haciéndose a un lado.

A dos pasos de ellos y sobre unas matas aplastadas yacía «él» en la nieve revuelta.

A Bambi se le escapó un grito de terror sofocado. De repente dio un salto y, obedeciendo a sus deseos, se dio a la fuga. Estaba enloquecido por el miedo.

—¡Alto! —le oyó gritar al viejo.

Bambi se volvió para mirar y vio que el viejo permanecía tranquilo junto a donde yacía «él». Fuera de sí de asombro e impulsado por la obediencia y por una inmensa curiosidad que le hacía estremecerse, se acercó.

—Acércate más. Sin miedo —dijo el viejo.

Allí estaba «él», con su pálida y desnuda cara vuelta hacia arriba y el sombrero un poco ladeado sobre la nieve. Bambi, que no sabía nada de sombreros, pensó que aquella horrible cabeza estaba partida en dos.

El cuello desnudo del cazador furtivo estaba agujereado por una herida abierta como una pequeña boca de color rojo, de la que aún manaba sangre. Tenía el pelo y la nariz llenos de sangre ya seca. A su lado, la nieve se derretía al calor de un charco grande de sangre.

—Aquí estamos —comenzó a decir el viejo en voz baja—; muy cerca de «él» y, sin embargo, ¿dónde está el peligro?

Bambi miró el cuerpo yacente; aquella figura, aquellos miembros, aquella piel le parecieron misteriosos y horribles. Al ver sus ojos ciegos sin vida, mirándole fijamente, no entendió nada.

—Bambi —continuó diciendo el viejo—, ¿te acuerdas de lo que dijo Gobo, de lo que dijo el perro y de lo que creen todos? ¿Te acuerdas?

Bambi no podía responder.

—¿Lo ves, Bambi? —siguió diciendo el viejo—. ¿Ves cómo «él» yace ahí como uno de nosotros? Escúchame, Bambi. «El» no es todopoderoso como dicen. No proviene de «él» todo lo que crece y vive. «El» no está por encima de nosotros. Está a nuestra altura y es igual que nosotros, pues también «él» conoce el miedo, la penuria y el sufrimiento. Puede ser vencido como nosotros, y entonces yace indefenso en el

suelo, igual que nosotros, tal y como lo ves ante ti.

Se hizo un silencio.

—¿Me entiendes, Bambi? —preguntó el viejo.

Bambi contestó con un susurro:

—Creo que sí.

El viejo le ordenó:

—Pues habla.

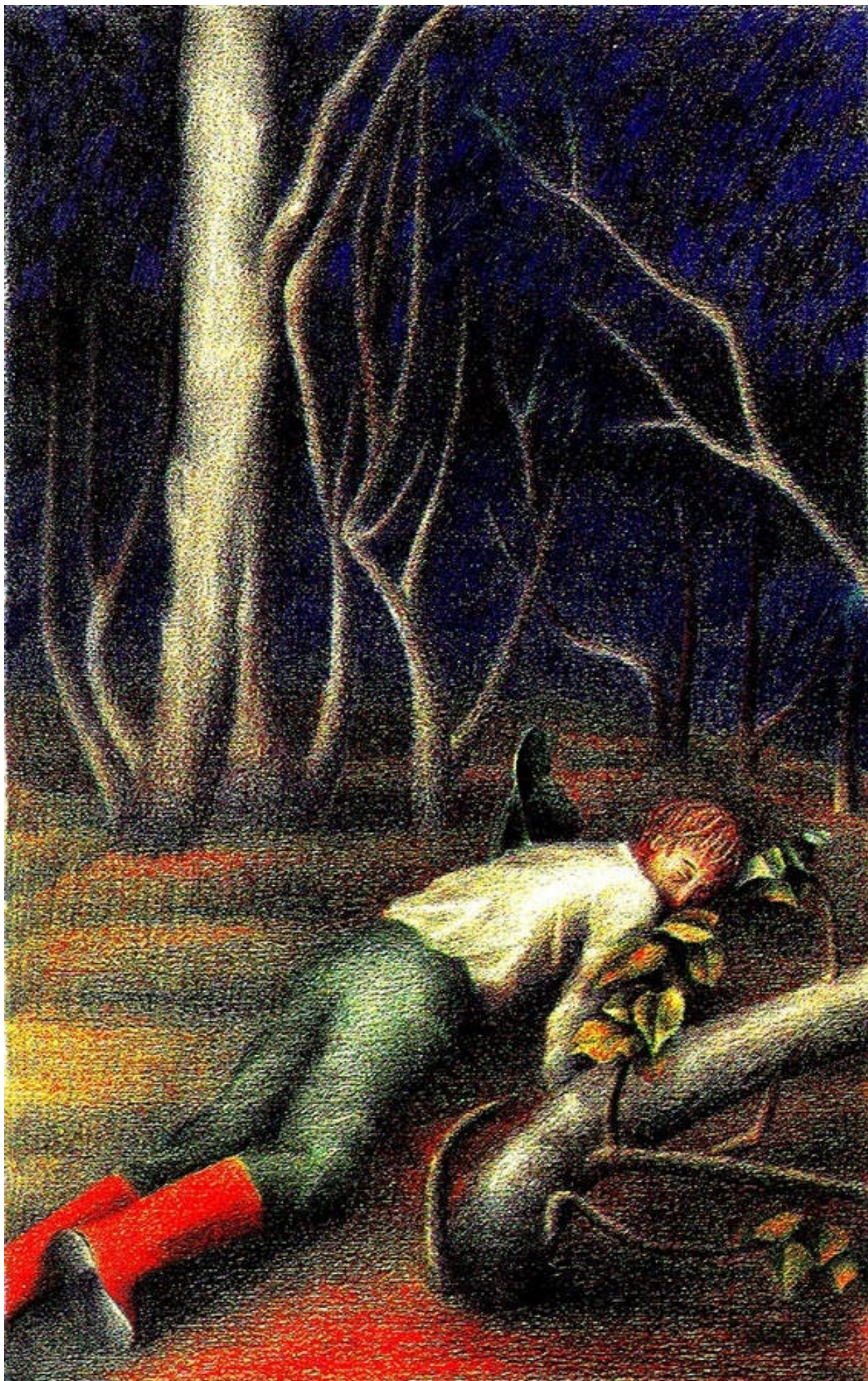
Bambi se sonrojó y dijo con voz trémula:

—Hay otro por encima de todos, de nosotros y de «él».

—Entonces ya me puedo ir —dijo el viejo.

Se dio la vuelta y aún caminaron un trecho juntos.

El viejo se detuvo al pie de un alto fresno.



—No me sigas más, Bambi —comenzó a decir con voz serena—. Me ha llegado la hora. Ahora tengo que buscarme un lugar para terminar mis días.

Bambi iba a hablar.

—No... —dijo el viejo cortándole la palabra—, no. En la hora que se me acerca estamos solos. Adiós, hijo mío. Te he querido mucho.





[Epilogo]

Era un día de verano. A primera hora de la mañana no se sentía ni una ráfaga de viento ni el frío propio del alba. El sol parecía salir más aprisa que otras veces; subió rápidamente y despidió unas llamaradas cegadoras, como un enorme incendio.

Inmediatamente se evaporó el rocío de las praderas y de los arbustos; la tierra se secó del todo y se desmenuzaron sus terrones. En el bosque se hizo el silencio antes de lo normal. Sólo se oía reír aquí y allá al pájaro carpintero, y también las palomas se arrullaban infatigables con ferviente ternura.

Bambi se hallaba en un pequeño y escondido claro que se abría en mitad de la espesura. Sobre su cabeza danzaba y cantaba un enjambre de mosquitos al sol. En las hojas del avellano próximo a Bambi se oyó un suave zumbido que se iba acercando; lentamente pasó volando un escarabajo, atravesó el enjambre de mosquitos y subió más y más, llegando a la copa del árbol en el que pensaba dormir hasta la noche. Tenía los élitros graciosamente levantados y sus alas zumbaban de la fuerza que hacía.

—¿Le habéis visto? —se preguntaban los mosquitos entre sí.

—Es el más viejo de todos —cantaban los unos.

—Todos los de su familia están ya muertos. Pero él aún vive —cantaban los otros.

Unos mosquitos muy pequeños preguntaron:

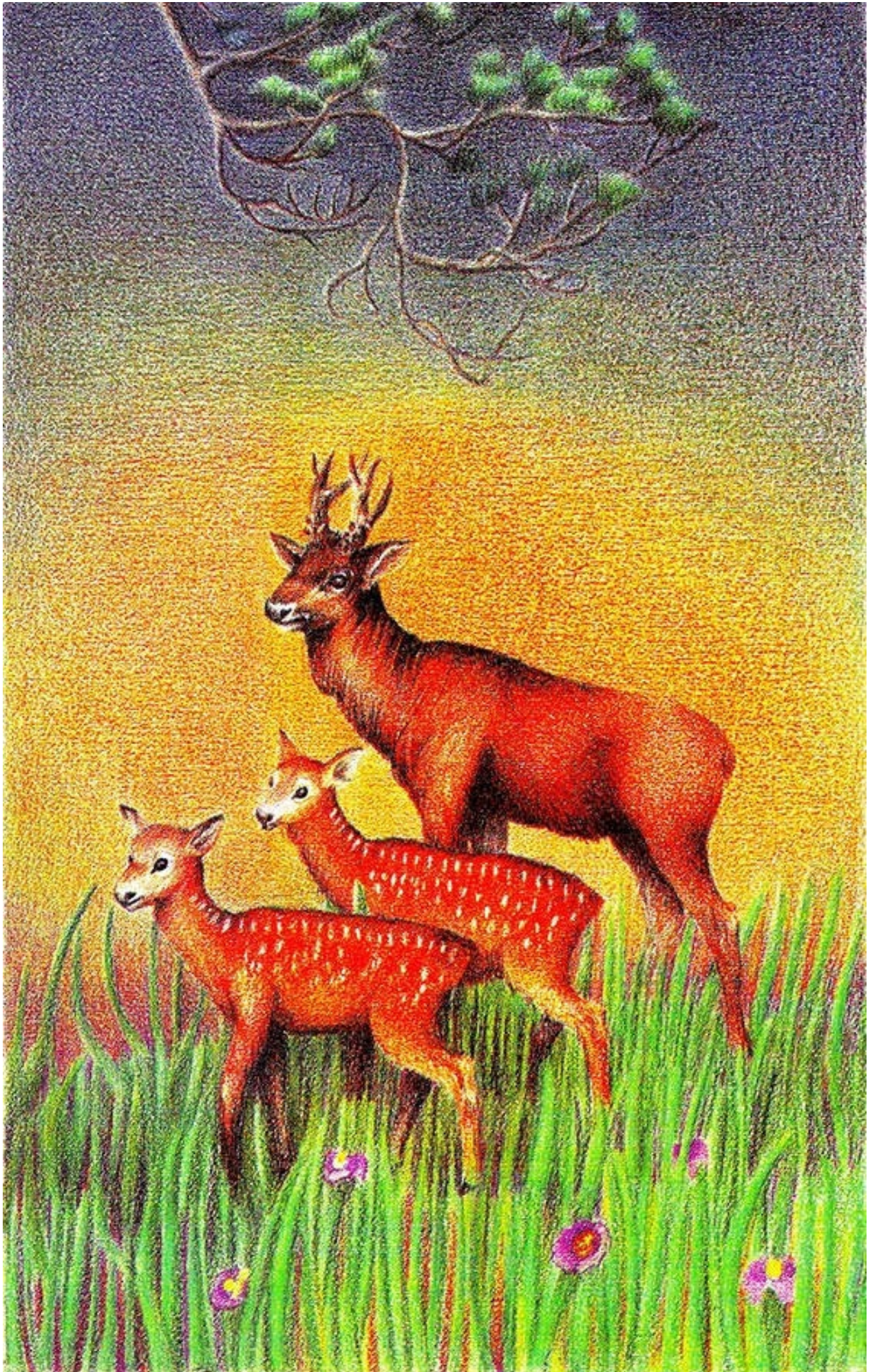
—¿Cuánto tiempo vivirá todavía?

Los otros respondieron cantando:

—Eso no podemos saberlo. Ha sobrevivido a todos los suyos. Es muy viejo, viejísimo.

Bambi siguió andando.





«Ya están los mosquitos con sus canciones», pensó.

A sus oídos llegó una llamada tierna y asustadiza. Eran voces de su propia especie:

—Mamá, mamá...

Bambi se deslizó por los arbustos en la dirección de la llamada. Vio a dos corcinos de pelaje rojizo. Eran hermano y hermana y estaban abandonados, desalentados.

—Mamá, mamá... —gritaban.

Antes de que se dieran cuenta, ya estaba Bambi frente a ellos. Le miraron fijamente, sin habla.

—Ahora vuestra madre no tiene tiempo —les dijo con severidad.

Miró al pequeño a los ojos y le dijo:

—¿No sabes estar solo?

El pequeño y su hermana enmudecieron.

Bambi se dio la vuelta, se metió por el arbusto más próximo y desapareció antes de que los dos volvieran en sí. Siguió andando.

«El pequeño me gusta —pensó—. Tal vez me lo vuelva a encontrar cuando sea mayor.»

Siguió andando.

«La pequeña... —pensó—. También ella es bonita. Se parece a Falina cuando era pequeña.»

Siguió andando y desapareció en el bosque.





Apéndice

La época

Félix Salten nació en 1869, dos años después de que el tratado de 1867 configurase, un poco artificialmente acaso, los confines del llamado imperio austrohúngaro. La derrota de Austria frente a Alemania, finalizada con la Paz de Praga de agosto de 1866, significó la eliminación de Austria del proyecto prusiano y la hegemonía de Bismarck (1815-1898), llamado el «Canciller de Hierro», que durante veinte años había de regir solapadamente los destinos de Europa. Su victoria sobre Francia en 1871 no hizo sino confirmar su alternativa. Y así, como ha dicho Pierre Renouvin, de 1871 a 1890 todos los ojos estaban vueltos hacia Bismarck.

Cambios en Europa

Entre tanto, el imperio austrohúngaro se vio sometido a una reorganización. Frente a la solución federalista, propugnada por los pueblos de Bohemia-Moravia (checos, polacos y eslavos del sur), prevaleció la solución dualista propuesta por la nobleza húngara, cuyo sueño, un tanto vago, era restablecer el antiguo reino de Hungría. De este modo, aunque los húngaros propiamente dichos constituían poco más de la tercera parte de la población, frente a los eslovacos, rumanos, serbios y croatas, acabaron imponiendo sus puntos de vista por su cohesión, su hábito de gobierno y la influencia que ejercían sobre las masas campesinas, casi dobles en número, pero mucho menos evolucionadas. Finalmente, en 1867 se firmó un tratado por el que el imperio se dividía en dos estados soberanos: Cisleithania y Transleithania. (El nombre procedía del río Leitha, afluente del Danubio y frontera natural entre ambos estados.) El primero correspondía a la zona de Austria, con el título de imperio, y el segundo, a la de Hungría, con el nombre de reino. Cada estado conservaba su propio parlamento, pero el monarca era común a ambos (Francisco José, que era, pues, emperador de Austria y rey de Hungría), así como los ministerios de Asuntos Exteriores, de Guerra y de Hacienda. Del mismo modo, se reunían delegaciones de ambos parlamentos cuando había que tratar asuntos de interés común o tomar medidas económicas y financieras de importancia para los dos estados.

El imperio austrohúngaro

La configuración del imperio en el concierto europeo se redondeó con el Tratado de Berlín de 1878, que cedió al imperio austrohúngaro Herzegovina y Bosnia. (Esta medida provocó el descontento entre los nacionalistas serbios, y fue precisamente en una ciudad de Bosnia, Sarajevo, donde ocurriría el atentado que desató la Primera Guerra Mundial, aunque venía incubándose tiempo atrás.) Austria-Hungría constituyó con Alemania e Italia la «Triple Alianza», para contrarrestar la «Triple Entente», formada por Francia, Rusia y Gran Bretaña. Europa quedaba así dividida en dos bloques, cuyo equilibrio duró lo que duraron los entendimientos tácitos entre las potencias rivales. Cuando la disputa por las colonias y el comercio internacional se combinara en dosis adecuadas con las reivindicaciones de independencia y emancipación de algunos de los pueblos sojuzgados, sólo faltaría la chispa que hiciera estallar los intereses encontrados sometidos a presión. En este caso, la chispa fue el asesinato del príncipe heredero de Austria, Francisco Fernando. Si la gota colmó el vaso, fue porque el vaso estaba lleno. Ya la baronesa de Suttner, en el epílogo a su novela *¡Abajo las armas!*, publicada en 1889, hablaba de «la inmensa guerra europea que nos amenaza».

La configuración del imperio

El precario equilibrio europeo





Pero, antes de llegar a la explosión final, el Imperio conoció días de prosperidad entreverados con reveses. A raíz de la reorganización de los estados, a principios de los años setenta, el Imperio experimentó un desenvolvimiento económico considerable. Si bien es cierto que aún predominaba la población agrícola, la industria se desarrolló con rapidez: se fundaron numerosos bancos, se incrementaron las líneas de ferrocarril, y las ciudades se embellecieron con nuevos edificios. Por desgracia este primer impulso no duró mucho, a consecuencia de un crac bursátil ocurrido poco después de la brillante exposición internacional de Viena de 1873. De los 141 bancos quebraron 96, arrastrando la industria en su caída. Fue una época particularmente dura, de paro y miseria, con abundantes huelgas y disturbios reprimidos por el ejército. Fue, en consecuencia, un período propicio para el crecimiento del proletariado urbano y para que aumentara el auge y credibilidad de las doctrinas socialistas. La industrialización volvió a reanudarse a principios de la década de los ochenta, pero el retraso con respecto a Alemania y los países occidentales era inevitable. Por lo demás, todavía en 1910 el campesinado representaba las dos terceras partes de la población.

Prosperidad y reveses

Progresivamente la burguesía rural fue ganando terreno frente a la nobleza, al tiempo que se agudizaba el problema de las nacionalidades, siempre latente y nunca resuelto, y se planteaba el de la liberalización del estado. Estas cuestiones dividían a los grupos políticos, sobre todo en la zona de Austria, donde se fraccionaron en numerosos partidos con la consiguiente inestabilidad ministerial. En la zona de Hungría la vida era más tranquila y la nobleza seguía conservando su preponderancia, aunque también los grupos independentistas planteaban serios conflictos: en 1905, las ideas que propugnaban un ejército húngaro autónomo, sumadas a las presiones de los distintos nacionalismos, condujeron a una huelga fiscal y de reclutas, que estuvo a punto de dar al traste con el compromiso de 1867. La crisis fue conjurada mediante un curioso chantaje: el gobierno imperial amenazó con implantar el sufragio universal, cosa que las minorías dirigentes tampoco deseaban, y ante oferta tan generosa cedieron. En cualquier caso, pese a la creciente prosperidad económica, al prestigio imperial, al poder del ejército, a la influencia de la Iglesia y al desarrollo cultural^[1], el terreno de la discordia estaba perfectamente abonado cuando, el 28 de junio de 1914, el estudiante servio Princip disparó contra el archiduque Francisco Fernando y su esposa. Austria declaró la guerra a Serbia, pretextando que sus actividades incitaban a la rebelión a los eslavos del sur y atentaban contra la integridad del Imperio austrohúngaro.

Deterioro progresivo

La chispa

Con la guerra de 1914 acabó definitivamente el siglo XIX. En lo sucesivo ya nada sería igual. La guerra sembró de muertos Europa, arrasó los campos e hizo aparecer el fantasma del hambre. El escritor alemán Ernst Jünger, en su novela *Tempestades de acero*, la ha descrito con una frialdad y una objetividad estremecedoras. En las ciudades de Austria y Bohemia las cosechas se redujeron a la tercera parte, el coste de la vida en cuatro años se multiplicó por seis y el entusiasmo bélico desapareció. La muerte de Francisco José a finales de 1916 y la subida al trono de su sobrino Carlos, liberal y deseoso de firmar la paz, hubieran podido apaciguar las cosas, pero los alemanes de Austria se lo impidieron y todo empezó a empeorar. Las huelgas se sucedieron hasta en el ejército, los nacionalismos separatistas fueron apoyados por las potencias de la «Entente», las masas populares adoptaron una actitud revolucionaria a base de huelgas, motines y agrupaciones de obreros y soldados. Al final de la guerra el imperio estaba desmembrado: «El consejo nacional de Praga decidió la creación del Estado checoslovaco; el de Agram anunció la unión de los eslavos del sur a Serbia; Hungría proclamó su plena independencia; en Viena, los diputados de los países alemanes en el Reichsrat (Consejo de Estado) se constituyeron en Asamblea Nacional y proclamaron la República de Austria, el 12 de noviembre, después de que el emperador hubiera puesto sus poderes a disposición del pueblo» (P. Guillén). El imperio austrohúngaro ya sólo existiría en las películas de Berlanga. De él no quedarían más que los «trasnochados oropeles» que un personaje de *La inmortalidad del cangrejo*, de S. R. Santerbás, ha resumido así: «Los valsos, las polcas, la familia Strauss, los niños cantores de Viena, el Bello Danubio Azul (que no era bello ni azul), el señor Radetzky, la Musikvereinsaal, las palmadas a compás y las bromitas a destiempo.»

La guerra de 1914

El final de la guerra

La Primera Guerra Mundial había cambiado la faz de Europa. Pero la paz sólo fue una tregua, pues estaban puestas ya las bases para la Segunda. José Fontana cuenta que «en la

La tregua

noche del 13 al 14 de octubre de 1918, los británicos lanzaron un ataque con gases contra las tropas alemanas en Werwick, cerca de Ypres, y el cabo Adolf Hitler perdió temporalmente la visión a consecuencia de ello». Y añade: «¿Qué habría sucedido si Hitler se hubiera encontrado en un lugar en el que los gases pudieran haberlo matado? [...] ¿Habría estallado entonces la Segunda Guerra Mundial? [...] Tales lucubraciones nacen de la ignorancia acerca de los factores que rigen la evolución de las sociedades.» En el caso de Austria, convertida en reciente República y despojada bruscamente de su pasado, era previsible su inclinación a girar en la órbita alemana. Sólo diez años después de haber fijado las fronteras y haber votado la Constitución de 1920, aparecieron abiertamente los nacionalsocialistas austríacos, con su antisemitismo y su violenta reivindicación de la unión (*Anschluss*) con Alemania. Si a esto añadimos la inflación de 1922, que paralizó el comercio, la crisis mundial de 1929-1930, el clima de inseguridad y recelos con que se vio la irresistible ascensión de Hitler, el asesinato del canciller Dollfuss por los nazis en julio de 1934, las divisiones internas y la labor de zapa y desintegración realizada por la Alemania hitleriana, tendremos algunos de los escalones que propiciaron la invasión de Austria por Hitler en marzo de 1938. Austria se convirtió en una provincia del Reich hasta el final de la guerra. Félix Salten, judío de nacimiento, había salido de Austria el mismo año 1938, no se sabe si por necesidad o por prudencia. Murió poco después de acabada la guerra, y ya no pudo ver cómo Austria rehacía su unidad política después de 1945.

*La irresistible
ascensión de
Hitler*

El autor

Siegmund Salzmänn, el futuro Félix Salten, nació en Budapest el 6 de septiembre de 1869. Nacido en el «reino de Hungría» y trasladado con menos de un mes al «imperio de Austria», puede decirse que vivió el nacimiento, dilatación y ruina del imperio austrohúngaro. Su padre, Philipp Salzmänn, era de Miskolcz, un lugar donde la mayor parte de los habitantes eran judíos. Los antepasados de Salten habían sido todos rabinos, pero su padre rompió la ininterrumpida cadena haciéndose ingeniero. Descubrió un yacimiento de carbón y, creyendo que aquello era una mina —y nunca mejor dicho—, compró la parte del resto de los socios. Pronto resultó que la mina sólo consistía en una delgada capa de carbón, y Philipp Salzmänn se arruinó y aún dejó deudas, que en parte tendría que pagar su hijo. Su madre, Marie Moskovic, aunque más inteligente y práctica que su padre, jamás le llevó la contraria, quizá porque, aunque él vivía en las nubes, la amaba con el amor romántico y devoto de los trovadores.

*Nacimiento y
familia*

El pequeño Siegmund llegó, pues, a Viena cuando apenas tenía un mes. Asistió a la escuela primaria de Währing. Aunque era el único niño judío de la clase, le permitían asistir a las clases de religión, y llegó a mostrar gran interés por las historias bíblicas de milagros. (Su padre, con el espíritu tolerante de la época o su desprecio por las pequeñeces de la vida, no se preocupaba de si sus hijos daban clase de religión o no.) También le gustaba la música. Con siete u ocho años, se detenía a escuchar a los músicos callejeros o entraba a las iglesias para oír los sonoros acordes del órgano. Su primo Josef Lamberg, nueve o diez años mayor que él, le introdujo en el conocimiento de la música clásica.

*Primeros
estudios y
aficiones*

Estando en el instituto de enseñanza media Hernals, Siegmund se sintió claramente judío, abandonó el Hernals y se matriculó en el instituto de Vasa, donde la mitad del alumnado era judío. Allí tuvo un enfrentamiento con el profesor de latín y, al llegar a tercero, hubo de abandonar el instituto. Por entonces sus padres habían sido desahuciados y deambulaban de hotel en hotel. Según cuenta el propio Salten, en aquellos duros días sólo la lectura de los clásicos le mantenía en pie. A los dieciséis años entró a trabajar en una compañía de seguros, gracias a un pariente lejano que estaba de director en ella. Los ingresos estables de Siegmund posibilitaron la adquisición de una vivienda, que puso fin a los vagabundeos de la familia.

El niño judío

Sin embargo, tampoco Siegmund debía de ser hombre de seguros. Pronto perdió el empleo, pero empezó a escribir y consiguió vivir de los cuentos que escribía. También su hermano Ignaz hacía versos, e incluso era considerado el genio de la familia. Siegmund, para evitar halagos inútiles y confrontaciones molestas, adoptó el pseudónimo de Félix Salten. Cuando sus padres se enteraron de que Félix Salten era el propio Siegmund Salzmänn, ya llevaba varias cosas publicadas.

El pseudónimo

El café Griensteidl era el centro de reunión de los jóvenes literatos vieneses. En torno a Hermann Bahr se reunía lo más granado de la literatura de la época. Allí estaban, entre otros, Schnitzler, Hofmannstahl y Beer-Hofmann, que moriría el mismo año que Salten. Estos jóvenes desarrollaron una literatura surgida del encuentro entre el naturalismo y el impresionismo, con predominio del sentimiento y de la psicología. Sólo Salten conservó siempre la clarividencia del crítico. El, que había empezado como cuentista y poeta, se convertiría en crítico teatral, con artículos que habían de sorprender por la minuciosidad y exactitud de sus análisis. A pesar de su juventud, estaba muy bien pagado, y él respondía consiguiendo noticias de primera página para su periódico de Viena, viajando al extranjero para conocer de cerca a los protagonistas de los acontecimientos relevantes o consiguiendo entrevistas oportunas en el justo momento en que los personajes estaban en candelero. No es de extrañar que los enemigos surgieran en sus propias filas y entre los de su misma profesión. Karl Kraus, el principal satírico de Viena, se ensañó con Salten, que en una ocasión contestó a sus pullas con un par de bofetadas.

*El café
Griensteidl*

Desde julio de 1890, el círculo formado en torno a Hermann Bahr se convirtió en una asociación literaria llamada «Tribuna Libre». Programaron el estreno de dos obras de Maeterlinck, *El intruso* y *Los ciegos*, en el teatro Rudolfheimer, pero a Salten se le olvidó presentar las obras a la censura previa y la representación fue prohibida. Como suele ocurrir en estos casos, la intervención policial sirvió de propaganda para el grupo.

«Tribuna Libre»

Entre 1890 y 1902 colaboraba en diversos periódicos con artículos de crítica teatral y otros temas de actualidad. Salten debía multiplicarse, pues seguía manteniendo a su familia. A pesar de no estar mal pagado, su situación económica pasó por momentos de gran estrechez y penuria. Para colmo, en 1901 estrenó una obra en el teatro de Viena, que fue vapuleada por la crítica y constituyó un estruendoso fracaso. Por esta época se vio envuelto también en líos amorosos con una moza desprejuiciada y una sirvienta, cuyo saldo final se cifró en dos hijos naturales, deudas por valor de 60. 000 coronas de oro y dos poemas a la criada que fue la madre de su segundo hijo^[2].

*Periodismo y
amores*

De esta vida desordenada vino a sacarle Ottilie Metzl, una actriz del Teatro Nacional de Viena, cuya voz siempre le había cautivado. En la época de su fracaso teatral ella estuvo a su lado, así como su futuro cuñado, Richard Metzl. Ottilie era un año mayor que él. Se casaron en 1902 y tuvieron dos hijos: Paul, nacido en 1903, y Anna Katherina, un año después.

La boda

De 1902 hasta la primera Guerra Mundial, Salten escribió en varios periódicos. Su fama como periodista empezó a crecer a raíz de la publicación de un artículo necrológico sobre Zola, el 30 de septiembre de 1902. En esta primera época de su matrimonio estaba de folletinista en el periódico *Zeit*, y cuatro años después era redactor jefe del *Berliner Zeitung* y del *Morgenpost*. Viajó a Inglaterra como corresponsal alemán, y conoció a los políticos británicos David Lloyd George y Winston Churchill. En 1906, con motivo del terremoto de San Francisco, Salten escribió un artículo lleno de fantasía, que imprimió por su cuenta, ya que no había tiempo para incluirlo en el periódico. Al comienzo de la guerra era redactor jefe del *Fremdenblatt* (diario del extranjero), lo que le eximió del servicio militar. Salten cambió el formato del periódico y sacó un suplemento dominical en color. Todos los redactores intentaron disuadirle de aquella descabellada idea, pues era el único periódico que leía el emperador y no convenía andarse con frívolas innovaciones. Pero Francisco José I quedó encantado. Durante la guerra escribió unos tres mil artículos, a una media de dos artículos diarios. Desde las columnas de la *Neue Freie Presse* (Nueva Prensa Libre), el diario vienés de mayor difusión, Salten siguió ejerciendo su influencia sobre la vida intelectual y cultural vienesa.

*El periodista
famoso*

Fue ésta la época cumbre de su vida. De 1925 a 1934 fue presidente del Club PEN de Austria. Como presidente, organizó el gran Congreso de Viena de 1929. Tenía entonces sesenta años, y su cumpleaños fue celebrado por todo lo alto. Numerosos poetas y críticos nacionales y extranjeros le felicitaron. La ciudad de Viena le nombró ciudadano de honor. Se sentía feliz y eufórico. Por estas fechas escribía en su diario: «A esta edad se habla del umbral de la vejez. ¡Qué estupidez! No me siento acabado en absoluto. Juego al tenis, este año he hecho una docena de escaladas a la montaña, nado como un pez y me gustan más que nunca las chicas jóvenes y bonitas. Soy un amante apasionado de este hermoso mundo.» Ese mismo año hizo un viaje a América, y su hija —actriz como su madre— se

*La época
cumbre de su
vida*

casó con Hans Rehman, también actor.

Los disgustos empezaron en 1937. Su hijo murió en un accidente de coche. Un año después ocurría la invasión de Austria. Salten, judío de nacimiento, salió de Viena en prevención de mayores males. Ayudado por la embajada americana, consiguió salvar buena parte de sus objetos de valor. Su hija ya era ciudadana suiza y pudo establecerse en Zürich en 1939.

Los disgustos

«Odio a Viena tanto como la he amado», decía Félix Salten, sin poder olvidarse de su Viena querida. Ya todo fue muy rápido. En 1942 murió su mujer. Todavía tuvo tiempo de ver el final de la terrible guerra europea. Las primeras emisiones de radio desde Austria le hicieron llorar como un niño. Seguía echando de menos a su patria. Pero ya no volvería a Viena. Una pulmonía complicó irreversiblemente la enfermedad que venía padeciendo últimamente, y murió el 8 de octubre de 1945, el mismo año que Frank Werfel y Richard Beer-Hofmann. Tenía setenta y seis años.

El fin de la guerra y el de Salten

La obra

A la hora de analizar la obra de un escritor como Salten, es fácil dejarse tentar por los futuribles. Por ejemplo, ¿cómo hubiera sido la obra de Salten de no haberse dedicado tan de lleno al periodismo? Sabemos que *Bambi* nació de un modo un tanto ocasional, sin pretensiones. (Quizá por eso sea una obra a la vez tan sencilla y tan poderosa.) El éxito de *Bambi* en Norteamérica, popularizado por los dibujos animados de Walt Disney, le convirtió de la noche a la mañana en «escritor de animales». Varios de los libros posteriores sobre animales, principalmente los de la época de Zürich, los escribió por encargo^[3]. Y se nota. Carecen de esa emoción contenida, de esa gravedad sin concesiones que posee *Bambi*. En cualquier caso, no dejan de tener aciertos parciales, lo que atestigua su capacidad creadora, su amor a la naturaleza y su humanidad.

Futuribles

Pese a su ingente labor periodística, no pasaba año sin que Salten escribiese una pieza de teatro o una novela. (Un leve repaso a su bibliografía bastará para mostrar su enorme actividad literaria.) Pero Salten vivía del periódico, no de la literatura, y aparte de que le gustaba mantener su posición en la opinión pública, siquiera a través del efímero artículo periodístico, no podía prescindir de una fuente de ingresos segura. Salten nunca fue ahorrador, y después de los años de estrecheces gozaba un poco infantilmente regalando a su mujer un frasquito de perfume o comprándose un bastón. Afortunadamente su mujer era buena administradora y tenía buen juicio literario. Siguiendo razonablemente su consejo, amuebló la casa con gusto, la llenó de objetos de arte y elaboró su obra literaria, desde sus novelas históricas a los cuentos de animales.

El periódico y la literatura

Las historias de animales ocupan un espacio importante —en calidad, si no en cantidad— dentro de la obra de Félix Salten. Amante de los animales como era, tenía como mínimo dos perros y un gato, se pasaba muchas horas entretenido con ellos y le gustaba trabajar acariciándolos. También era cazador. Mal cazador, porque le gustaba más examinar el comportamiento de los animales que disparar. Observación y respeto: dos cualidades que Félix Salten pedía al escritor de libros de animales. Para serlo de verdad, decía, «es necesario no sólo tener talento —cosa más frecuente de lo que se cree—, sino ser un hombre completo, para así poder amar y entender a los animales. El narrador ha de permitir que su historia se desarrolle como algo natural a partir de la esencia más profunda, de la peculiaridad más oculta y de los hábitos más característicos de los animales... El escritor de libros de animales debe tener auténtica pureza de corazón. Humildad y respeto ante la existencia, ante el carácter y ante el alma de la criatura: no lo olvidéis. Si falta ese respeto, la historia de animales del más importante literato se convertirá en una chapuza sin alma». En *Bambi* cumplió a la perfección esas reglas.

Las historias de animales

Bambi, como el corzo, nació en estado de gracia. Salten la escribió casi por casualidad; pero su sencillez, su ausencia de pretensiones, la convirtieron en una pequeña obra maestra deliciosa. Sin embargo, la primera edición, publicada en 1924, pasó casi desapercibida. Cinco años después volvió a tentar fortuna con otra historia de animales en el bosque, *Historia de quince liebres* (1929). Si *Bambi* es la «historia de una vida del bosque», *Quince liebres* es la historia de otras vidas y elementos del mismo bosque. De hecho aparecen rápidamente Falina y Bambi, las liebres son testigos de la muerte de Gobo, y a una de ellas

El nacimiento de Bambi

«Historia de quince liebres»

—como a Gobo y más tarde a la Gurri de *Los hijos de Bambi*— también se la lleva *El*, sólo que la liebre muere de melancolía. *Quince liebres* hace hincapié en el clasismo que reina en el mundo animal, del que suelen ser siempre víctimas las liebres. Una vez hay un tímido gesto de protesta por parte de Brinco: «¡Ah, si nosotros, las liebres, los corzos y todos los oprimidos nos uniéramos; si todos los perseguidos hiciéramos causa común...!» (cap. 21).

Buena compañía es una colección de cuentos de animales, de 1930. En la carta-prólogo dirigida a Galsworthy dice: «Si ningún hombre fuera capaz de torturar a un animal, nadie soportaría ver sufrir a los niños, ni que se cometieran injusticias.» Al año siguiente escribió la *Novela de un parque zoológico*, un alegato contra todos los parques zoológicos del mundo. El último capítulo, titulado «Como en la noche», es eso, un coro de animales gritando en la noche: «¿Cuánto durará el cautiverio? ¿Qué hemos hecho para sufrir tanto? ¿Por qué estamos aquí? ¿Para qué nos tienen encerrados?...»

«Buena
compañía»

«Novela de un
parque
zoológico»

De 1933 es *Florián, el caballo del emperador*, quien, como su dueño, participa de los destinos de la monarquía, es decir, de su caída y acabamiento. Salten alude a estos hechos con un poco de melancolía, pero sosegadamente y sin rencor. Dos años después publicó otra serie de «Historias de animales», titulada *Hermanos pequeños*, en cuyo prólogo escribe: «El animal vive con el corazón muy apegado a la naturaleza o a Dios, sin saber nada de ninguno de los dos. El hombre que busque al animal será introducido por él en una humanidad más pura.»

«Florián, el
caballo del
emperador»
«Hermanos
pequeños»

Los últimos libros de animales fueron escritos durante la Segunda Guerra Mundial. *Renni* (1941) es la historia de un perro buscador de heridos durante la guerra, aunque la anécdota es casi un pretexto para mostrarnos los diferentes métodos de educación de los perros y sus resultados, todo ello en un ambiente emotivamente cercano como era el mundo de la guerra. Y aunque Kurt Riedmüller afirma que Salten no toma postura contra la guerra, lo cierto es que la condena varias veces, siquiera sea de un modo general: «La guerra es una gran desgracia. No la hay mayor» (cap. XIX). «La guerra deja a todas sus víctimas maltrechas de cuerpo, alma o mente, o de las tres cosas juntas» (cap. XXII). «La guerra desaloja del corazón toda espiritualidad; las tritura hasta convertirlas en una especie de somnolencia; hace que se llegue, sin ninguna emoción, a apremiar las más terribles destrucciones, y se está capacitado para observar la ruina sin demostrar mayores sentimientos» (cap. XXIX). Véase también el coloquio de los perros Renni, Héctor y Orejas Largas del capítulo XXIII, etc. El problema de esta novela es que está lastrada por una excesiva carga doctrinal y moralizante, que enturbia el buen fluir del relato.

«Renni»

En 1942 realizó Walt Disney la película de dibujos animados *Bambi*, quizá no tan buena como en su día se pregonó, pero sin duda no tan mala como, siguiendo el vaivén de las modas intelectuales, se ha supuesto. En cualquier caso significó un trampolín para Salten, que de la noche a la mañana fue conocido como el «escritor de animales» por excelencia. Aprovechando el éxito, Salten escribió otros cuatro libros más: *La juventud de la ardilla Perri* (1942), que tiene además un contenido autobiográfico: en el lamento del árbol caído expresa su tristeza por la muerte de su hijo Paul. *Pequeño mundo* (1944), donde pone de manifiesto un profundo amor por todos los seres vivos y hace una apología de la amistad animal, en la que «puede uno confiar más que en la de muchos hombres». Si a veces «resulta difícil ganarse la confianza de un animal», dice, «nos lo merecemos por nuestras crueldades y atrocidades». Finalmente, tanto en *El gatito Djibi* (1945) como en *Los hijos de Bambi* (1945), Salten da más protagonismo al hombre, y en general puede decirse que estos últimos libros adolecen de doctrinarismo en detrimento de la sencillez y poesía del relato.

El «Bambi» de
Disney

Otros cuatro
libros más

Si exceptuamos la incursión realizada por Salten un año antes con *El perro de Florencia*, *Bambi* fue su primera historia de animales, la más granada y en cierto modo la que sirvió de paradigma. El argumento es de sobra conocido. La historia comienza cuando Bambi viene al mundo. Como todo corzo, como todo hombre, nace en estado de inocencia. Pronto el aprendizaje de la vida —que al principio es una fuente de sorpresas maravillosas, donde juegan un papel decisivo el movimiento, la luz y el color— le enseña a través de reticencias, de misterios, de sustos, que el sol puede ser peligroso, la hierba funesta, y que vivir es aprender a sobrevivir en un medio esencialmente hostil. El lector asiste, conmovido y fascinado, a ese cambio progresivo de la mirada de Bambi. Primero es el aprendizaje de la soledad y luego la experiencia del sufrimiento y de la muerte. Al final, los ojos

Argumento

reflexivos, melancólicos, de Bambi nos recuerdan una vez más que los únicos paraísos son los perdidos.

Uno de los hallazgos más valiosos de este libro es el punto de vista. El relato está narrado en tercera persona, convencionalmente, pero el lector percibe en seguida que la narración discurre bajo el punto de vista de los animales. Y es aquí donde reside la tremenda ambigüedad y belleza de la historia. Es posible que, desde nuestra óptica, las apreciaciones y juicios de valor de los corzos, y en general de los animales del bosque, carezcan de fundamento y objetividad; pero, desde la suya, no pueden ser más objetivos y reales. La visión de *El* (el hombre) a través de aspectos parciales, de pequeñas parcelas de experiencia, ofrece un juego de pluriperspectivismo literario delicioso y filosóficamente terrible. *El* es todopoderoso hasta que se demuestra que también puede morir. Y entonces el viejo corzo da a entender que «hay otro por encima de todos, de nosotros y de *El*» (pág. 183). Una lectura laberíntica, borgiana, podría acumular preguntas hasta el infinito: ¿Qué es el hombre para el corzo? ¿Qué es el hombre para el hombre? ¿Qué es el *Otro* para el hombre? ¿Qué es el *Otro* para el *Otro*? ¿Qué es...? E inversamente. Borges, siempre Borges, lo ha expuesto magistralmente en un soneto al ajedrez: las piezas se pelean sin saber que están movidas por la mano del jugador. Sólo que...

El punto de vista

Un juego filosófico terrible

... también el jugador es prisionero
(la sentencia es de Omar) de otro tablero
de negras noches y de blancos días.

Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.
¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueño y agonías?

En toda historia de animales sin duda es fácil dejarse llevar por los subentendidos y las dobles lecturas. En *Bambi* es demasiado evidente para olvidarlo. *Bambi* acaba convirtiéndose en una meditación, suave y melancólica, sobre la radical soledad del ser ante la vida y sobre todo ante la muerte. «El hombre es un ser-para-la-muerte», escribió Heidegger. «En la hora que se me acerca estamos solos», dice el viejo corzo. La condición de corzo en el bosque viene a ser un trasunto de la condición de hombre en el mundo. El aprendizaje de Bambi ha consistido en saber estar solo y morir solo... También ha sido un acierto notable el haber elegido un corzo de protagonista, para subrayar más la indefensión y desvalimiento del ser. «Nosotros no matamos a nadie», dice la madre de Bambi (pág. 16). Bambi, como el lebrato Brinco, «pertenecía ahora y siempre a la raza de los indefensos, de los perseguidos, la raza de los siempre acosados» (*Historia de quince liebres*, 6). «Todos nos amenazan, todos nos persiguen —añade una liebre—. En cambio nosotros no perseguimos a nadie...» (*Ib.*, 3). «Pertenece a una de las muy escasas y nobles razas que andan por este mundo sin la sombra de un remordimiento en el alma. Nosotros jamás hemos hecho padecer a ningún ser viviente. Sólo los ciervos y los corzos pueden comparársenos» (*Ib.*, 15). Como se ve, el horizonte conceptual de *Bambi* y de *Quince liebres* es el mismo.

Subentendidos y dobles lecturas

Y, sin embargo, esta historia, que así expuesta parece tan trascendente y aburrida, aparece contada de una forma poética y apacible. La estructura del libro es lineal. El relato avanza al ritmo de las estaciones, se baña en la luz de la primavera, se contrae con la fría blancura del invierno, se estremece con las detonaciones perturbadoras de la bota enemiga. El clima conseguido en el momento de la cacería es de una eficacia literaria asombrosa. Una vez más el punto de vista juega un papel decisivo. Hasta las metáforas dependen de los ojos que miran la realidad. Durante «la primera infancia de Bambi», el corzo pequeño se maravilla de todo, tiene que aprender incluso los matices de vocabulario cuando se trata del tiempo («llegó a la conclusión de que *pronto* no era lo mismo que *en seguida*», etc., pág. 15). Las preguntas por la «infamia» y el «prado» son sencillamente deliciosas. Esos ojos, todavía inocentes e inexpertos, le hacen definir a la mariposa como «una flor que vuela» o al saltamontes como «un trocito de hierba que salta». Metáforas que en otro contexto podrían ser tal vez un poco cursis, aquí son encantadoras.

Estructura

Los ojos de Bambi

Los personajes obedecen al subtítulo del libro: «Una vida del bosque». Es decir, son los

El paraíso

habitantes del bosque. Y no ha sido éste el menor acierto de Salten. Es fácil dejarse llevar por la tentación de crear un bosque paradisíaco, donde los animales vivan en estado de inocencia original hasta que la serpiente humana lo enturbie todo con su presencia agresora. Salten, en cambio, no ha escatimado la conducta de animales rapaces y depredadores, que en el invierno, en medio del frío y del hambre, descubren su ferocidad. La «paz de la naturaleza», parece decir Salten, es un sueño. Como había escrito en su *Historia de quince liebres*, «quien está hambriento no tiene conciencia».

imposible

Y, sin embargo, hay un eco de ese deseo de paz universal, que acaso Salten conociera a través de la Biblia familiar. La corza Marena, la única que cree en la remota posibilidad de un entendimiento con *El*, en que «algún día vendrá a vivir con nosotros y se hará pacífico como nosotros, jugaremos con él, todo el bosque será feliz y nos reconciliaremos» (pág. 82; cf. 146), está glosando sin saberlo el tema bíblico de la paz universal. También allí se habla de que «la vaca pacerá con la osa, y las crías de ambas se echarán juntas, y el león, como el buey, comerá paja» (*Isaías* 11, 7). Sólo que en *Bambi* el breve optimismo de Marena es interrumpido por los brutales disparos de *El*...

Un eco de la paz universal

Por lo demás, los personajes, en su individualidad, están dibujados de mano maestra, incluso tienen cada uno su peculiar psicología: las liebres, las ardillas, el autillo, el zorro, los corzos y sus parientes, los ciervos. El hombre, como suele suceder en las historias de animales, está visto como un elemento hostil y perturbador. Sin embargo, no se habla tanto de lo peligroso y dañino que es, cuanto de su omnipotencia, de su absoluta distancia: es el ser que rige los destinos del bosque, y contra el que es imposible luchar. Su figura adquiere así tonalidades metafísicas, hasta que la experiencia de su muerte demuestra que no es tan omnipotente como se cree.

Los personajes

Un bello capítulo es aquel en que Bambi divisa a un ciervo y lucha con sus deseos de hablarle (cap. 13): la timidez y ancestrales malentendidos no permiten derribar la barrera de la incomunicación, y ambos se alejan con un tácito «¡qué lástima!» Otros personajes del bosque son las plantas, que en *Bambi* sólo están representadas en el breve capítulo de las hojas secas, pero que en *Los hijos de Bambi* tendrían mayor protagonismo. Este capitulito, de corte romántico^[4], bellísima transición del otoño al invierno, es notable por la ironía de la inversión: mientras todos nos preguntamos qué habrá *arriba*, ellas se preguntan qué habrá *abajo*, en el suelo, el cementerio de las hojas secas.

Corzos, ciervos y plantas

Veinte años después publicó Salten *Los hijos de Bambi*. Se notan los años y la diferencia de tratamiento. Bambi se ha vuelto más hablador, pedagógico y sentencioso que su padre. En general todos los animales se han vuelto un poco más eruditos. La lechuza llega a decir «*O tempora, o mores!*» y «Después de mí el diluvio». Las estaciones del año, que en *Bambi* veíamos dibujadas a través de un rasgo suavísimo, de un matiz anotado pasajeramente, aquí son definidas con mayor lujo de conceptos. Hasta las metáforas de los corzos infantiles se han tomado un poco ampulosas: «La nieve es blanca como las margaritas y cae del cielo. Pero no es suave ni dulce como las margaritas, sino cortante como uñas. Primero cae poco a poco, lentamente, como las hojas en otoño, y después cae cada vez con más rapidez» (cap. I), etc. Ciertos animales que en *Bambi* sólo estaban esbozados —las luciérnagas, el erizo—, aquí están más desarrollados, y aparecen otros nuevos, como la garza. También se da cabida a las conversaciones de las plantas y los árboles, que en *Bambi* sólo estaban apuntadas en el bellissimo coloquio de las hojas secas. *El* empieza a diversificarse perdiendo su misterio: hay un *El* bueno (el guardabosques) y un *El* malo (los cazadores furtivos). También aparece un *El* joven. La novela se cierra con un pensamiento de Falina: «Tal es el destino de todos los padres: ser abandonados por sus hijos», muy parecido a otro expresado en *Quince liebres*: «Por una cosa o por otra... los hijos se nos van. Llega un día en que no necesitan de nosotros.»

«Los hijos de Bambi»

Ninguna de las historias de animales de Salten (salvo en ocasiones *Quince liebres*) volvió a tener la belleza, la poesía y la eficacia de *Bambi*. La sencillez, la medida, la economía de medios, la inteligente dosificación del aprendizaje de Bambi hacen de esta novela una pequeña obra maestra, emotiva, pero no ternurista; melancólica, pero no sentimental. La creación del viejo corzo, tan contenido, tan severo, tan parco en exteriorizar sus sentimientos, es de una fuerza literaria excepcional. Siempre le recordaremos diciendo: «¿No sabes estar solo?», o yéndose a morir en soledad, mientras le dice a Bambi con una nostalgia y una serenidad infinitas: «Adiós, hijo mío. Te he querido

Una pequeña obra maestra

mucho.»

Emilio PASCUAL

Bibliografía

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1900	<i>Die Hinterbliebenen</i> (Kurze Novellen). — Contiene: <i>Der Hinterbliebene; Flucht; Fernen; Heldentod; Das Manhardt-Zimmer; Begräbnis; Lebenszeit; Sedan.</i>	Los herederos (Novelas cortas). — <i>Contiene:</i> El heredero; Huida; Distancias; Muerte heroica; La habitación de Manhardt; Entierro; Tiempo de vida; Sedan.
1900	<i>Wiener Theater 1848-1898.</i>	Teatro vienés, 1848-1898.
1901	<i>Der Gemeine</i> (Schauspiel in drei Aufzügen).	El soldado raso (Obra de teatro en tres actos).
1902	<i>Die Gedenktafel der Prinzessin Anna</i> (Novelle).	La lápida conmemorativa de la princesa Anna (Novela corta).
1903	<i>Gustav Klimt</i> (Gelegentliche Anmerkungen).	Gustav Klimt (Comentarios ocasionales).
1903	<i>Die Kleine Veronika</i> (Novelle).	La pequeña Verónica (Novela corta).
1905	<i>Das Buch der Könige</i> (Karikaturen, Zeichnungen von Leo Kober). — Contiene: <i>Der deutsche Kaiser; Der Zar; Der König von England; Der König der Belgier; Der König von Sachsen; Der Schah von Persien; Der König von Schweden.</i>	El libro de los reyes (Caricaturas, Dibujos de Leo Kober). — <i>Contiene:</i> El emperador alemán; El zar; El rey de Inglaterra; El rey de los belgas; El rey de Sajonia; El sha de Persia; El rey de Suecia.
1905	<i>Wiener Adel</i> (Essays).	Nobleza vienesa (Ensayos).
1906	<i>Die Bekenntnisse einer Prinzessin.</i>	Las confesiones de una princesa.
1907	<i>Herr Wenzel auf Rehberg und sein Knecht Kaspar Dinckel</i> (Novelle).	El señor Wenzel en Rehberg y su criado Kaspar Dinckel (Novela corta).
1908	<i>Vom andern Ufer</i> (Drei Einakter). — Contiene: <i>Graf Festenberg; Der Ernst des Lebens; Auferstehung.</i>	Desde la otra orilla (Tres piezas de un acto). — <i>Contiene:</i> El conde Festenberg; La gravedad de la vida; Resurrección.
1908	<i>Künstler-Frauen</i> (Ein Zyklus kleiner Romane). — Contiene: <i>Katherina Krons Liebhaber; Emilia Emberg; Klementine auf Besuch; Die Schauspielerin Elisabeth; Resi; Ernestinens Enttäuschung; Die nüchterne Betti; Die Verehrerin; Die unnahbare Prinzessin; Die Suchende.</i>	Mujeres artistas (Ciclo de pequeñas novelas). — <i>Contiene:</i> Los amantes de Katherina Krons; Emilia Emberg; La visita de Klementine; La actriz Elisabeth; Rosi; La decepción de Ernestine; La sensata Betti; La admiradora; La princesa inaccesible; La buscadora.
1908	<i>Die Geliebte Friedrichs des Schönen</i> (Novellen). — Contiene: <i>Die Geliebte Friedrichs des Schönen; Feiertag; Der Ernst des Lebens; Ein Tag; Die Wege des Herrn; Der Sänger vor dem König; Die Erhebungen über Barbara Liebhardt; Der Fechter des Kaisers; Vicomte Tremilly.</i>	La amante de Federico el Hermoso (Novelas cortas). — <i>Contiene:</i> La amante de Federico el Hermoso; Día de fiesta; La gravedad de la vida; Un día; Los caminos del Señor; El cantante ante el rey; Las exaltaciones de Barbara Liebhardt; El esgrimidor del emperador; El vizconde Tremilly.
1909	<i>Das österreichische Antlitz</i> (Essays).	El semblante austríaco (Ensayos).
1909	<i>Reiche Mädchen</i> (Operette in 3 Akten von Ferdinand Stollberg).	Niñas ricas (Opereta en tres actos de Ferdinand Stollberg).

1909	<i>Mein junger Herr</i> (Operette in 3 Akten von Ferdinand Stollberg).	Mi joven señor (Opereta en tres actos de Ferdinand Stollberg).
1909	<i>Der blaue Held</i> (Operette nach Melodien von Johann Strauss).	El héroe azul (Opereta según las melodías de Johann Strauss).
1910	<i>Olga Frohgemuth</i> (Erzählung).	Olga Frohgemuth (Cuento).
1911	<i>Wurstelprater</i> .	Wurstelprater.
1911	<i>Die Wege des Herrn</i> (Novellen). — Contiene: <i>Die Wege des Herrn</i> ; <i>Hic Rhodus</i> ; <i>Orestes</i> ; <i>Toni Holms Aufstieg</i> ; <i>Die Mutter der Sängerin</i> ; <i>Der alte Narr</i> ; <i>Der Hinterbliebene</i> ; <i>Das Manhardtzimmer</i> ; <i>Der Erhebungen über Barbara Liebhardt</i> ; <i>Wenn Gott will</i> ; <i>Begräbnis</i> ; <i>Sedan</i> ; <i>Der Sänger vor dem König</i> ; <i>Der Ernst des Lebens</i> ; <i>Feiertag</i> ; <i>Mit grossen Herren Kirschen essen</i> ; <i>Die Geliebte Friedrichs des Schönen</i> .	Los caminos del Señor (Novelas cortas). — <i>Contiene</i> : Los caminos del Señor; <i>Hic Rhodus</i> ; <i>Orestes</i> ; La ascensión de Toni Holms; La madre de la cantante; El viejo chiflado; El heredero; La habitación de Manhardt; La exaltación de Barbara Liebhardt; Si Dios quiere; Entierro; Sedan; El cantante ante el rey; La gravedad de la vida; Día de fiesta; Comiendo cerezas con señores importantes; La amante de Federico el Hermoso.
1911	<i>Das Schicksal der Agathe</i> (Novelle).	El destino de Agathe (Novela corta).
1913	<i>Kaiser Max, der letzte Ritter</i> (Erzählung).	El emperador Max, el último caballero (Cuento).
1913	<i>Gestalten und Erscheinungen</i> (Essays).	Figuras y personajes (Ensayos).
1914	<i>Das lockende Licht</i> (Pantomime in vier Bildern).	La luz atractiva (Pantomima en cuatro cuadros).
1915	<i>Prinz Eugen, der edle Ritter</i> (Erzählung).	El príncipe Eugenio, el noble caballero (Cuento).
1915	<i>Abschied im Sturm, Die Gewalt der Dinge</i> (Novellen).	Despedida en la tormenta. La fuerza de las cosas (Novelas cortas).
1915	<i>Die klingende Schelle</i> (Roman).	El sonido de la campanilla (Novela).
1917	<i>Kinder der Freude</i> (3 Einakter). — Contiene: <i>Von ewiger Liebe</i> ; <i>Auf der Brücke</i> ; <i>Lebensgefährten</i> .	Hijos de la alegría (Tres piezas en un acto). — <i>Contiene</i> : Sobre el amor eterno; En el puente; Compañero de la vida.
1919	<i>Im Namen des Kaisers</i> (Eine historische Erzählung).	En nombre del emperador (Una narración histórica).
1920	<i>Die Dame im Spiegel</i> (Novellen). — Contiene: <i>Die elegante Frau</i> ; <i>Junge Frauen</i> ; <i>Jungen Mädchen</i> ; <i>Ball</i> ; <i>Tanzen</i> ; <i>Kindertanzstunde</i> ; <i>Meine Bekannten im Theater</i> ; <i>Schenken</i> ; <i>Vom Kaufen</i> ; <i>Ich wünsche mir Reichtum</i> ; <i>Verwickelte Geschichte</i> ; <i>Schönbrunn</i> ; <i>Mein Falke</i> .	La dama del espejo (Novelas cortas). — <i>Contiene</i> : La mujer elegante; Mujeres jóvenes; Chicas jóvenes; Baile; Bailar; Clase de baile para niños; Mis conocidos del teatro; Regalar; Comprar; Deseo ser rico; Historia embrollada; Schönbrunn; Mi halcón.
1921	<i>Schauen und Spielen</i> (Studien zur Kritik des modernen Theaters. Essays).	Contemplar y representar (Estudios críticos sobre el teatro moderno. Ensayos).
1922	<i>Das Burgtheater. Naturgeschichte eines alten Hauses</i> .	El Teatro Nacional de Viena. Historia natural de una antigua casa.
1923	<i>Der Hund von Florenz</i> (Roman).	El perro de Florencia (Novela).
1923	<i>Das stärkere Band</i> (Komödie in drei Akten).	El vínculo más fuerte (Comedia en tres actos).
1924	<i>Bambi. Eine Lebensgeschichte aus dem Walde</i> .	<i>Bambi. Historia de una vida del bosque</i> (1943).
1924	<i>Geister der Zeit</i> (Erlebnisse).	Espíritus de la época (Experiencias).
1925	<i>Schöne Seelen</i> (Lustspiel in einem Akt).	Bellas almas (sainete en un acto).
1925	<i>Neue Menschen auf alter Erde. Eine Palästinafahrt</i> .	Hombres nuevos en una tierra vieja. Un viaje por Palestina.
1925	<i>Bob und Baby</i> (Zeichnungen von Anna	Bob y Baby (Dibujos de Anna Katherina

	Katherina Salten).	Salten).
1927	<i>Martin Oberbeck</i> (Roman).	Martin Oberbeck (Novela).
1928	<i>Der Schrei der Liebe</i> (Novelle).	El grito del amor (Novela corta).
1928	<i>Simson. Das Schicksal eines Erwählten</i> (Roman).	Simson. El destino de un elegido (Novela).
1929	<i>Die Geliebte des Kaisers</i> (Novellen). — Contiene: <i>Herr Wenzel auf Rehberg und sein Knecht Kaspar Dinckel; Der Hund von Florenz; König Dietrichs Befreiung; Die Gewalt der Dinge; Das Schicksal der Agathe; Die Gliebte des Kaisers.</i>	La amante del emperador (Novelas cortas). — <i>Contiene:</i> El señor Wenzel en Rehberg y su criado Kaspar Dinckel; El perro de Florencia; La liberación del rey Dietrich; El destino de Agathe; La amada del emperador.
1929	<i>Fünfzehn Hasen. Schicksale in Wald und Feld</i> (Roman).	<i>Historia de quince liebres</i> (1945).
1930	<i>Gute Gesellschaft (Erlebnisse mit Tieren).</i> — Contiene: <i>Brief an Calsworthy; Mein Falke; Tierhandlung; Auerhahn; Winzige Begebenheit; Braver Tasso; Bei Oefangenen; Morgenpirsch; Der alte Hagenbeck; Stimmen im Wald; Katzen; Die Wege des Herrn; Schnepfenstrich; Mieke aus dem See; Braune Liesl; Oh, Lady; Rebellen; Zorek.</i>	Buena compañía (Experiencias con animales). — <i>Contiene:</i> Carta a Galsworthy; Mi halcón; Tienda de animales; Urogallo; Suceso insignificante; El bueno de Tasso; Con los presos; Caza matutina; El viejo Hagenbeck; Voces en el bosque; Gatos; Los caminos del Señor; Bandada de chochas; El gatito del lago; La morena Liesl; Oh, Lady; Rebeldes; Zorek.
1930	<i>Teppiche.</i>	Alfombras.
1931	<i>Freunde aus aller Welt</i> (Roman eines zoologischen Gartens).	<i>Novela de un parque zoológico</i> (1944).
1931	<i>Fünf Minuten Amerika.</i>	Cinco minutos en América.
1932	<i>Mizzi und 22 andere Novellen.</i> — Contiene: <i>Mizzi; Schuss im Wald; Philippine erobert ihr Eigentum; Feiertag; Der Mann und die Frau; Heimfahrt; Künstlerfrauen (10 Novellen); Hic Rhodus; Orestes; Toni Holms Aufstieg; Die Mutter der Sängerin; Der Sänger vor dem König; Der Ernst des Lebens; Mit grossen Herren Kirschen essen.</i>	Mizzi y otras 22 novelas cortas. — <i>Contiene:</i> Mizzi; Disparo en el bosque; Filipinas conquista su propiedad; Día de fiesta; El hombre y la mujer; Viaje a casa; Mujeres artistas (10 novelas cortas); Hic Rhodus; Orestes; La ascensión de Toni Holm; La madre de la cantante; El cantante ante el rey; La gravedad de la vida; Comiendo cerezas con señores importantes.
1933	<i>Florian, das Pierd des Kaisers</i> (Roman).	Florián, el caballo del emperador (Novela).
1934	<i>Louise van Koburg. Das Schicksal einer Liebe</i> (Schauspiel).	Louise von Koburg. El destino de un amor (Obra de teatro).
1935	<i>Kleine Brüder</i> (Tiergeschichten). — Contiene: <i>Vorspruch; Vor Tau und Tag; Amseln vor dem Fenster; Forellen in der Dämmerung; Auerhahnbalz-dramatisch; Hunde; Zelt der Liebe; Pirschgang im Gebirge; Trappenbalz; Ein schneeweisser Hase; Tirroo; Mako, der junge Bär; Landschaft im Frühling; Landschaft im Oktober.</i>	Hermanos pequeños (Historias de animales). — <i>Contiene:</i> Prólogo; Antes del rocío y del día; Mirlos delante de la ventana; Truchas en el crepúsculo; El celo de los urogallo-dramáticos; Perros; Tiempo de amor; Paseo de caza por la montaña; El celo de las avutardas; Una liebre blanca como la nieve; Tirroo; Mako, el joven oso; Paisaje en primavera; Paisaje en octubre.
1935	<i>Dreiunddreissig</i> (Schauspiel in drei Akten).	Treinta y tres (Pieza de teatro en tres actos).
1935	<i>Mädchenhände</i> (Komödie).	Manos de niñas (Comedia).
1936	<i>Kaisertochter</i> (Schauspiel).	La hija del emperador (Pieza de teatro).
1940	<i>Ein Gott erwacht</i> (Roman).	Un dios despierta (Novela).
1941	<i>Renni, der Rotter. Das Leben eines Kriegshundes.</i>	<i>Renni, el Salvador. Un perno en los campos de batalla</i> (1943).

1942	<i>Die Jugend des Eichhörnchens Perri.</i>	La juventud de la ardilla Perri.
1944	<i>Kleine Welt für sich. Eine Geschichte von freien und dienenden Geschöpfen.</i>	Pequeño mundo. Una historia de criaturas libres y al servicio de alguien.
1945	<i>Bambis Kinder (Eine Familie im Walde).</i>	<i>Los hijos de Bambi. Una familia en el bosque (1945).</i>
1945	<i>Djibi das Kätzchen.</i>	El gatito Djibi.
1945	<i>König Dietrichs Befreiung (Novelle).</i>	La liberación del rey Dietrich (Novela corta).
1945	<i>Gerettet (Dramatische Skizze).</i>	Salvado (Boceto dramático).
1945	<i>Dieses unschuldige Mädchen (Novelle).</i>	Esa niña inocente (Novela corta).

Notas

[1] Recuérdese al menos a los poetas Rainer Maria Rilke (1875-1926) y Hugo von Hofmannsthal (1874-1929); a la novelista Bertha Kinsky, Baronesa de Suttner (1843-1915), autora de la conocidísima novela *¡Abajo las armas!* y Premio Nobel de la Paz en 1905; a Stefan Zweig (1881-1942), a Franz Werfel (1890-1945) y Robert Musil (1880-1942), el autor de *Las desventuras del estudiante Törless*; al mundialmente célebre psicoanalista Sigmund Freud (1856-1939), y por supuesto a Kafka (1883-1924), que, aunque nacido en Praga, escribió toda su obra en alemán. Esto por no hablar de la música, que tuvo en Viena La Meca de cantantes, artistas, intérpretes y compositores. Baste mencionar nombres como Anton Bruckner (1824-1896), Gustav Mahler (1860-1911), los Strauss, y asimismo los músicos nacionalistas: los checos Smetana y Dvorak, el húngaro Bela Bartok, etc. <<

[2] ¿Fue de esta época disipada y aventurera la novela erótica *Josephine Mutzen-Bacher*? Aunque publicada anónima en 1906, los contemporáneos de Salten se la atribuyeron casi unánimemente a él. <<

[3] Para seguir la trayectoria de estas publicaciones, véase la *Bibliografía* a partir de 1940. <<

[4] También Bécquer tiene una breve narración titulada *Las hojas secas*, donde se manejan motivos semejantes. Ello no quiere decir nada, porque es poco probable que Salten hubiera leído a Bécquer. <<